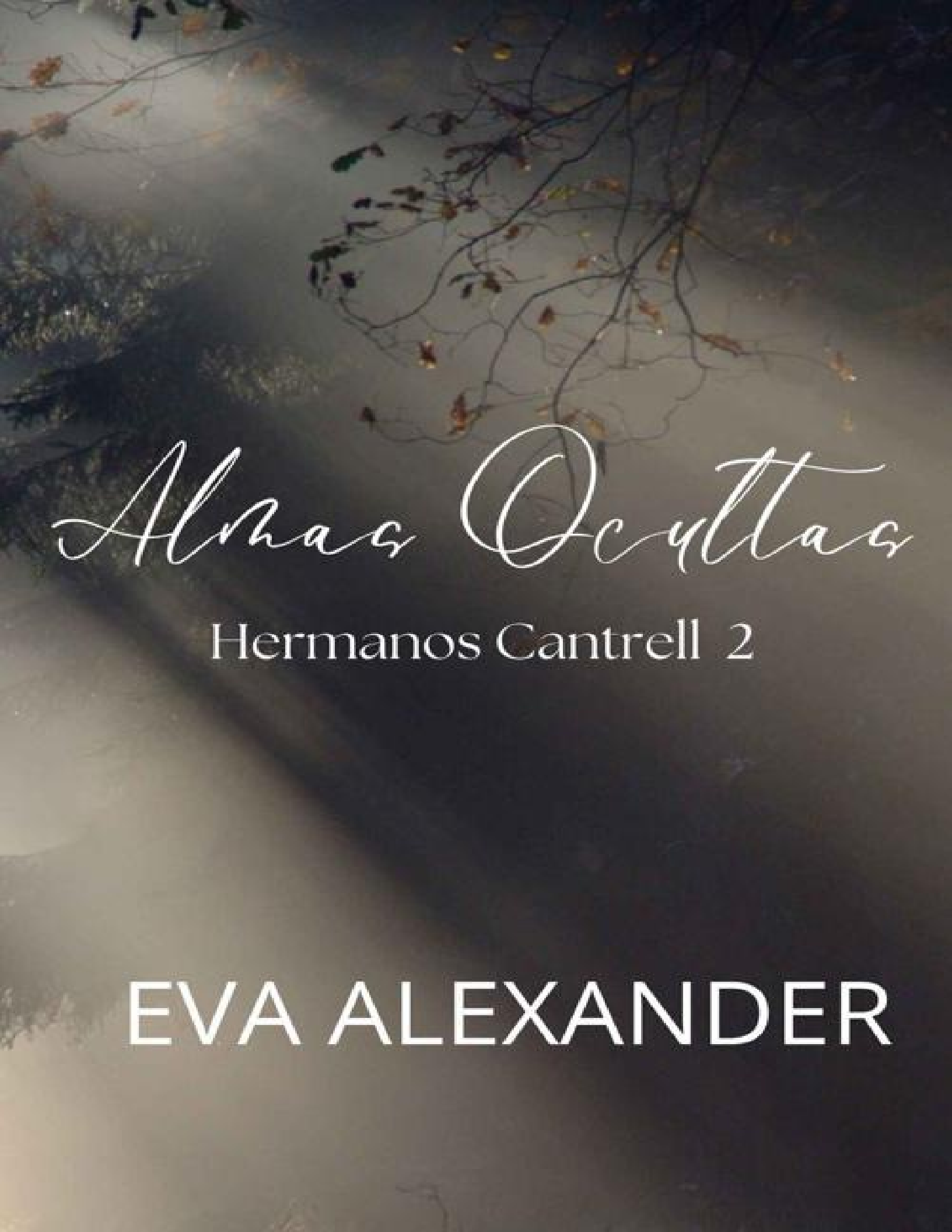

Almas Ocultas
Hermanos Cantrell 2
EVA ALEXANDER

Almas Ocultas

Hermanos Cantrell 2

Eva Alexander

Derechos de autor © 2025 Eva Alexander

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Eva Alexander

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Capítulo 1

Della

La vida tiene una manera muy extraña de joder tus planes, y lo hace cuando menos te lo esperas. Siempre lo hace.

A mí me los jodió bastante y empezó pronto, con la anterior generación. Bueno, con todas. Alguno de mis antepasados tuvo que haber sido un cabrón verdadero, porque todas las siguientes generaciones pagaron por sus acciones.

Conocía la historia de mis bisabuelos paternos, quienes construyeron su empresa naviera desde abajo y trabajaron duro, solo para pasar sus últimos años en la pobreza, porque mi tío (que falleció antes de que yo naciera) se dejó hechizar por una mala mujer y perdió toda la fortuna familiar.

Mi padre quiso devolverle la gloria al apellido Craig, y como el camino más fácil era casarse con una joven rica y de buena familia, pues eso intentó. Lo que pasa es que se encaprichó de Eliza Cantrell, pero ella no sentía lo mismo.

No tuvo otra opción que pedirle la mano a Olive Anteworth, una mujer ya en sus treinta años y con la dote más que suficiente para satisfacer a mi padre. Era hija única, lo que le venía muy bien a mi progenitor, pero lo que él no sabía era que Olive no podía tener hijos.

Su matrimonio fue uno sacado de un libro dramático: él hacía lo que le daba la gana con quien quería y ella se quedaba en casa llorando por su trágico destino. Olive falleció cuando mi padre tenía cincuenta años.

Después siguieron los buenos años de mi padre. Heredero de toda la fortuna de los Anteworth, vivió como si fuera un rey, gastando un dinero que no debía ser suyo, que generaciones enteras de Anteworth habían trabajado duro para conseguir.

Y entonces conoció a mi madre. Linda Connor. Veintitrés años, rubia, delgada, guapísima y decidida a buscarse un marido rico. Bueno, la idea era que ella estudiara en Loyola y luego volviera a enseñar en la escuela de Decorah, Iowa.

Sus padres trabajaron duro para pagarle los estudios, y ella había conseguido llegar al último año de milagro, porque no era muy lista. Además, estaba desesperada porque volver a la granja de su familia era lo peor que podía pasarle.

El destino la puso en el camino de mi padre e hizo que él cayera rendido ante su belleza. Había fallado la mayoría de los exámenes, pero en cosas de la vida mi madre era muy lista, y dos meses después de la primera cita, le anunció a mi padre que estaba embarazada.

La boda fue grande porque mi padre quería mostrar al mundo entero qué mujer joven y guapa llevaba del brazo, y mi madre quería restregarle en la cara a sus familiares y amigos que había conseguido su propósito: el marido rico y no regresar a la granja.

Mi hermano Rhett, oh, sí, mi madre amaba Lo que el viento se llevó, nació cinco meses después de la boda. Tres meses después, para la felicidad de mi padre y la desaprobación de su médico, mi madre anunció que estaba nuevamente embarazada.

Mi nacimiento trajo fracaso para los dos: mi padre perdió a su esposa trofeo y el médico perdió su récord intachable. Fue una desilusión enorme para ambos.

Lo sé porque mi padre me recordó todos los días de mi vida que le había quitado lo mejor

de su vida (hecho cuestionable, porque las mujeres no pararon de aparecer por nuestra casa).

Lo sé porque, por casualidades de la vida, mi ginecóloga era la hija del médico que atendió a mi madre, y reconoció mi nombre la primera vez que fui a la consulta. Su padre nunca dejó de recordar hasta el último día de su vida a la paciente que arruinó lo que pudo haber sido una carrera perfecta.

Él siempre había sido el más confiado, el más seguro de su habilidad, el hombre que nunca perdía a un paciente. Pero la realidad es que su ego lo desbordó. Mi madre fue la primera que no pudo salvar, y la humillación lo persiguió hasta su muerte.

El hombre pudo haber sido el mejor ginecólogo de la ciudad, pero nunca entendió que la perfección no existía. Se había dejado llevar por su propio mito, y ese fue su verdadero fracaso.

El mismo problema tenía mi padre.

Creía que el mundo debía girar a su alrededor, que su riqueza y estatus le daban derecho a tener todo bajo control. Pero la perfección era un espejismo, y mi hermano, Rhett, lo entendió antes que nadie.

Su relación con nuestro padre nunca fue fácil. Ambos tenían egos demasiado grandes para coexistir. Mi padre quería moldearlo a su imagen, sin importarle lo que Rhett realmente necesitaba. Y, al final, la tensión creció hasta convertirse en una distancia insalvable.

Rhett dejó Chicago, cansado de ser una extensión de las ambiciones de un hombre que nunca lo vería como algo más que una inversión fallida. Se fue, buscando algo que nunca encontraría en nuestra casa: libertad.

Durante un tiempo estuve enfadada con él por dejarme, aunque luego lo entendí. Rhett necesitaba forjar su propio camino, llegar a ser la persona que podía ser sin el apellido Craig, sin nadie que le recordara constantemente que era un fracasado.

¿Sabes qué? Lo consiguió. Mi hermano era el mejor abogado de Washington. Sí, tan lejos se tuvo que ir para escapar de la influencia de mi padre, quien ahora mismo no paraba de alardear de su hijo, el abogado de los políticos del país.

Lo que mi padre no sabía es que Rhett trabajaba contra los políticos, protegiendo los intereses del pueblo.

Y esta es más o menos mi vida. Crecí sin madre, con un padre severo al que solo le interesaba que sacara buenas notas, que tuviera buenos modales a la mesa y que no hablara sin que me preguntaran primero.

Mi educación fue la mejor que el dinero podía comprar, y eso es todo. Mi infancia no fue feliz, solo fue. Si no hubiera sido por Rhett, no hubiera sabido lo que era el cariño. Él me abrazaba cuando me caía y me rompía las rodillas, él me arropaba por la noche, me leía cuentos y me animaba.

¿Sabes la típica niña rica? Pues yo. Tenía el apellido y el dinero en el banco, pero nadie sabía que el apellido no me abría ninguna puerta sin el acuerdo de mi padre, y de la cuenta solo podía tocar el dinero suficiente para alimentarme.

Excepto si me comportaba como pretendía mi padre; entonces, tenía los recursos, los coches, las fiestas y todos los favores del mundo.

¿Ya sabes qué opción elegí?

Obviamente, me rebelé. Yo no era el felpudo de nadie, no me arrodillaba delante de nadie y sí, pedía favores, pero no para mí.

Uno de los primeros actos de rebeldía, los más obvios, fue la elección de la universidad. Una vez más le demostré a mi padre que no valía la pena al no estudiar empresariales, y me fui al Instituto de Arte.

¿Me gustaba el arte? No demasiado. Mi único amor eran los animales, pero me desmayaba en cuanto veía una gota de sangre, así que ser veterinaria no era una opción. Elegí algo que sabía que iba a molestar a mi padre y acabé encontrando mi camino.

El Instituto de Arte de Chicago no era precisamente un lugar que mi padre hubiera imaginado para mí. Él soñaba con verme en traje, manejando su empresa, cerrando tratos y escalando en la jerarquía. Pero yo no quería ser un reflejo de sus ambiciones. Mi corazón latía por los animales, pero había algo más que no podía expresar con palabras: la necesidad de crear, de dar forma a lo que tenía en la cabeza y no encajar en un molde preestablecido.

Al principio, me costó encontrar un propósito en un mundo tan abstracto. ¿Cómo iba a aprender a pintar o a esculpir algo que me moviera más allá de lo superficial? Mi cabeza no estaba llena de paisajes ni de figuras humanas. Estaba llena de ideas sobre refugios, animales necesitados y soluciones para mejorar su vida. Pero, al final, todo encajó. Me di cuenta de que no necesitaba seguir el camino tradicional para hacer una diferencia.

Me adentré en el mundo del diseño industrial, aunque no era algo que muchos asociaran con los animales. Para mí, era la manera de crear productos innovadores, prácticos y funcionales para ellos; cosas que realmente marcaran la diferencia en un refugio, en una clínica veterinaria o incluso en el día a día de una mascota. Quizá no iba a diseñar esculturas o cuadros, pero cada producto que creara tendría un impacto directo, real y tangible.

Al principio, mis compañeros me miraban con curiosidad. La mayoría de ellos soñaba con el diseño de productos de consumo masivo, el futuro de la moda o la tecnología. Yo les hablaba de camas ortopédicas para perros mayores, cajas de transporte más cómodas o dispositivos interactivos para estimular la mente de los animales. No siempre me comprendían, pero poco a poco empecé a ver la conexión entre la creatividad y el pragmatismo, entre el arte y la necesidad.

Fue entonces cuando entendí que mi verdadero propósito no era solo rebelarme contra las expectativas de mi padre, sino encontrar mi propio espacio en el mundo, uno donde pudiera combinar mi amor por los animales con mi deseo de crear soluciones que realmente importaran.

Mi padre, por supuesto, nunca lo entendió del todo. Para él, el arte y el diseño industrial seguían siendo cosas inútiles, que no iban a llevarme a nada más que a la frustración. Pero, con cada proyecto que entregaba, con cada producto que salía de mis manos, me iba demostrando a mí misma que había tomado la decisión correcta.

Porque, al final, las decisiones que tomamos no siempre tienen que agradar a los demás; solo deben hacernos sentir que estamos siendo fieles a nosotros mismos.

Entonces, estaba estudiando y trabajando en un refugio de animales al mismo tiempo que una de mis profesoras me conseguía proyectos. Rhett no estaba y mi padre no dejaba de molestarme. Si no me convencía de ir a cenar, entonces me llamaba o me enviaba mensajes.

Estaba al borde del colapso mental. Entre la universidad, el refugio, y las constantes insistencias de mi padre, todo comenzaba a desbordarme.

Mi compañera y amiga Gina estaba preocupada por mí.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste con un chico? —me preguntó, dando un sorbo a su copa de vino.

La luz cálida del bar nos envolvía, mientras la música de fondo creaba el ambiente perfecto para charlar. Pero yo no estaba de humor para hablar sobre chicos.

—No lo sé —respondí, mirando distraída mi copa—. No he tenido tiempo para eso, y ni siquiera me interesa, la verdad.

Gina levantó una ceja, sabiendo que no estaba siendo honesta. Ella siempre había sido

más extrovertida, más abierta a las aventuras, mientras que yo bueno, yo había estado demasiado centrada en mis proyectos, en el refugio, en la universidad.

—¿Sabes qué necesitas? Un buen lío de una noche. Algo sin complicaciones. ¡Nada serio! Solo para relajarte un poco.

La forma en que lo dijo, con esa sonrisa socarrona, me hizo soltar una risa nerviosa.

—Eso suena como algo que harías tú, Gina.

—¡Exacto! —respondió, recostándose en el respaldo de su silla y dándome un codazo—. Mira, te voy a presentar a alguien. Es un chico que ha salido con medio campus, y créeme, sabe cómo hacer que te olvides de todo por un rato.

Mi mirada se oscureció un poco, y traté de no mostrar demasiado interés, aunque la curiosidad comenzaba a despertar en mí.

—¿Quién es? —pregunté, pero ya sabía que Gina no me lo iba a decir de inmediato, lo que solo aumentaba mi intriga.

—Se llama Archer. Es guapo, moreno, con esos ojos oscuros que derriten a cualquiera, y tiene esa actitud de chico malo. Pero escucha, no esperes nada más de él, ¿vale? —Gina me miró directamente a los ojos, como si me estuviera dando una especie de advertencia.

—¿Nada serio, dices? ¿Solo diversión?

—Exacto. Y créeme, no se va a enamorar de ti, ni tú de él. Es lo que necesitas ahora, un pequeño escape. Lo prometo, después de una noche con él, el estrés de la universidad y el refugio te parecerán cosas del pasado.

Lo decía con tanto entusiasmo que hasta me hizo dudar por un momento. Pero luego recordé lo que realmente me importaba: el refugio, los animales, mi futuro, y la incomodidad que siempre me daba pensar en algo más allá de eso.

—Gina, no quiero estar en ese tipo de juegos. No me interesa esa clase de cosas. ¿Qué pasa con las mujeres que se enganchan, que terminan esperando algo más y luego se lastiman? Yo no quiero estar en esa situación.

Ella dejó escapar un suspiro, mirándome con una mezcla de comprensión y frustración, como si ya estuviera cansada de escuchar mis excusas.

—Lo sé, lo sé, pero a veces necesitas desconectar. No todo tiene que ser tan intenso, ¿entiendes? A veces solo hace falta un poco de diversión para bajar las defensas, para recordar que la vida no es solo trabajo, deberes y animales necesitados.

Gina era mi amiga desde el primer día de universidad. Su personalidad extrovertida, llena de energía y con un corazón generoso, había sido justo lo que necesitaba cuando llegué, más tímida y centrada en mis estudios.

Siempre me había sacado de mi zona de confort, empujándome a ver las cosas desde una perspectiva más relajada. Pero había algo en ella que me hacía sentir, de alguna manera, un poco celosa de su capacidad para disfrutar sin preocupaciones.

—Te lo prometo, si vas con Archer solo una vez, te sentirás más ligera. Y créeme, no tiene nada que ver con el refugio ni con tu carrera. Es solo una noche de diversión. ¿Qué dices?

Miré mi copa, y aunque mi mente seguía dándole vueltas a la idea, la verdad es que la posibilidad de desconectar, aunque fuera por una noche, me resultaba tentadora. No solo por él, sino por lo que representaba: dejar ir un poco el control.

—Mmmm… no sé, Gina.

—Vamos, ¿qué pierdes? Ya lo tienes todo controlado con los animales y el trabajo. Solo por esta vez, ¡hazlo por ti misma!

Finalmente, levanté la vista y la miré, algo entre curiosa y escéptica.

—¿Lo harías tú?

—Obvio. Y no es como si fuera el amor de mi vida, es solo algo sin más. —Gina sonrió con esa expresión confiada que siempre tenía cuando sentía que tenía el control.

Suspiré y me reí suavemente.

—Eres increíble.

—¡Y tú eres una sosa! Solo una vez, te lo juro. Después, si no te gusta, olvídalo y seguimos con nuestra vida. Pero date la oportunidad de relajarte un poco. Yo me encargaré de todo.

La conversación siguió, pero en mi mente la idea comenzó a formarse. Quizá era hora de hacer algo distinto, aunque no estaba segura de sí Archer era el tipo de escapatoria que realmente necesitaba. Pero, por alguna extraña razón, Gina tenía una forma de convencerme, de hacerme pensar que quizá estaba siendo demasiado estricta conmigo misma. Después de todo, ¿no merecía también disfrutar un poco?

Y dos días después, tuve mi cita con Archer.

Era todo lo que Gina había dicho: guapo, atractivo.

La noche comenzó como una cita típica, o al menos así lo pensaba yo. Nos encontramos en un restaurante italiano, el tipo de lugar en el que Gina aseguraba que todo el mundo se enamoraba al primer bocado.

Pero lo que no me esperaba era cómo Archer se inclinaba hacia la mesa, hablándome con esa confianza que parecía ser parte de su ADN, como si ya me conociera de toda la vida.

—¿Qué te trae por aquí, además de un buen plato de pasta? —me preguntó, tomando un sorbo de vino tinto.

—¿Vas a intentar seducirme con ese encanto? —respondí, medio en broma, medio en serio.

—No me hace falta —dijo, soltando una risa baja que me hizo pensar que, de alguna manera, sí lo estaba intentando, aunque con un tono más relajado.

Pero fue en ese momento que me di cuenta.

La conversación no era incómoda, pero tampoco era lo que me había imaginado. No había esa chispa que Gina había descrito, esa energía que te dejaba sin aliento. En lugar de nervios o atracción, me sentí tranquila.

Demasiado tranquila.

Archer hablaba sobre su trabajo en la universidad, sus amigos, sus últimas aventuras (que básicamente eran sus citas recientes con otras chicas). Yo, por mi parte, hablaba sobre el refugio y lo que me apasionaba de mi carrera, y él parecía genuinamente interesado en mis historias sobre los animales que tanto me importaban.

—¿Y qué tal tú? ¿Algún chico en tu vida últimamente? —me preguntó, intentando cambiar de tema.

—No, no tengo tiempo para eso. —Sonreí, como si eso fuera lo más normal del mundo.

—¿En serio? —me miró con una ceja levantada—. ¿No quieres disfrutar un poco, tener algo de diversión?

Su tono de voz era como si pensara que yo estaba perdiendo una gran oportunidad, pero en lugar de incomodarme, me hizo sentir aún más decidida a no encajar en ese molde.

Al final de la cena, ya me había dado cuenta de que no había química entre nosotros. No de la que esperas en una cita, ni de la que te venden en las películas. En cambio, era como si ya nos conociéramos, como si estuviéramos cómodos en un silencio que no significaba nada, pero tampoco incomodaba.

—Bueno, esto ha sido interesante —dijo Archer, sonriendo mientras nos poníamos de pie y él pagaba la cuenta—. Me quedo con la sensación de haber cenado con una amiga.

Yo reí, porque, en cierto modo, eso era exactamente lo que sentía.

—Yo también. Tal vez eso sea un buen cambio. —No podía evitar sonreír, ya que la idea de estar con alguien sin las presiones de una atracción romántica, sin expectativas, tenía su encanto.

—¿Quién diría que tu cita de una noche de diversión terminaría siendo esto?

—Parece que nos hemos transformado en amigos por accidente —respondí, recogiendo mi bolso.

—¿Te molesta?

—No, para nada. Creo que prefiero tener a alguien como amigo que como un lío de una noche.

Archer sonrió de nuevo, esta vez con una sinceridad que me sorprendió.

—Eso me gusta. ¿Sabes qué? Tal vez podamos repetirlo, pero sin las expectativas. Solo pasar un buen rato, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto.

Y así, sin más, nos despedimos. No hubo promesas de vernos de nuevo, no hubo esa tensión que generalmente acompaña a las primeras citas. Solo una promesa de pasar otro buen rato juntos, en una amistad que, de alguna forma, comenzó esa noche.

Capítulo 2

Della

La música del bar era un revoltijo de jazz y algo de rock suave, un fondo perfecto para una noche de charla superficial. Archer y yo estábamos sentados en una mesa, él recostado en su silla con esa actitud tan relajada de la que más de una vez he dudado.

Yo, en cambio, estaba más distraída que nunca, con la mente ocupada en todo lo que tenía que hacer al día siguiente. Ya no era un misterio: no estaba disfrutando de la noche.

—Entonces, ¿cómo va ese proyecto de la cama ortopédica para perros? —me preguntó Archer, dándome un toque en el hombro con su copa de vino.

Suspiré y me encogí de hombros.

—Como siempre, más complicado de lo que pensaba. Pero eso está bien, es lo que me mantiene ocupada.

Archer sonrió y, sin esperar una respuesta más profunda, siguió observando el entorno, probablemente buscando a alguien con quien ir a casa esa noche. Yo, por otro lado, seguía mirando alrededor, buscando alguna distracción.

Fue entonces cuando lo vi.

Él.

Estaba parado cerca de la entrada, conversando con un par de hombres. Mi respiración se detuvo por un segundo y, aunque mi mente intentaba racionalizarlo, algo en mi estómago ya se había despertado.

No era la primera vez que llamaba mi atención. Lo había visto por el campus, pero no me atreví a acercarme y preguntarle si le gustaría salir conmigo. Mis amigos no lo conocían, nadie sabía su nombre, y yo me quedaba con algún momento aquí y allá cuando lo veía de lejos.

Él era alto y moreno, tenía esa mirada intensa, verde, que parecía capaz de atravesar cualquier barrera. Tenía el cuerpo de un boxeador, con grandes músculos. Era fuerte, y yo llevaba mucho tiempo fantaseando con lo que haría con él.

Hoy, por primera vez, sus ojos se encontraron con los míos y sentí una electricidad instantánea.

De alguna manera, me recordaba a Archer; tenía el mismo pelo oscuro, pero su actitud era completamente diferente: una mezcla de misterio y confianza que te hacía querer saber más de él.

Estaba vestido de forma casual, pero, de alguna manera, parecía estar fuera de lugar en un bar tan informal, como si toda su presencia estuviera pidiendo más que una simple cerveza. La confianza con la que caminaba hacía que todos a su alrededor lo miraran, y fue imposible no notar su presencia.

Sin querer, me incliné hacia adelante, deseando un poco de espacio para respirar, pero la verdad es que ya estaba completamente perdida.

Archer me miró, notando mi falta de atención a lo que fuera que me estaba contando.

—¿Te pasa algo? —me preguntó, en tono de broma, pero con una ligera preocupación en la mirada.

Fruncí el ceño y traté de desviar la mirada.

—No, nada. Sólo distraída.

Mentí, y lo peor era que ni yo misma me creí.

El hombre se acercó, y yo intenté no mostrar lo nerviosa que me sentía. Archer, al notar la dirección de mi mirada, levantó una ceja y soltó una sonrisa burlona.

—¿Te llama la atención el joven de la esquina? —bromeó Archer, tomando un sorbo de su cerveza—. Lo conozco, pero no te hagas ilusiones, Della. Le gustan los retos, pero una vez conquistado, pasa al siguiente.

Lo miré sorprendida y luego volví a mirar al hombre, que cada vez estaba más cerca, acercándose a nuestra mesa. ¿A nuestra mesa? ¿A qué venía?

—¿Quién es? —pregunté, sin poder evitar la curiosidad en mi voz.

—Dean. El hermano del tipo con el que estás cenando, idiota —Archer soltó una carcajada.

Mi mente dio un giro.

¿Hermano? No tenía ni idea de que Archer tuviera un hermano, y mucho menos uno tan cautivador. Archer hablaba poco de su familia, y casi diría que ni siquiera conocía su apellido.

No podía dejar de mirar a Dean mientras se acercaba a nuestra mesa.

Dean. Me gustaba el nombre. Dean y Della, un poco cursi, pero ya me imaginaba nuestros nombres uno al lado del otro en las invitaciones de nuestra boda. Elegiríamos nombres para nuestros hijos con la misma letra. Dos, niño y niña.

¿Qué estaba haciendo? ¿Planeando mi futuro con un hombre que ni siquiera conocía?

Archer, al darse cuenta de mi incomodidad, adoptó una expresión algo divertida, como si ya supiera lo que pasaba por mi cabeza.

—Tranquila, es un buen tipo —dijo, con un tono que mezclaba diversión y advertencia. Luego, alzó la mano para saludar a Dean, quien ya estaba a solo unos pasos.

Dean se acercó con una sonrisa relajada y un toque de arrogancia en su caminar. Cuando se detuvo frente a nosotros, sus ojos se clavaron en los míos, y la conexión que sentí fue tan inmediata que me costó respirar.

Archer, viendo cómo el encuentro tomaba un giro que no esperaba, soltó una risa y se recostó en su silla.

—Bueno, bueno, mira quién aparece. El hermano prodigio —dijo con tono burlón, como si estuviera jugando.

Dean miró a Archer, luego a mí, y sin perder su sonrisa, dijo:

—Por fin Archer sale con una chica guapa y lista. No me lo esperaba. —Hizo una pausa, sonriendo de forma traviesa—. ¿Tú eres de las que le cree cuando dice que es un experto en todo? Porque en su caso, creo que lo único en lo que es realmente experto es en meterse en problemas.

Archer bufó, pero no se ofendió. Estaba acostumbrado a los comentarios de su hermano, seguramente.

—No soy tan malo, no como tú —respondió, aunque su tono de voz sugería lo contrario. Me miró y añadió—: Como verás, a veces tengo la mala suerte de encontrarme con personas equivocadas.

Dean soltó una carcajada, mientras yo trataba de contener la mía, sin querer mostrarme demasiado incómoda por estar atrapada entre ellos. Había algo en la forma en que Dean me miraba que me hacía sentir como si ya nos conociéramos, como si ya me hubiera visto desnuda.

—¿Sabías que Archer aún sigue guardando esa camiseta de superhéroe desde la secundaria? —preguntó Dean, levantando una ceja de manera cómplice—. Creo que es su prenda

de confianza.

Lo dijo en un tono tan ligero y desenfadado que me hizo reír.

Archer miró a Dean, pero en lugar de molestarse, se rio de buena gana.

—¡Te dije que no hablaras de eso! —dijo, tirando un cacahuete hacia él en forma de broma, que Dean atrapó y le metió en la boca.

Yo no pude evitar reírme también. La interacción entre ellos tenía algo fresco y genuino que me hizo sentir más relajada. Aquel momento me hizo pensar que tal vez esta noche, con la compañía de ambos, podría ser más divertida de lo que imaginaba.

Dean me miró, y por un segundo, sus ojos brillaron con una mezcla de diversión y algo más que no pude identificar. Parecía que me había olvidado de todo lo que había pasado antes, y ahora solo existía el instante que compartíamos.

—¿A ti qué te gusta hacer? —me preguntó, no con la curiosidad aburrida de un desconocido, sino con la misma intensidad de quien realmente quiere saber.

—Me gusta lo que hago —respondí, algo más relajada—. Estoy trabajando en un proyecto para mejorar las camas ortopédicas para perros mayores.

Dean frunció el ceño con un toque de sorpresa, pero también me miró como si estuviera impresionado.

—¿En serio? Eso suena interesante. ¿Te imaginas diseñando camas que los perros realmente disfruten? —dijo con una sonrisa sincera, como si realmente le importara el bienestar de los animales.

Yo sonreí, agradecida por su interés, pero en realidad, la atracción que sentía por él me estaba nublando los pensamientos.

—Eso espero —respondí, con una sonrisa tímida.

Archer se recostó en su silla, observando a ambos con una expresión de "no puedo creerlo".

—Creo que esta noche ha sido la más interesante de todas —dijo, levantando su cerveza —. Y no precisamente por la cerveza.

Dean y yo intercambiamos una mirada cómplice, y aunque no entendí por qué, sentí que, de alguna manera, esa conversación había comenzado a tejer algo entre nosotros. Algo que no sabía si estaba preparada para explorar, pero que, al mismo tiempo, no podía evitar sentir.

Y ese fue nuestro encuentro oficial, lo que luego continuó como una amistad. No tenía ninguna duda de que Dean sentía la misma atracción, pero por alguna razón no dio un paso más allá.

Yo tampoco.

***

La música seguía fluyendo en el bar, pero yo no podía estar más lejos.

Estaba cenando con Dean y Archer, algo que ocurría a menudo. Hacía planes con Archer y, de repente, aparecía Dean o, casualmente, su hermano venía a cenar o a tomar algo justo en el local donde estábamos.

No tenía un problema con eso. Tenía un problema con esconder cómo me sentía cuando Dean estaba cerca.

¡Jesús! Tenía una manera de mirarme que hacía que mi corazón diera mil volteretas, y si me tocaba… válgame, Dios, ya podía iluminar toda la ciudad con lo que me hacía sentir.

Intentaba distraerme con cualquier cosa: mis pensamientos, mis preocupaciones, que no eran pocas, pero fallaba. La atracción de Dean era demasiado poderosa.

A veces conseguía mantener una conversación normal con él, y Archer nos observaba

con una mirada distraída, igual que ahora.

Era evidente que su mente estaba en otro lugar, pero su presencia me proporcionaba una especie de calma, en contraste con lo que provocaba su hermano.

Me quedé mirando mi bebida por un momento, mi mente girando en torno a algo que me había estado rondando desde que me había graduado: mi sueño de crear un refugio para animales.

—Tengo algo en mente —dije al fin, sintiéndome un poco vulnerable al compartir mis pensamientos en voz alta.

Archer levantó la vista y me miró, curioso, como si hubiera notado la seriedad en mi tono.

—¿Algo como lo que estábamos hablando hace un par de semanas? —preguntó.

Asentí lentamente.

La idea de un refugio había estado rondando mi mente desde que comencé a estudiar diseño industrial, pero ahora, más que nunca, sentía que debía hacerlo realidad. Aún recordaba la sensación de ver a esos animales abandonados, necesitados de cuidados, y me dolía pensar que aún no podía hacer más por ellos, más de lo que hacía en el refugio donde llevaba años trabajando.

No hay fondos, me decían cada vez que sugería alguna mejora. Nunca había fondos para los animales y siempre había para mejorar la sala de descanso del personal.

—Sí —respondí, tomando un sorbo de mi copa—. Pero, como siempre, no es tan fácil como parece. Para abrir un refugio se necesita más que buenas intenciones. Necesito espacio, personal, equipos y dinero. Mucho dinero.

Archer se quedó en silencio, observándome mientras procesaba mis palabras. Sabía que no era una persona que solía hablar de sus problemas financieros, pero también sabía que no tenía otra opción.

El apellido de Archer era Cantrell, tan antiguo que lo mencionaba en los libros de historia de la ciudad. Él también se había graduado al mismo tiempo que yo, pero llevaba trabajando en la empresa familiar desde hacía un año.

No sabía mucho porque él no era muy hablador.

Dean tampoco.

Se veía tan sociable y relajado, pero eso cambiaba si hacías preguntas más personales.

Yo aprendí rápidamente a no preguntar. Nunca.

Pero las ideas grandiosas requerían grandes recursos, y por mucho que mi pasión por los animales me impulsara, la realidad me golpeaba cada vez que pensaba en la magnitud de lo que quería hacer y la falta de dinero.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —preguntó Archer finalmente, su tono serio, pero sin perder esa chispa que lo hacía tan él.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. He estado buscando opciones, pero no tengo suficiente dinero para arrancar algo tan grande. Podría intentar buscar inversores, pero no quiero que alguien me diga cómo debo manejar mi refugio ni que me impongan reglas que no me gusten.

Archer la miró pensativo, y por un segundo pensé que diría algo como “Lo encontrarás”, con esa actitud optimista que a veces podía tener. Pero, en lugar de eso, su respuesta fue diferente.

—Si inversor buscas, lo acabas de encontrar, Della.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar esas palabras. Me giré hacia él, con una mezcla de

sorpresa y desconcierto en mi rostro.

—¿En serio? ¿Cómo? —pregunté, sin saber si estaba bromeando o si hablaba en serio.

Archer sonrió de forma tranquila, como si no fuera gran cosa.

—Te digo que lo haré. Ya sabes, tengo algunas conexiones, y sé cómo manejar el dinero. No va a ser fácil, pero con el plan adecuado, podrías hacer realidad tu sueño.

En ese momento, me sentí como si una luz se encendiera dentro de mí.

Archer siempre había sido de los que te ofrecían una mano amiga sin que tuvieras que pedírselo, pero esta vez sentí que no solo me ofrecía ayuda económica, sino también su apoyo incondicional.

Sin embargo, sabía que necesitaba ir con cuidado. Las cosas entre nosotros nunca habían sido complicadas, éramos solo amigos, y no quería que mi deseo de ayudar a los animales me pusiera en una situación difícil con él.

—Gracias —dije, casi en un susurro. No sabía si había algo más que pudiera decir.

Fue entonces cuando Dean, que había estado observando la conversación en silencio, se inclinó hacia adelante, con una mirada divertida y algo descarada.

—¿Vas a dejar que Archer te ayudé con todo? —preguntó, y aunque su tono era más juguetón que serio, había una ligera tensión en su voz que no pude ignorar.

Archer frunció el ceño, pero Dean no parecía dispuesto a callarse.

—No quiero ser el aguafiestas, pero si quieres que algo realmente funcione, no basta con tener buenas intenciones, Della, ni saber administrar el dinero —dijo Dean, mirando a Archer antes de volver a centrar su atención en mí—. Necesitas un plan, y si vas a depender de alguien para hacerlo realidad, necesitas saber que esa persona está tan comprometida con tu sueño como tú.

Sentí una oleada de gratitud y desconcierto al mismo tiempo. Dean no se andaba con rodeos, pero había algo en su manera directa de hablar que me hizo sentir que, tal vez, él entendía más de lo que dejaba ver. Era cierto que no solo necesitaba dinero, sino también personas a mi lado que creyeran en el proyecto tanto como yo. Y por algún motivo, la forma en que Dean lo decía me hizo pensar que él también podía ser parte de esa visión, aunque no lo dijera en voz alta.

—No te ofendas, hermano, pero más que escribir un cheque no vas a poder hacer. Yo puedo ayudar con el día a día, si lo necesitas. Si lo aceptas —dijo Dean, y esta vez no era una broma, sino una declaración seria, como si su apoyo fuera algo evidente.

Archer, que había permanecido en silencio mientras Dean hablaba, levantó una ceja y miró a su hermano con una mezcla de incredulidad y reconocimiento.

—¿De verdad? —dijo Archer, sin poder evitar la sorpresa en su voz. Dean asintió sin dudar.

—Claro. Tal vez no tenga tantas conexiones como tú, pero sé cómo hacer las cosas. Y si lo que quieres es que este refugio sea un éxito, te puedo asegurar que no te faltará nada.

Por alguna razón, esas palabras me llegaron más de lo que imaginaba. El simple hecho de que Dean, con su actitud tan directa y su mirada penetrante, estuviera dispuesto a ofrecer su ayuda me hizo sentir que tal vez no estaba tan sola como pensaba.

Me quedé pensativa por un momento, reflexionando sobre lo que ambos habían dicho. La idea de que dos hombres estuvieran dispuestos a apoyarme en algo tan grande me dejaba perpleja.

Pero, al mismo tiempo, algo en mi interior me decía que debía aceptar su ayuda. Este refugio no era solo un sueño para mí; era la oportunidad de hacer algo por los animales que tanto

necesitaban un hogar. Y si eso significaba abrirme a la posibilidad de trabajar junto a ellos, entonces debía hacerlo.

—Gracias, de verdad —dije, mirando a ambos con una sonrisa agradecida. No sabía cómo iba a ser todo, ni cómo iba a lograrlo, pero tenía la sensación de que este sería el comienzo de algo que cambiaría mi vida, y la de los animales que tanto amaba.

Dean me miró con una leve sonrisa y un brillo en los ojos que me hizo preguntarme si había algo más detrás de su ofrecimiento.

—No tienes que agradecernos, Della —dijo, con un tono más suave—. Solo asegúrate de que cuando logres hacer realidad tu sueño, no olvides a los que te ayudaron en el camino.

Archer soltó una risa y asintió, pero yo solo podía pensar en lo que significaba todo eso. Tenía el apoyo que necesitaba, o al menos una parte de él. Y aunque no tenía claro cómo funcionaría todo, sentí que este era el primer paso hacia algo que, de alguna manera, estaba destinado a suceder.

Capítulo 3

Della

La luz tenue de la farola iluminaba la entrada del edificio, un antiguo local en una zona industrial que parecía a medio camino entre la vida urbana y el olvido. No estaba lejos del centro, pero tampoco lo suficiente como para considerarse una ubicación ideal.

El ruido constante de la ciudad se disipaba un poco en esta área, lo que otorgaba al lugar una sensación de aislamiento tranquilo, casi como si aguardara algo grande por suceder.

El edificio, con su fachada de ladrillos envejecidos y ventanas altas cubiertas de polvo, había estado vacío durante años, pero Dean insistía en que tenía potencial. A pesar de no estar completamente convencida, sabía que, si Dean decía que era adecuado, al menos debía darle una oportunidad.

Lo que no esperaba era su insistencia en venir juntos a verlo. Era bueno y malo al mismo tiempo. Bueno porque, cuando estaba a su lado, me sentía viva. Malo porque era una tortura no poder tocarlo. No poder besarlo.

Cuando bajé del coche, observé el lugar con una mezcla de escepticismo y esperanza. La calle que lo rodeaba no era la más atractiva, con fábricas cerradas a su alrededor y un par de talleres mecánicos en el vecindario.

La puerta crujió al abrirse, y, una vez dentro, la sensación cambió inmediatamente. El gran salón vacío, con techos altos que daban una sensación de amplitud, y las paredes, aunque necesitaban una capa de pintura y algo de restauración, aún conservaban su carácter original.

Era perfecto para lo que tenía en mente, pero aún me faltaba algo para convencerme de que esto podía funcionar.

Dean, por su parte, estaba tan entusiasmado como siempre. Observaba a su alrededor con esa sonrisa cómplice, como si este lugar fuera una joya escondida que todos pasaban por alto. Yo no sabía qué pensar.

—¿Qué opinas? —preguntó, sonriendo con esa seguridad que hacía imposible darle una negativa.

Fruncí el ceño mientras recorría el lugar con la vista. El espacio era grande y veía un

montón de obstáculos que tendría que superar si de verdad quería que el refugio fuera una realidad.

—Es interesante —dije, sin ocultar mi duda.

Había algo en el aire, algo que me decía que, si lograba visualizarlo de la forma correcta, ese sitio podría funcionar.

Dean sonrió más ampliamente.

—¿Interesante? Venga, Della, esto es más que interesante. Es tu lugar. La oportunidad que estabas esperando.

No pude evitar pensar que tal vez tenía razón, pero aún no me sentía lista para dar ese paso. Caminé hacia el centro del espacio, mis pasos resonando en el suelo vacío. El eco se mezclaba con los de Dean.

Él se acercó a la mesa que había preparado en una esquina. Sobre ella había varios planos, papeles y folletos de proveedores.

Me acerqué y tomé uno de los folletos. No podía evitar sentirme abrumada. Dean había planeado todo con un detalle que jamás habría imaginado.

—¿Esto es? —murmuré, hojeando los papeles sobre suministro de equipos para animales.

Dean no respondió de inmediato. Solo sonrió con su usual aire confiado.

—Sí. Todo esto es para ti. He hablado con algunos contactos y pedido presupuestos para todo lo que necesitarás: jaulas, camas, productos de limpieza. El lugar necesita una buena reforma, pero podemos hacerlo. Tú y yo. Ya sabes que no me voy a quedar mirando mientras tú te encargas de todo el trabajo.

Me quedé en silencio por un momento, sin saber qué decir. Mi mente estaba aturdida por la magnitud de lo que me ofrecía. No solo ponía a mi disposición el lugar, sino también su ayuda. Estaba dispuesto a involucrarse para que este sueño, que yo apenas me atrevía a imaginar, se hiciera realidad.

—No sé qué decir, Dean. Esto es mucho. Y no puedo pedirte que hagas todo esto por mí —respondí, abrumada por su generosidad.

—Tú no estás pidiendo nada —dijo él, con la mirada fija en los planos y una expresión decidida. Luego me miró a los ojos con una suavidad que me hizo sentir aún más vulnerable—. Quiero ayudarte. No solo porque eres mi amiga, sino porque creo en lo que haces. Este refugio, Della, va a cambiar muchas cosas, y yo quiero ser parte de eso.

Tragué saliva, sintiendo cómo se me nublaba la vista ante la mezcla de miedo y gratitud. Pero sus palabras calaron hondo. Quizá estaba más preparada de lo que pensaba. Tal vez solo necesitaba ese pequeño empujón. Y en ese momento, él me lo estaba dando.

—Vale —dije finalmente, esbozando una pequeña sonrisa. Fue un suspiro, un paso tímido hacia algo más grande que yo misma.

Dean sonrió con satisfacción, pero no dijo nada más. Se acercó y tocó el plano que descansaba sobre la mesa.

—Este lugar, con todo lo que podemos hacer, va a ser increíble —afirmó, como si no tuviera ninguna duda de que lo lograríamos.

Me sentí extraña al estar allí, en ese sitio que ya imaginaba lleno de animales, de risas, de trabajo. Mi mente comenzaba a visualizarlo de una forma en la que nunca me había atrevido. Sabía que tenía un largo camino por delante, pero con Dean a mi lado, tal vez, solo tal vez, podría lograrlo.

Él me miró y, como si pudiera leer mis pensamientos, añadió con un tono más relajado:

—Y no te preocupes. No voy a quedarme detrás de los papeles. Voy a estar contigo en

todo momento. Es un trabajo en equipo, Della.

Suspiré, sabiendo que, aunque no todo sería fácil, tal vez no tendría que cargar con todo el peso sola. Dean no me dejaría hacerlo. Y esa sensación, por primera vez en mucho tiempo, me dio un respiro.

La idea de tener un refugio, un hogar para animales que necesitaban cuidados y atención, comenzaba a parecer más posible de lo que jamás imaginé. Con la ayuda de Dean, ese sueño estaba tomando forma y, aunque el camino sería largo y desafiante, estaba decidida a seguir adelante.

***

La luz cálida del despacho, ahora completamente vacío salvo por los muebles que estábamos colocando, creaba un ambiente relajado. El silencio apenas era interrumpido por nuestros movimientos mientras Dean y yo terminábamos de pintar la última pared.

Todo comenzaba a cobrar vida y, con cada trazo de pincel, sentía que el refugio tomaba forma.

Aquel espacio no solo se estaba construyendo para los animales, sino también para mí, para algo que deseaba hacer realidad con todas mis fuerzas.

Dean permanecía cerca de la pared, observando mi trabajo con una expresión concentrada. Parecía estar buscando una excusa para decirme algo que no quería admitir. Mientras yo daba los últimos toques de color, sentí su mirada fija en mi espalda.

—¿Sabías que soy un experto en arte? —dijo.

Solté una risa sin apartar la vista de la pintura.

—¿En serio? No te he visto coger un pincel en todo este tiempo.

—Tengo muchos talentos ocultos. Pero debo admitir que esto —se acercó un paso más, mirando la pintura con atención— no está nada mal. Aunque le falta un toque de algo.

Me giré, crucé los brazos y lo miré de arriba abajo, como si estuviera evaluando su propuesta.

—¿Ah, ¿sí? ¿Y qué le pondrías tú? ¿Un toque de arte moderno? —pregunté con tono burlón.

Dean soltó una pequeña risa, como si hubiera estado esperando justo esa respuesta.

—Bueno, tal vez solo algo de inspiración.

Hizo una pausa y dio un paso hacia mí, tan cerca que pude sentir su respiración rozando mi rostro.

—Y tal vez un beso.

No pude evitar reírme. Llevaba esperando este momento desde hace tanto tiempo y... ¿así era como ocurría?

—¿Un beso? ¿De verdad crees que eso mejoraría la pintura?

—Definitivamente. No solo la pintura —murmuró, sus ojos fijos en los míos.

La distancia entre nosotros se desvaneció, y el aire se llenó de una tensión que antes no estaba ahí. Me mordí el labio inferior, sintiendo cómo mi corazón aceleraba al ritmo de sus palabras.

—Vamos, Della, hazlo por el arte —dijo con una sonrisa pícara.

El aire se volvió denso, eléctrico. Mi respiración se hizo más profunda mientras procesaba lo que acababa de decir. ¿Dean estaba dando el paso, ¿no?

—¿Esto es parte de tu arte moderno? —bromeé, buscando la confirmación de que

hablaba en serio.

—Della, nena, las mejores obras de arte nacieron del dolor o del placer. Yo diría que el placer es una mejor elección.

Sin más palabras, se acercó y me besó.

De inmediato, la broma dejó de serlo. Fue un beso que no pedía permiso, un choque intenso de labios. Las manos de Dean se posaron en mi cintura, atrayéndome hacia él, mientras yo respondía con la misma pasión. Era un beso cargado de todo lo que no habíamos dicho, de todo lo que habíamos guardado hasta ahora.

Cuando nos separamos, ambos estábamos sin aliento. El lugar desapareció, y solo quedábamos nosotros, atrapados en ese instante.

—¿Así que crees que el arte mejora con besos, ¿eh? —pregunté entre respiraciones rápidas, con un toque de risa nerviosa en la voz.

Dean sonrió, su mirada aún encendida de diversión.

—Te dije que lo mejorarías. Y ahora, creo que tenemos algo más que solo una pintura, ¿no?

Me apoyé contra la pared, dejando escapar una pequeña risa, sin poder borrar la sonrisa que se había instalado en mi rostro.

—Sí, creo que sí. Pero si esta es la calidad de tu arte, va a ser difícil concentrarme en el refugio.

Dean se inclinó hacia mí otra vez, su expresión lo decía todo.

—Entonces, Della, ¿te atreves a seguir?

Solo sonreí, con la respiración aún acelerada, sabiendo que estábamos creando algo mucho más importante que una simple pintura. Algo que, de alguna manera, empezaba a ser nuestro.

***

El refugio se convirtió en un verdadero éxito, mucho más de lo que jamás imaginé. No solo por el esfuerzo que puse en cada rincón, en cada espacio diseñado con cariño para los animales, sino también gracias a la ayuda invaluable de los hermanos Cantrell.

Dean y Archer fueron mis pilares. Cada vez que algo parecía ir mal, estaban allí, no solo con palabras de aliento, sino con acciones. Archer puso el dinero, mientras que Dean se ocupó de la logística y la gestión administrativa. Su capacidad para mover contactos hizo que el refugio no solo sobreviviera, sino que prosperara.

A pesar de todo, mi padre no dejó de interferir en mi vida. Para él, el éxito del refugio no significaba nada. Seguía empeñado en que lo estaba haciendo todo mal, en que de alguna manera lo había defraudado.

Cada vez que me veía, soltaba una de sus peroratas sobre cómo había arruinado mi futuro, cómo el refugio solo me alejaba de mis responsabilidades y de lo que él consideraba una verdadera carrera. Era como si su necesidad de control pesara más que cualquier intento de reconciliación. Y para empeorar las cosas, no se conformó con sus discursos: hizo todo lo posible por ponerme obstáculos.

Usó sus conexiones, sus amigos y socios, para asegurarse de que el refugio no recibiera apoyo financiero. Ninguno de los empresarios con los que se relacionaba quiso saber nada de mi proyecto. Las donaciones que tanto necesitaba nunca llegaron, y muchas puertas se cerraron frente a mí.

Pero eso no duró mucho. Sabía que, con o sin él, el refugio seguiría adelante. No solo tenía mis propias ideas, sino también el respaldo de los hermanos Cantrell, que creyeron en mí

desde el principio.

Dean, sobre todo, fue un apoyo fundamental. No solo me ayudaba a gestionar los recursos, sino que, cada vez que un nuevo desafío se presentaba, su presencia me recordaba que no estaba sola. Su confianza en mí me empujaba a seguir, incluso cuando mi padre hacía todo lo posible por hacerme retroceder.

Con el tiempo, las puertas que mi padre me había cerrado comenzaron a abrirse de nuevo. Aquellos que antes se habían mostrado indiferentes al refugio empezaron a ver que no era solo un proyecto sin futuro, sino una causa que valía la pena. Y mientras mi padre seguía perdido en su propio orgullo, yo seguía creciendo, demostrando que los sueños pueden cumplirse incluso sin el apoyo de aquellos que deberían haber estado a mi lado.

Así, el refugio prosperó. Se convirtió en un lugar lleno de vida, donde los animales no solo encontraban un hogar temporal, sino también una oportunidad para sanar. No me importaba lo que dijera mi padre, ni sus intentos de sabotear mi esfuerzo. Había encontrado mi propósito, y nada ni nadie podría arrebatármelo.

Los diseños que había creado para el refugio no solo se destacaban por su funcionalidad, sino por lo innovadores que eran. Cada rincón del lugar estaba pensado no solo para hacer la vida de los animales más cómoda, sino para integrar el entorno de una manera que nunca se había hecho antes.

Las camas ortopédicas para perros, por ejemplo, no solo mejoraban la postura de los animales, sino que también estaban diseñadas para adaptarse a diferentes razas y tamaños, algo que ningún otro refugio había considerado. Los materiales eran ecológicos y pensados para garantizar la durabilidad, sin dejar de ser accesibles económicamente para aquellos que no podían permitirse costosos tratamientos veterinarios.

Pero más allá de las camas, lo que realmente marcaba la diferencia era la atmósfera que había creado. Cada espacio en el refugio tenía un diseño que promovía el bienestar de los animales, algo que para mí no solo era una cuestión de funcionalidad, sino de respeto hacia ellos.

Me sentía como si mi trabajo no solo estuviera ayudando a los animales, sino también contribuyendo a un cambio en la forma en que las personas pensaban sobre la salud y el bienestar animal. Había algo de mi corazón y mi alma en cada uno de esos diseños, y al verlos cobrar vida, sentía que todo el esfuerzo había valido la pena.

Sin embargo, aunque el refugio crecía y mi reputación como diseñadora también, había algo que seguía siendo un enigma: mi relación con Dean.

Dean y yo estábamos cerca, más de lo que me habría atrevido a admitir en voz alta. Pero, de alguna manera que nunca comprendí del todo, lo que sentíamos el uno por el otro tenía que mantenerse en secreto. La gente no sabía nada, y no era algo que quisiéramos que se supiera, al menos no todavía.

A veces, cuando estábamos juntos en el refugio, intercambiábamos miradas cargadas de complicidad, y había momentos en los que todo parecía natural, como si estuviéramos predestinados a estar juntos de alguna forma.

Sin embargo, Dean era un hombre reservado, y aunque me cuidaba con una atención que me hacía sentir como la persona más importante en su vida, había algo en él que siempre parecía mantener a distancia. Yo, por mi parte, no quería presionarlo. Después de todo, él también tenía su propio mundo, su propia vida, y no quería complicarlo más de lo que ya estaba.

A pesar de eso, las cosas entre nosotros iban avanzando a su propio ritmo, sin prisa, pero sin pausa. Cada vez que nos veíamos, había una corriente de tensión en el aire, algo que no podíamos negar, pero que no queríamos dejar que se convirtiera en un escándalo. Después de

todo, el refugio era mi proyecto, mi sueño, y no quería que nadie lo viera como algo secundario a una relación personal.

Así que, sin hablarlo nunca directamente, ambos decidimos que lo mejor era mantener nuestra conexión en secreto. Y aunque a veces me despertaba la sensación de que estaba perdiendo algo al no poder compartirlo abiertamente, al mismo tiempo entendía que, por ahora, ese era el camino más seguro.

Tal vez, algún día, si todo salía bien, tendríamos el valor de mostrarle al mundo lo que había entre nosotros. Pero mientras tanto, lo nuestro seguía siendo un susurro entre las paredes del refugio, un secreto que solo nosotros entendíamos.

Capítulo 4

Della

Cinco años.

La calle estaba tranquila y tan bonita como siempre. El verde lo envolvía todo, desde los árboles que rodeaban las aceras hasta los pequeños jardines con sus plantas y flores coloridas, pasando por las macetas que decoraban la mayoría de las ventanas.

Conduje despacio, a pesar de que no había nadie. Los niños todavía no habían llegado del cole, e incluso el perro del señor Pemberton estaba tomando plácidamente su siesta a la sombra del roble blanco que separaba mi propiedad de la de su dueño.

Era el árbol más alto del barrio, había alcanzado los treinta metros, y su copa amplia era una bendición en verano y una maldición en otoño. Las rodillas de Arthur, el señor Pemberton, ya no eran lo que solían ser, y recoger las hojas a diario no era una tarea fácil.

No aceptaba pagar a nadie, y mucho menos ayuda de los vecinos. No es que alguno se hubiera ofrecido, no, por Dios. La única con la que se llevaba bien era yo.

La verdad es que no entendía por qué era tan gruñón con los demás y tan amable conmigo. Fue él quien me ayudó con la mudanza hace cuatro años (sus rodillas aún estaban bien), él me preparó sopa cuando cogí esa gripe horrorosa el invierno pasado, y él llamaba a mi puerta el domingo por la mañana con galletas recién hechas o con bizcocho de chocolate.

Mi coche no despertó a Winston, el labrador de Arthur, y una vez más me felicité por haberme comprado un coche eléctrico. Silencioso y sostenible.

Aparqué, no en el garaje porque recientemente lo había convertido en almacén. Estaba hasta arriba de cajas que contenían mi último diseño: un comedero inteligente para perros y gatos. Era brillante, y sí, era mi diseño, y me iba a traer mucho dinero, que es lo que necesitaba.

No para mí, no. Yo ya tenía más que suficiente, pero había animales en toda la ciudad que necesitaban mi ayuda, y eso, aunque quisiera, no era gratis. La comida costaba un dineral, la factura de la clínica veterinaria estaba hasta el cielo y más arriba.

Lo único que no pagaba era a los empleados, que eran voluntarios. El dinero de las donaciones no bastaba para ayudar a todos los animales que, por una razón u otra, acababan en la calle, y todo el dinero que ganaba de mi empresa se usaba cuando las cuentas del refugio estaban en números rojos.

Eso pasaba a menudo.

Estaba trabajando mucho, pero para mí era un placer. Volver a casa después de un día duro era mi momento favorito. Solo ver mi casa me hacía sentir mejor, pero hoy, caminando por la pequeña vereda de piedra hacia la entrada, ese sentimiento de paz no llegó.

Mi casa era bonita: ladrillo rojo, dos plantas, pequeño jardín con plantas delante y un huerto de hierbas aromáticas detrás. Después de abrir la puerta, me di cuenta de que me había olvidado de apagar el aire acondicionado. Por un lado, agradecía el frescor de la casa, pero por otro, no me hacía ninguna gracia recibir la factura al final del mes.

La casa la había comprado yo sola. Estaba en ruinas, pero me enamoré de los techos altos y la chimenea del salón. Ahora era perfecta, con sus paredes de tonos cálidos y los grandes ventanales.

Justo al lado estaba el comedor, que había dejado preparado para esta noche, y al pasar por allí aparté la mirada. Llevaba un tiempo con una sensación extraña en el estómago, en el corazón.

Subí a mi dormitorio y la cama perfectamente hecha me sacó de mis casillas. Yo no era ordenada. Dean lo era, y las pocas veces que se quedaba a dormir no se iba sin hacer la cama o sin recoger detrás. No había ninguna cosa fuera de lugar, ni un peine, ni un cojín, ni una taza sucia en el fregadero.

No estaba obsesionada con la limpieza, pero tampoco vivía enterrada en la mugre. Simplemente hacía lo imprescindible, y para el resto tenía una empresa contratada que venía una vez al mes para una limpieza a fondo.

Total, no hacía falta más, ya que vivía aquí sola.

Sola.

Después de cinco años de relación con Dean, seguía viviendo sola. Podía contar con los dedos de una mano las veces que se había quedado este año a dormir aquí. Estábamos en junio. Ni siquiera una vez al mes.

Oh, y no, no me quedaba a dormir con él.

Cada uno en su casa. Y no es que no le hubiera pedido, lo hice, pero la primera vez dijo que era demasiado pronto, y eso que habían pasado dieciocho meses.

Hoy era nuestro aniversario. Cinco años.

El aire debería estar cargado de esa electricidad tranquila que solo una ocasión especial puede traer. Pero solo me apetecía tumbarme en la cama y dormir. No lo hice; en cambio, me quité los pantalones y la camisa y me puse un vestido.

Tenía esta manía de celebrar los días especiales, siempre intentaba demostrarle lo mucho que me importaba. Amar, no, por Dios, la palabra amor era para Dean como el agua bendita para los demonios.

Sí, cometí el imperdonable error de decirle que lo amaba. Es que, hombre, ¿a quién se le ocurre decirle esas dos palabras al hombre con el que lleva un año saliendo? Es que no es normal.

¿Y qué si no os podéis quitar las manos de encima y el sexo está tan bueno que ni siquiera recuerdas tu nombre? ¿Y qué si te ayudó a cumplir tu mayor deseo?

Hombre, no, esas no son razones suficientes para sentir o declarar tu amor.

Bajé, recogí mi cabello en una coleta alta y, después de encender la radio, empecé a preparar la cena. No fue difícil elegir: salmón en costra de hierbas y mostaza, el plato favorito de Dean.

El sol ya comenzaba a ponerse cuando saqué los lomos de salmón, frescos y rosados, del frigorífico. Los coloqué sobre la tabla de cortar, mis dedos rozando la piel escamosa y firme.

Lo odiaba. La sensación, el olor.

Me gustaba el sabor, pero solo una vez cocinado.

Mientras mezclaba las hierbas de mi propio huerto en un pequeño tazón, me pregunté cómo había llegado a este momento. Obviamente, desde que averigüé que era su plato favorito, intenté aprender a prepararlo, y después de medio año conseguí la perfección.

¿Por qué? Porque amaba al idiota de Dean Cantrell.

Añadí una cucharada de mostaza Dijon y la extendí cuidadosamente sobre cada lomo de salmón, cubriéndolo con una capa gruesa, casi como si estuviera protegiéndolo. Claro, como debería haber hecho con mi corazón.

Lo dejé reposar mientras escuchaba la última canción de Taylor Swift. Luego, iba a

cocinarlos en la sartén con un chorrito de aceite de oliva.

Puse en una olla a cocinar el colinabo, pelado y cortado en trozos. Lo trituré con cuidado hasta conseguir un puré suave, añadiendo un toque de mantequilla, un poco de sal y pimienta. El resultado fue un puré cremoso, casi sedoso, que suavizaba la contundencia del salmón y traía un sabor ligero pero profundo.

A Dean le costaba decir cuál le gustaba más, el salmón o el puré. La salsa era su menos favorita, y me molestaba porque fue lo que más me costó encontrarle el punto justo. El jugo de naranja combinado con el de limón y la miel era una mezcla que combinaba muy bien, pero que Dean ni siquiera tocaba.

¿Por qué me empeñaba en prepararlo justo como lo había aprendido en clase?

Aprendí el punto justo de retirar el salmón de la sartén, cuánto dejarlo reposar. Mi corazón latía al ritmo de cada paso, como al colocar el salmón en el plato.

Suspirando, empecé a recoger la cocina, dejando sobre la encimera lo imprescindible para terminar de preparar en cuanto llegara Dean. Como todavía faltaban unos quince minutos, fui arriba a cambiarme.

Incluso tomé una ducha rápida antes de ponerme un conjunto de lencería nuevo debajo del vestido favorito de Dean.

Mis dedos apretaron la cuchara que estaba usando para remover la salsa cuando escuché la puerta abrirse y, enseguida, los pasos de Dean. En tres segundos estaba en la puerta de la cocina, su silueta proyectándose en el umbral con esa confianza que envidié desde el primer momento.

Me quedé embobada, algo normal, algo que no había cambiado a pesar de los cinco años que llevábamos juntos.

Era alto, más alto que yo. Su chaqueta oscura apenas podía ocultar los músculos bien definidos de su torso. Sus hombros anchos y su espalda recta daban la impresión de que podía afrontar cualquier cosa, de que podía protegerme de cualquier cosa.

Sus ojos verdes parecían mirar más allá de mí, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar. La típica chispa de diversión que solía brillar en él no estaba ahí. Solo un resquicio de cansancio o distracción que añadió más leña al fuego que burbujeaba en mi interior.

Su barba estaba perfectamente cuidada, porque Dean nunca perdía su cita con el barbero, cada viernes a las ocho en punto. Hoy, su cabello oscuro estaba desordenado de tanto tocarlo, porque solía hacerlo cuando estaba preocupado por algo. Aunque no se daba cuenta de ello.

¿Qué podría tenerlo tan preocupado?

Su vida era normal, mucho mejor que la de la mayoría de las personas. Ok, perdió a sus padres cuando era pequeño, pero tenía a sus hermanos y a su abuela. El dinero no le faltaba y le gustaba trabajar, no tanto como a Archer, pero era un hombre que lo daba todo antes de pasar al siguiente proyecto.

Lo sabía muy bien, sin él mi refugio no sería lo que es hoy y mi empresa tampoco.

—Hola —dije sonriendo porque sí, tenía un gran vacío en el estómago y no por el hambre, pero mi corazón daba un vuelco cada vez que lo veía.

—Hola.

Y de repente lo tenía enfrente. Sus brazos se apretaron a mi alrededor y su rostro se acercó al mío.

—Algo huele muy bien —murmuró.

Asentí y Dean deslizó una mano hacia arriba para ahuecar la parte posterior de mi cabeza, la inclinó y aplastó su boca contra la mía.

Abrí la boca para decirle que necesitaba un momento y él deslizó su lengua dentro.

Dean profundizó el beso, bebiendo de mi boca, tomando todo lo que podía, todo lo que estaba dispuesto a darle. Porque sí, nosotros éramos así, Dean pedía y pedía y yo entregaba.

El beso se volvió más intenso, casi como si fuera nuestra primera vez. ¿Tal vez la última? Había una desesperación en su beso que nunca había notado.

Mis dedos se apretaron en su camisa, atrayéndolo hacia mí a pesar de que ya estaba lo más cerca posible. Me levanté sobre las puntas de los pies, incliné más la cabeza, enredé mi lengua con la de él y presioné.

Su desesperación era contagiosa. Su beso era fenomenal.

Sin soltar mi boca, Dean se movió hacia atrás para quitarse la chaqueta y tirarla hacia abajo por sus brazos. Las bocas todavía conectadas, después de que su chaqueta cayera al suelo, él me giró y me hizo caminar hacia atrás.

Mis manos volvieron a su camisa a los costados, la tiré hacia arriba, la sacó de sus jeans y luego se sumergieron, piel contra piel, su toque cálido, ligero.

Me guio hasta mi salón y ahí me inclinó hacia el sofá.

Saqué la mano de su camisa y la deslicé por su pecho para enroscarla alrededor del costado de su cuello y luego la deslicé hacia arriba en su cabello y sostuvo su boca contra la mía.

Nos giró y Dean cayó hacia atrás sobre el brazo del sofá, llevándome con él.

Aterricé sobre su cuerpo y él rodó instantáneamente, atrapándome debajo de él, todo el tiempo sin soltar mi boca.

Dean apartó su boca de la mía para murmurar: —¡Della, Jesús!

Sí, la desesperación era tan obvia en su voz que me casi me eché a llorar.

Con los ojos cerrados, levanté la cabeza y presioné mis labios contra los de él. No quería pensar ni llorar, ya lo haría después.

Él gruñó y me presionó más profundamente en el sofá. Sus manos se movieron hacia los botones de mi vestido y enseguida volaron. Se quedó mirando un instante, admirando mi sujetador de encaje y luego posó los labios en mi mandíbula.

Me tocó con su lengua, me recorrió la piel, saboreando mi cuello, bajando hasta mi pecho, bajando, su camino definido.

—Sabes lo que quiero, Della —dijo contra mi piel, y no lo dudé.

Mis dedos se curvaron en la copa de mi sujetador y tiraron hacia abajo. Él cerró la boca sobre mi pezón y lo succionó con fuerza.

Arqueé la espalda, mis caderas rozando las de él, y gimiendo su nombre.

Dean atrajo mi pezón con más fuerza.

—Dean —suspiré, deslizando los dedos por su cabello.

—El otro —ordenó, rodeando el apretado capullo con su lengua.

Obviamente, Dean tenía sus trucos y conocía mi cuerpo mejor que yo. Sin demora, mi otra mano bajó la otra copa de su sujetador y él cambió de lado.

Me arqueé debajo de él.

Luego Dean puso sus manos debajo de mis brazos y me tiró hacia arriba del sofá para que mi cabeza estuviera en el apoyabrazos.

¡Jesús!

Sabía lo que iba a hacer a continuación, y no, no era porque era algo que a Dean le gustaba… porque era una repetición de nuestra primera vez.

Se deslizó hacia abajo y después de deslizar mis bragas por mis piernas, gruñó: —Ábrete.

Con la mente en otra parte, mi cuerpo obedeció. Me abrí y Dean se inclinó hacia adelante

y se alimentó.

Tenía las manos en su cabello, una pierna sobre el respaldo del sofá, mi talón hundido en su espalda mientras le ofrecía mi coño, buscando su boca.

De repente Dean desapareció y abrí los ojos, parpadeando con sorpresa y algo de enfado. Pero él se agachó y tomó mi brazo, levantándome. Él agarró mi trasero desnudo y con una mano, mientras la otra se hundía en mi cabello y acercaba mi boca a la de él.

Envolví los brazos alrededor de sus hombros y las piernas alrededor de sus caderas.

El beso continuó mientras Dean caminaba fuera del salón, subía las escaleras y entraba en mi dormitorio.

Me había pedido direcciones la primera vez, hoy no.

Puso una rodilla en la cama, me apoyó sobre las almohadas y luego se deslizó hacia atrás. Se paró al final de la cama, con las manos en los botones de su camisa mientras yo lo miraba desde la cama.

La intensidad de su mirada era diferente, más fuerte, más ardiente y luché contra mi propia mente para echar los pensamientos.

—Dean —susurré, comenzando a cerrar las piernas.

—Quédate abierta para mí, nena.

Dudé, pero dejé que mis piernas se abrieran para él.

No perdió tiempo en quitarse el resto de su ropa y unirse en la cama. Extendió la mano más allá hacia la mesita de noche, abrió el cajón y lo dejó abierto después de agarrar un condón.

Arrodillándose entre mis piernas abiertas, sostuvo mis ojos mientras se lo ponía.

—Eres la mujer más hermosa, Della —susurró.

—Dean —murmuré, a través del nudo de mi garganta.

Se dejó caer hacia adelante y me cubrió, labios contra los míos, rodeó mis caderas y colocó la punta de su pene dentro.

Luego se deslizó una pulgada más profundo.

—Más —jadeé, levantando las caderas.

Se deslizó una pulgada más profundo.

Dean cerró los ojos y apoyó su frente contra la mía.

—Más, cariño —supliqué.

Me dio más, se deslizó hacia afuera y parcialmente hacia adentro.

Luego más, se deslizó hacia afuera y luego volvió a entrar parcialmente. Me retorcí debajo de él, levantando las caderas.

Despacio. Tan despacio que pensaba que iba a perder la cabeza. No tenía nada en contra a ir despacio, Dean era capaz de hacerme el amor durante toda la noche y yo no iba a quejarme. Pero hoy sentía una urgencia… algo extraño me pasaba.

—Dean —gemí, mientras Dean se empeñaba en no darme lo que había pedido. Hacia afuera y luego hacia adentro. Mis piernas lo rodearon y mis uñas volvieron a raspar su espalda.

—Despacio —dijo él, pero incliné la barbilla, atrapé su labio inferior entre los dientes, fijé mis ojos en los de él y supliqué: —Por favor, Dean.

Mis palabras, rompieron su control y no pudo contenerse más. Empujó salvajemente y se enterró hasta la raíz. Luego embistió profundamente y me miró mientras lo alcanzaba. Enterré el rostro en su cuello mientras seguía con fuerza, más fuerte, hasta que se plantó y explotó en un largo y profundo gemido.

Fueron cinco segundos.

Cinco, nada más que eso desde que terminó hasta que se deslizó fuera de mí, fuera de mi

cama. Normalmente me abrazaba, charlábamos sobre una cosa u otra.

—¿Tienes prisa por llegar a algún lugar? —pregunté.

—Tengo una reunión con Archer —respondió mientras se abrochaba los pantalones.

Ni siquiera se los había quitado.

Se puso la camisa y luego tuvo la audacia de inclinarse sobre mí para darme un beso de despedida. Se paró a medio camino al notar, por fin, mi mirada. En sus ojos apareció una mezcla de sorpresa y enfado.

Estaba segura de que en su mente se preguntaba una sola cosa: ¿cómo me atrevía a molestarlo con mis dramas? Porque sí, para Dean, cualquier cosa que no estuviera relacionada con el refugio o con el negocio eran tonterías, dramas que podía ignorar, pero que el pobre aguantaba porque le gustaba demasiado follarme.

—¿Qué pasa? —preguntó.

¡Jesús! Si hubiera sabido desde el principio que Dean era el tipo de hombre que no se entera de nada, no me hubiera liado con él.

¿A quién quiero engañar? Lo habría hecho de todos modos porque Dean era guapo, inteligente y muy bueno en la cama. Por esas tres razones lo aguanté durante tanto tiempo.

Pero ya no.

—Nada —dije, rodando hacia la otra parte de la cama y poniéndome de pie.

Aún tenía el vestido medio colgando sobre mis hombros e intenté abrocharlo, porque mi cuerpo desnudo siempre era una distracción para él. Hoy necesitaba toda su atención.

—Della, no tengo tiempo para esta mierda —gruñó.

—Lo sé, Dean, Dios, lo sé muy bien. Y como sé que tu tiempo es muy precioso, aquí va: o damos el siguiente paso en nuestra relación o todo acaba.

Su expresión se congeló, sus ojos se abrieron ligeramente, como si no pudiera procesar mis palabras. La sorpresa le recorrió el rostro en un parpadeo y enseguida su cara quedó completamente en blanco, como si cada emoción que sintió se hubiera evaporado al instante.

—No tengo tiempo ahora —dijo finalmente.

Mi dormitorio medía unos treinta metros cuadrados, la cama estaba justo en el centro y ahora mismo él estaba en una parte y yo en la otra. La distancia no era grande, pero parecía como si fuera un continente entero.

—Ok, Dean, ahora no —murmuré.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Pensaba que se iba a ir sin despedirse, pero en el último momento giró y se acercó a mí. Me rodeó con los brazos y me besó.

Fue intenso, profundo y demasiado parecido a un beso de despedida.

Capítulo 5

Della

Archer se había casado.

Por un instante, lo envidié. Fue un momento de debilidad por mi parte. Él era mi mejor amigo, la única persona en la que confiaba plenamente, y merecía ser feliz. Margot era una mujer hermosa. No la conocía bien, pero sentía que era perfecta para él.

Además, había visto cómo lo miraba, como solo una mujer enamorada mira a un hombre. Igual que yo miraba a Dean en este momento.

Estábamos en la biblioteca de Cantrell Manor, la casa familiar de Dean, adonde me guio cuando le dije que necesitábamos hablar.

Claro, lejos de todos, de las personas que podían vernos juntos y quizá preguntarse si había algo entre nosotros.

Solo le pregunté si había tomado una decisión, porque en la última semana no nos habíamos visto en absoluto.

Ni en el refugio ni en mi casa. Ni una llamada, ni un mensaje.

Mi secretaria le envió un correo sobre un asunto de los proveedores y él respondió que se encargaría, pero a mí no me dijo ni hola ni vete a la mierda.

Pero, en el fondo, ya sabía lo que era esto. Una ruptura disfrazada de conversación.

La voz de Dean me golpeó, cargada de frustración.

—¿Qué diablos quieres que haga? —gruñó. Aunque su tono fue bajo, no pude evitar percibir la ira acumulándose en sus palabras.

Mi respuesta fue directa, desafiante, como siempre. No podía permitirme vacilar frente a él, aunque mi paciencia estuviera al borde del abismo.

—Sabes lo que quiero. No es tan difícil, Dean.

Apenas escuché mi propia voz, pero fue suficiente para detenerme en seco.

La tensión en el aire cambió. Algo se alteró, y no supe si fue por la manera en la que él me miraba o por la forma en que yo suplicaba.

—¡No es tan simple! —rugió de nuevo.

El silencio se volvió pesado. Dean seguía allí, de pie, como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido. Solo quedábamos él y yo, como si el mundo dejara de existir fuera de esos momentos.

Me miraba como si le estuviera pidiendo un brazo o un ojo.

Yo lo daría por él si fuera necesario. Daría mi vida por salvarlo.

Él no.

—No debería ser tan complicado, ¿no es así? —Mi voz salió baja, casi un susurro, como si con cada palabra estuviera empujando algo dentro de mí—. Solo quiero hacerlo oficial, que todo el mundo sepa que estamos juntos.

Ya no sentía enojo. Solo una tristeza tan grande que pensaba que me iba a ahogar.

—No puedo. No puedo, Della —responde, y hay un suspiro de desesperación en sus palabras—. Archer me lo ha dejado claro. No mientras no tenga la situación bajo control.

—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Seguirás las órdenes de tu hermano por cumplir con esa

promesa? —dije, mi voz ahora más suave, pero aún llena de exigencia—. No me importa lo que él diga. Me importamos nosotros.

Maldita batalla que mi padre se empeñaba en librar contra los Cantrell.

Si no estuviera a punto de tener el corazón hecho pedazos, me reiría.

Ya sabes, Romeo y Julieta.

Dean se rio, pero no fue una risa alegre. Era amarga, llena de frustración.

—No se trata de eso. Es más complicado. Tu padre… —Hizo una pausa, y pude escuchar cómo se le escapaba el aliento, como si estuviera eligiendo bien sus palabras—. Tu padre, Della, está presionando. Si no tenemos cuidado, las cosas se pondrán feas para todos. Y no puedo arriesgarme a que eso suceda. No contigo. No con mi familia.

—Entonces, haz lo que tengas que hacer. Hazlo por Archer, por tu familia, por mi padre. Pero no lo hagas por ti, válgame Dios, eso sería impensable para los Cantrell. Todos por uno.

Di un paso hacia él mientras susurraba:

—Haz lo que sea necesario... y yo haré lo mismo.

Y entonces, mis labios se acercaron a los suyos.

Un roce. Apenas un toque. Tan fugaz que ni siquiera supe cómo explicarlo después. Pero cuando me separé, el deseo permaneció, suspendido en el aire, como un eco que se negaba a desvanecerse.

Fue breve.

Pero en ese instante, algo dentro de mí se quebró.

Era el final.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas en el mismo momento en que me di la vuelta. Para cuando salí de la biblioteca, ya estaba llorando de verdad. Y cuando crucé la puerta de Cantrell Manor, apenas podía ver el camino hacia mi coche.

Tuve que sentarme al volante y llorar.

Aprendí hace mucho que llorar no soluciona nada, no arregla problemas ni cambia el pasado. Pero, joder, a veces, un buen llanto te da fuerzas para seguir adelante.

Al menos, eso me pasaba a mí.

Me limpié el rostro con una toallita, borrando los restos de un maquillaje que ya no tenía sentido, y cuando sentí que podía respirar de nuevo, encendí el coche y conduje a casa.

¿Tranquila? No.

Me había destrozado confirmar lo que temía. Yo no significaba nada para Dean.

Y sí, debería haber pillado la indirecta en algún momento de los últimos cinco años, pero así era yo.

Siempre esperando hasta el último momento.

Siempre hay algo bueno en cada persona. Y si eres bueno con ellos, te responderán de la misma manera.

Eso me lo leyó mi hermano de un libro cuando era pequeña, y desde entonces, se me quedó grabado en la mente.

Por más que intenté convencerme de que no era cierto, no hubo caso. Siempre terminaba creyendo en las personas.

En la única persona en la que no podía encontrar nada bueno era en mi padre. Pero eso ya es otro cuento.

Cuando llegué a casa, Arthur estaba sentado en su porche, como siempre, con las piernas cruzadas y esa mirada normalmente implacable, que solo se suavizaba cuando me veía a mí.

Y esta vez no fue la excepción.

Aunque la suavidad tardó un poco en aparecer. Primero vino el enfado, porque Arthur, aunque era viejo, tenía el ojo entrenado para reconocer cuando una mujer había estado llorando.

—Eh, Della. Ven aquí, siéntate un momento —dijo.

Me quedé ahí, dudando por unos segundos.

Estaba agotada, física y mentalmente, y solo quería… ¿ir a casa, estar sola y llorar más? No, gracias.

Así que tardé menos de treinta segundos en rodear el parterre que era el orgullo de Arthur. Me dejé caer en la silla de al lado y, sin que tuviera que decir nada más, me pasó una taza de café humeante.

Era demasiado tarde para tomar café. Para él y para mí.

—No sé si lo sabías, pero el café de la mañana no es el mejor del día —dijo, con una sonrisa apenas visible—. El de la tarde es perfección pura.

Le sonreí un poco, aunque no había motivo para reír.

Tomé un sorbo. El licor quemaba, pero no estaba mal.

Arthur se quedó un rato en silencio, observándome, como si pudiera ver más allá de mi expresión. Siempre había sido así, directo, sin rodeos, pero hoy no me preguntó por qué traía mala cara o dónde estaba "ese chico".

Así llamaba Arthur a Dean. Ese chico. Nunca recordaba su nombre, o tal vez simplemente no quería aprenderlo.

—Cuando era joven —empezó—, no tenía mucho, pero me las ingeniaba. Vivía con un par de amigos en un cuartucho en el centro, casi no salíamos, pero todas las noches nos reuníamos a ver cualquier documental o película que pilláramos. No teníamos televisión, pero sí un viejo proyector.

Hizo una pausa, como si estuviera recordando.

—No es que fuéramos unos genios de la vida, pero algo se nos quedó de todo eso: la vida no es más complicada de lo que uno se empeña en hacerla. Lo difícil es saber cuándo cortar lo que sobra.

Lo miré, algo confundida.

No estaba segura de sí hablaba de sí mismo o de algo más profundo, pero tampoco me importaba. Me quedé ahí, en silencio, dejando que sus palabras fluyeran como un consuelo inesperado, como un peso que ya no tenía que cargar sola.

No sé cuánto tiempo pasamos así, tomando café sin decir nada.

Pero fue suficiente.

Suficiente para que el dolor que sentía dejara de ser tan aplastante.

A veces, la gente no necesita hacer preguntas para entender lo que pasa.

A veces, solo basta con estar.

Y si hubiera sabido lo que me esperaba al día siguiente, habría apreciado aún más el consuelo y el ánimo de Arthur.

***

Después de una noche de sueño intermitente, me desperté a las seis de la mañana con un mensaje de mi padre.

Te espero a las diez en casa.

Maldije en voz baja. No había manera de ignorar su orden, porque eso era: una orden.

La casa de mi padre no era un hogar; era un monumento a la riqueza. Pasillos amplios y

fríos que parecían interminables, llenos de muebles de lujo que, aunque ostentosos, no invitaban a quedarse. Las paredes, decoradas con cuadros costosos y antigüedades, daban la sensación de estar atrapada en un museo, no en la casa de una familia.

Pero a mi padre le encantaba.

Yo la odiaba.

Mi hermano también.

Cuando llegué, el mayordomo me abrió la puerta con la misma frialdad de siempre. No necesitó anunciarme; mi padre ya me esperaba en el umbral del salón, con la mirada fija y calculadora.

—Della, hija, qué bien que viniste. Te estaba esperando —dijo con un tono extraño, cargado de una satisfacción contenida.

Como si supiera algo que yo no.

Entramos en el salón, y me senté en la silla frente a él, como siempre, a una distancia prudente.

—Parece que tienes algo que celebrar, papá —dije, observando con desconfianza la copa de champán que le servía el mayordomo.

A mí no. Ni se me ofreció ni nada.

—Oh, sí, estoy encantado, muy encantado. Ya me enteré de todo. Te han visto con Dean Cantrell, ¿verdad? —Su sonrisa hizo brillar sus ojos de una manera escalofriante—. ¡Qué maravilla! Vaya, no te lo había oído decir, pero con un Cantrell… eso lo cambia todo, ¿no? Estoy seguro de que Eliza estará muy contenta de saberlo.

Disfrutaba del momento, viéndolo todo como si fuera parte de un plan trazado por él mismo. El viejo rencor que guardaba contra Eliza, contra la mansión, contra todo lo que no había logrado en su vida, estaba reflejado en cada palabra, en cada mirada.

—No sé qué te hace pensar que esto cambia algo —respondí, sintiendo cómo mi voz se endurecía—. Dean y yo no somos nada.

—Nada todavía, hija, nada todavía —rio, un sonido seco y áspero—. Pero eso puede cambiar muy rápido. Los Craig siempre somos un buen partido, y estoy seguro de que sabrás mostrarle a Dean los beneficios de relacionarse contigo.

Intenté no dejar que su juego me afectara, aunque sabía que no hablaba solo de Dean y yo. Mi padre siempre jugaba a lo mismo.

Lo que realmente quería era usarlo todo, incluso a su propia hija, para acercarse a su verdadero objetivo: Cantrell Manor.

Y esa mansión, esa maldita mansión, era más importante para él que cualquier otra cosa.

Lo que él no sabía era que esa misma mansión también era más importante para Dean. Más importante que yo.

—No te confundas, papá —dije, con firmeza—. Esto no va a suceder como tú lo piensas.

Pero él solo sonrió, despreocupado, como si mis palabras fueran irrelevantes. Como si ya estuviera un paso adelante, como si en su cabeza todo estuviera perfectamente planeado.

—Veremos, Della. Veremos. —Tomó un sorbo de champán y me observó por encima de la copa—. Los Craig siempre encontramos la manera de obtener lo que deseamos.

Eso era lo que más temía.

—Hablando de eso… ¿qué sabes de tu hermano? —preguntó de repente.

Me encogí de hombros, sin pensarlo. Un gesto que a mi padre no le gustaba.

Vi cómo su boca se tensaba hasta convertirse en una línea delgada, el preludio de lo que vendría después: una larga lista de las cosas que nunca debía hacer una Craig.

No maldecir. No llorar. Ser amable. Sonreír siempre.

Rhett la llamaba la lista de mierdas.

Sabía mucho sobre él, pero no pensaba contarle nada a mi padre. No se lo merecía. Además, se lo había prometido a Rhett y, en este momento, él era la única persona que… me amaba.

Wow. Qué triste, ¿no?

Mi padre me observaba con la misma seguridad de siempre, como si ya tuviera todo bajo control. Como si yo no fuera más que un peón en su juego de ajedrez.

Y eso era lo que más me molestaba: su absoluta seguridad de que todo lo podía manejar, de que lo merecía todo. Pero no iba a dejar que volviera a manipularme. No otra vez.

A veces me preguntaba si alguna vez me había querido.

Traté de mantenerme tranquila, de no ceder ante la presión de su mirada. Pensé en Dean, en lo que mi padre quería que sucediera.

—Entonces, tú y Dean… —empezó.

—No. —Mi respuesta fue inmediata, cortante—. Si crees que voy a ir detrás de Dean solo porque tú quieres, te equivocas.

Forcé mi voz a sonar más firme de lo que me sentía. Mi garganta estaba apretada por el malestar, por el nudo de rabia que crecía dentro de mí. Pero no iba a dejar que él lo viera.

—Yo no soy un juguete para que me manipules. Y Dean tampoco.

Su ceño se frunció.

Sabía que mis palabras le molestaban, que el desprecio en sus ojos era solo el principio. Pero no iba a ceder. No esta vez.

—No te hagas la orgullosa, Della —su voz era baja, cortante—. El mundo no funciona con idealismos. Si fueras un poco más inteligente, entenderías que tu deber, como parte de esta familia, es hacer lo que se espera de ti.

Familia.

La palabra me retumbó en la cabeza como un eco vacío.

Reí, pero fue una risa amarga, seca. ¿Familia? ¿Qué significaba eso para él? Solo una herramienta para conseguir lo que quería. Solo una palabra que usaba cuando le convenía.

No sabía nada sobre mí. No sabía si era feliz, si tenía amigos. Nunca le interesó mi vida. Ni siquiera cuando era una niña.

¿Familia?

Una maldita broma.

—No soy tú, papá. —Las palabras salieron tajantes, afiladas—. Yo decido mi vida. No voy a seguir tus reglas. No voy a ser tu marioneta.

Decirlo en voz alta fue liberador. Pero también peligroso. Lo sabía.

Mi padre no aceptaba desafíos. Los destruía.

Me levanté. No porque él me lo pidiera, sino porque ya no podía quedarme sentada, esperando a que todo se resolviera solo.

Lo miré con la intensidad de alguien que ya no tiene miedo. De alguien que ha llegado al límite.

—Haz lo que quieras, papá. Pero no voy a ceder. No será como tú quieres.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, pesadas como una sentencia.

Él me observó en silencio, calculador, con la paciencia cruel de quien sabe que el tiempo juega a su favor.

Y luego, sonrió.

—Ya veremos, Della. Ya veremos.
No era una promesa.
Era una amenaza.
Hice lo único que cualquier persona normal haría.
Correr.

Capítulo 6

Della

El vagón era pequeño, pero acogedor. La cama, que se plegaba durante el día para dejar espacio a un asiento cómodo, ahora estaba extendida. Aunque todo era mucho más cómodo de lo que esperaba, no podía evitar sentirme un poco incómoda. Esto no era mi estilo; no era el tipo de viaje que elegía. Miré por la ventana y vi cómo la ciudad se desvanecía a medida que avanzábamos. El sol comenzaba a ponerse, tiñendo todo de un suave tono naranja. Respiré hondo.

Decidí correr, alejarme de la casa que me recordaba a Dean, alejarme de lo que estuviera planeando mi padre. Llamé a mi hermano después de comprar mi billete de tren (no me apetecía tomar un vuelo) y él insistió, de hecho, me obligó a aceptar un upgrade. Dijo que de ninguna manera podría viajar durante dieciocho horas sentada en un asiento rodeada de extraños. Mi hermano era lo único que realmente me quedaba en este mundo y, aunque fue tan inflexible como nuestro padre, sabía que lo hacía por mi propio bien. Y también por él, por saber que su pequeña hermana estaría viajando segura.

Me acomodé en el asiento, dejándome envolver por la suavidad de las almohadas y el crujir del tren sobre las vías. Mi vida no era la vida perfecta que algunos imaginaban para Della Craig, la heredera de la fortuna Craig, llena de lujo y comodidades, pero era mi vida. No tenía un avión privado a solo una llamada de teléfono y tampoco lo quería. Mi vida era sencilla. Mi vida era sobre el refugio. Por lo visto, iba a envejecer rodeada de animales, no solo gatos y perros, sino también de otras cinco o seis especies.

Miré por la ventana, dormí, comí un poco, tomé más café de lo que era saludable, intenté leer e intenté no pensar en Dean. Lo extraño es que no estaba preocupada por lo que pudiera hacer mi padre, quizás porque mi corazón roto dolía demasiado o porque finalmente comprendí que fui una tonta al esperar un futuro brillante y feliz al lado de Dean.

Cuando por fin el tren frenó suavemente en la estación de Union Station y las puertas se abrieron, sentí una mezcla de cansancio y anticipación. Me ajusté el bolso sobre el hombro, respiré hondo y, al dar el primer paso fuera del vagón, escuché una voz familiar.

—Della.

Giré rápidamente y, para mi sorpresa, allí estaba Rhett, esperándome en el andén. Mi hermano, que compartía los rasgos con mi padre, el buen gusto para la ropa y nada más me miraba con una ligera sonrisa. Había pensado en coger un taxi hasta su casa porque él tenía que trabajar hasta tarde. O no. O mi hermano me conocía demasiado bien y no podía esperar a verme en persona para averiguar por sí mismo qué tan mal estaba. Porque sí, no era la primera vez que venía corriendo a verlo cuando no pasaba por un buen momento.

—No esperabas verme, ¿verdad? —dijo, con esa sonrisa tan suya, mientras se acercaba para abrazarme.

—No, pero no podías haberme dado una mejor sorpresa —respondí.

No sentí vergüenza alguna en apoyar la cabeza sobre su gran pecho y quedarme en sus brazos durante un buen rato. Él era mi montaña, grande y fuerte, mi protector, y aquí estaba a salvo; aquí venía a recargar mis fuerzas.

—Vamos, te llevo a casa —dijo cuando por fin lo solté, dándome una palmadita en la espalda y guiándome hacia la salida.

Cuando salimos al aire fresco de la calle, Rhett me condujo hasta un coche negro.

—¿Regalo de cumpleaños? —pregunté al subir al coche, que parecía nuevo, olía a nuevo y, obviamente, era nuevo.

—Conseguí un buen acuerdo para mi último cliente e insistió en hacerme un regalo.

—Porque no has querido cobrarle.

Rhett se encogió de hombros. No era una sorpresa que no le gustáramos a nuestro padre. Él prefería acumular riqueza (aunque no sabía por qué, ya nos había dicho a los dos que estábamos fuera del testamento), mientras que Rhett trabajaba pro-bono y yo me gastaba todo lo que tenía en los animales del refugio.

Rhett comenzó a hablar de cosas triviales, como el tráfico y los nuevos restaurantes en la ciudad. Preguntó sobre el refugio y la empresa. El viaje no fue largo como para llegar a lo que me había llevado hasta aquí.

Llegamos a Adams Morgan, y como siempre, me sorprendió el barrio. Era tan bonito como una postal. Las calles estaban llenas de vida, con cafés en las aceras, música suave saliendo de los bares cercanos y una mezcla de gente que caminaba entre las calles adornadas con murales de colores. Era vibrante, pero con una calma que no se sentía en el bullicio de otras partes de la ciudad.

Rhett condujo por una calle arbolada hasta llegar a una casa de tres pisos. La fachada de ladrillo rojo y los ventanales grandes le daban un aire de elegancia sencilla. La casa no era lujosa, pero sí tenía un toque acogedor. Había plantas en las ventanas, en pequeñas y bonitas macetas de colores brillantes.

Miré a Rhett con el ceño fruncido. Por lo visto, no era la única que guardaba secretos. Nunca le hablé sobre Dean y, por lo que veía, él tampoco me había contado sobre la mujer de su vida. ¿O mujeres?

—Aquí estamos —dijo Rhett, abriendo la puerta y dejándome pasar primero.

Entré en el interior, que recordaba cálido y acogedor. Y sí, miré con mucha atención para ver qué más cambios había traído esa mujer a la vida de mi hermano. Los muebles eran los mismos: sencillos, en tonos neutros, con detalles modernos y confortables. El salón, con las estanterías llenas de libros, fotos en las paredes y una gran ventana que dejaba entrar la luz del atardecer, no mostraba nada nuevo. Ni un libro, ni un marco.

—¿Estás pensando en redecorar mi casa? —preguntó Rhett, observando mi reacción.

Me eché a reír.

—No, pero me gustaría saber más sobre la mujer que decoró tus ventanas con macetas de color fucsia.

—Lo haré en cuanto me digas quién es el hombre que te ha hecho coger el primer tren y salir de Chicago —dijo.

Era justo, claro, pero no estaba preparada.

—Trato hecho —murmuré finalmente.

Luego subimos a la segunda planta, a mi habitación, porque sí. Desde que compró la casa, siempre tuve un cuarto aquí. No lo usaba mucho porque, entre el trabajo y Dean, no me quedaba tiempo para venir a ver a mi hermano.

Aprovechaba algún viaje de trabajo que me traía a esta parte del país y me detenía un día o dos, a veces solo para cenar o comer juntos. Pero nada había cambiado: Rhett seguía siendo la única persona a la que podía acudir cuando estaba mal, y no cabía duda de que haría lo imposible

por ayudarme.

Porque sí, Rhett entendía muy bien lo que significaba la palabra familia.

Me quedé tres días con él y no paramos, como si supiera que no necesitaba silencio. Tampoco necesitaba hablar. Me conocía mejor que nadie y ni siquiera preguntó. Sabía que podía hablar con él en cualquier momento, cuando estuviera preparada.

Los tres días que pasamos juntos fueron el refugio que tanto necesitaba.

El primer día fuimos a caminar por Adams Morgan, el barrio donde vivía Rhett, y comimos en un pequeño restaurante donde todo el mundo lo conocía. Cuando terminamos, no hizo falta decir nada; simplemente salimos a caminar juntos, disfrutando del bullicio del barrio.

Al día siguiente, decidimos ir al mercado de agricultores y paseamos entre los puestos de frutas y flores. Rhett me compró un ramo de flores silvestres, y fue entonces cuando me di cuenta de que era el único hombre que me había regalado flores en toda mi vida.

Había tomado la decisión equivocada al involucrarme con Dean.

Pasamos la tarde en una librería en Dupont Circle. Me perdí entre estanterías, rodeada de páginas llenas de historias fascinantes y del inconfundible olor a libros.

Rhett aprovechó el momento para sentarse en una mesa cercana y adelantar algo de trabajo, mientras yo me sumergía en una novela.

A la mañana siguiente, me llevó a pasear por el Parque Rock Creek. Caminamos entre los árboles, respirando el aire fresco y disfrutando del silencio del bosque. Fue ahí donde le conté mi historia con Dean.

No había mucho que decir o hacer, excepto abrazarme… o coger el primer avión a Chicago y romperle las piernas a Dean. ¿Pero de qué serviría eso? También podría regañarme a mí misma por tonta, por quedarme en una relación cuando era más que obvio que no iba a ningún lado.

¿Y qué si lo amaba? El amor desaparecía con el tiempo. No era eterno.

Cuando dejé de llorar y él de maldecir a todos los hombres, pregunté por esa mujer.

Todo lo que dijo Rhett fue:

—Era ella. La mujer perfecta para mí.

—¿Y?

—Y ella no pensó que yo era el hombre perfecto para ella.

Ahora fui yo quien quiso buscar a esa mujer y cometer un acto de violencia. ¿Rhett no era perfecto? No había hombre más listo, guapo, inteligente, empático, honesto y cariñoso en todo el mundo.

Scarlett. Ese era su nombre, y me prometí a mí misma averiguar su apellido. Porque sí, esa mujer me iba a escuchar.

¿De qué serviría? De nada. Pero ya estaba harta de las mujeres que perdían su tiempo con los hombres equivocados (como Dean) y luego no reconocían a uno bueno.

Después del paseo, fuimos a un pequeño café donde pedimos panqueques con sirope y café. Luego recogí mis cosas y Rhett me llevó al aeropuerto, porque ya había cumplido con mi propósito: estaba más tranquila.

Había recuperado fuerzas, le había puesto una tirita a mi corazón y estaba lista para afrontar la siguiente etapa de mi vida.

La de la soltería.

La vida sin los hermanos Cantrell, porque sí. Archer estaría ocupado con Margot y, a Dean… bueno, poco a poco encontraría la manera de no necesitarlo para la administración del refugio.

Poco sabía yo que la vida me tenía algo preparado.

Algo no exactamente bueno.

***

Tres días después de volver a Chicago, estaba viendo un video. Uno que mostraba a Archer siendo atacado y secuestrado por mi padre.

¿Qué hice? Pues fui a pedirle ayuda a Dean. Él me agarró de la mano, me miró y me dijo que todo estaría bien.

Dean me mintió.

Fuimos a casa de mi padre pensando que lo encontraríamos, pero no tuvimos tanta suerte. El mayordomo nos miró con su habitual frialdad y, solo cuando lo amenazamos con llamar a la policía, admitió que, por error, había escuchado la conversación de mi padre con uno de sus hombres.

Estaban en una de sus propiedades: una fábrica abandonada a una hora de la casa.

Sin perder tiempo, cogimos el coche, pero algo dentro de mí me decía que debía avisar a la policía.

Al final, eso fue lo que hice.

La policía llegó antes que nosotros a la fábrica, en la zona industrial. Cuando llegamos, había un montón de coches patrulla y una ambulancia en la que se estaban llevando a Margot.

Entre el ruido y las sirenas, busqué a mi padre. Esperaba verlo acompañado de la policía. Detenido. Pero no estaba.

—Voy a llevar a Archer al hospital —dijo Dean.

Asentí.

—¿Vienes?

—No, voy a ver a dónde llevaron a mi padre.

—A la cárcel, que es donde merece estar —gruñó Dean.

Se marcharon y ni siquiera miraron atrás. Lo entendía. Era Margot. Estaba herida.

Y yo, pues nada. Solo buscaba a mi padre para decirle que estaba a punto de recibir lo que merecía.

Lo que no sabía era que, dos minutos después, un policía iba a darme la noticia de que mi padre había fallecido durante el rescate de Archer.

Muerto.

No sé por qué pedí verlo. Y no sé por qué ellos aceptaron.

Lo estaban sacando del edificio en una bolsa negra. La abrieron y parecía… nada. Dormido.

Dos lágrimas se deslizaron por mis mejillas. No más.

Un policía se ofreció a llevarme a casa. Le pedí que me llevara al hospital.

Allí averigüé que Margot estaba en estado crítico. Las heridas que había sufrido eran graves, y temían por su vida.

Archer no se apartaba de la puerta del quirófano, su rostro tenso, mientras yo sentía una ansiedad insoportable.

Cada segundo que pasaba temía lo peor.

¿Cómo habíamos llegado hasta aquí?

¿Podría haber hecho algo?

—Espero que Harley se pudra en el infierno —gruñó Beau.

—Para la eternidad —añadió Dean, sin importarle que yo estaba justo ahí, escuchándolo.

Sí, había cometido un delito, pero seguía siendo mi padre. Un poco de empatía no vendría

mal, ¿no?

Y mientras Margot luchaba por su vida, tuve la mala (o buena) suerte de escuchar la conversación de Archer con Dean.

Mi amigo. Mi mejor amigo.

Le había ofrecido venderle a mi padre una parte de mi refugio. Era una estrategia para ganar tiempo y asegurarse de que Margot se casara con Archer, una de las condiciones del testamento del marido de Eliza.

Al fin y al cabo, Cantrell Manor era tan importante para los Cantrell como lo había sido para mi padre. Todos eran capaces de cualquier cosa para conseguirla o mantenerla.

Mi mejor amigo.

Mi amante.

Porque sí, Dean nunca fue mi pareja. Nunca fue mi novio. Nunca fue nada.

Cuando el médico nos dio la buena noticia de que Margot había salido bien de la cirugía y que estaba fuera de peligro, me fui.

Total, no había ninguna razón para quedarme.

Esa era la familia Cantrell.

Y ellos no eran nada mío.

Nunca lo fueron.

Me marché del hospital sabiendo que, de alguna manera, nada volvería a ser igual.

Capítulo 7

Della

—¿Estás bien? —me preguntó Rhett.

Entramos en la casa. Fría. Desolada. La misma que alguna vez fue símbolo de la codicia de nuestro padre.

El aire estaba cargado, como si las paredes aún retuvieran la amargura que él había dejado atrás.

No podía evitar pensar en todo lo que había pasado. En los años que viví aquí. En lo ocurrido en los últimos días.

Y, sin embargo, aquí estábamos. Regresando a lo que nos quedaba: una mansión y la vergüenza de un padre que murió en un tiroteo, tratando de robar lo que no era suyo.

Me tomé un momento antes de responder. No sabía si estaba más cansada o aliviada. Quizás un poco de ambas cosas.

Al menos ya no teníamos que preocuparnos por cómo nos podría joder la vida.

El funeral se hizo en silencio, con la misma frialdad con la que nuestro padre nos había tratado toda su vida.

No vino nadie.

Porque no avisamos a nadie.

¿Para qué?

La gente vendría a dar el pésame.

¿Qué gente?

Los mismos que luego se darían la vuelta y empezarían a cuchichear.

No, gracias.

—Creo que sí —murmuré.

Rhett observaba la casa con una expresión extraña, una mezcla de alivio y enfado. Como si, al fin, pudiera respirar, pero aun cargando con una tristeza pesada que nos atenazaba.

Yo no le dije nada. Sabía lo que pensaba.

De repente, el sonido de unos pasos se acercó por el pasillo.

El mayordomo.

Frío. Distante. Siempre nos había tratado como si fuéramos cucarachas.

Su mirada se posó en nosotros, sin una pizca de simpatía. Sin una pizca de nada. Como siempre.

—¿Necesitan algo los señores? —preguntó.

—No, gracias —dije, con un tono firme pero tranquilo—. Ya no necesitamos sus servicios.

Rhett me miró, sorprendido por la decisión. No lo habíamos discutido. Ni siquiera sabía si podía hacerlo, porque aún teníamos que esperar la lectura del testamento.

Pero algo en mí se rehusaba a seguir postergando lo inevitable.

El mayordomo levantó una ceja, pero no respondió.

Quizás pensó que lo decíamos por mera cortesía.

Pero no era así.

Mi padre ya no estaba aquí para protegerlo.

No sabía si eso era lo que más me aliviaba o lo que más me pesaba.

Después de todo, los muertos ya no pueden hacernos daño.

Pero los vivos, con sus traiciones y secretos, aún seguían siendo parte de nuestra historia.

—Muy bien —respondió él.

El mayordomo se fue, sin una palabra más, y la puerta se cerró tras él con un sonido sordo, como si la mansión misma se deshiciera de algo más.

Rhett y yo nos quedamos ahí, en medio del pasillo, sin nada más que lo que nuestro padre nos había dejado: una casa, una herencia y las huellas de sus últimas decisiones.

Rhett hizo un gesto hacia la cocina. —¿Café?

Asentí, a pesar de que era lo último que necesitaba. Era todo lo que había tomado en los últimos días.

Fue extrañamente fácil encargarme del funeral. Hice dos llamadas: una a Rhett para contarle que ya no teníamos padre y la otra a la empresa funeraria. Luego me tocó venir y elegir el traje con el que enterrar a mi padre.

Tenía más de cincuenta trajes en su vestidor, un montón de zapatos, botones y relojes, corbatas y pañuelos. Eso era todo lo que quedaba de mi padre: sus pertenencias.

No había ni una foto en su dormitorio, ningún recuerdo de sus hijos, y eso fue muy doloroso de aceptar. En el fondo, todavía tenía la esperanza de que mi padre me hubiera amado, aunque fuera un poquito.

No. Solo le importaba Eliza. De ella sí tenía una foto. Se la encontré en el libro que guardaba sobre la mesita de noche. ¿Fue amor lo que sentía por ella o una enferma obsesión?

Seguí a Rhett a la cocina y, después de preparar el café, nos fuimos a sentarnos en el salón.

Estuvimos en silencio, cada uno con sus pensamientos, mientras esperábamos al abogado.

—Se acabó —dijo de repente Rhett.

Lo dijo con tristeza, con un cansancio que había acumulado durante años de tener que lidiar con nuestro padre.

Yo asentí, pero no dije nada. En mi mente seguían dando vueltas las imágenes de mi infancia, de mi padre, siempre tan distante, tan avaro, tan frío. Aun muerto, seguía jodiendo nuestra vida.

La mancha del apellido Craig no será posible de borrar, ni con dinero ni con tiempo.

Cuando llamaron a la puerta, Rhett fue a abrir y acompañó al abogado, quien rechazó el café que le ofrecimos.

—Bien, supongo que ya saben por qué estamos aquí —dijo el abogado, dejándose caer en una silla frente a nosotros. En sus manos llevaba un sobre grueso. —Este es el testamento de Harley.

Lo abrió sin ceremonia, sin esa dramatización de las películas, y empezó a leer, como si lo hubiera hecho cientos de veces antes, y probablemente era verdad.

—A mi hija Adelaide —comenzó el abogado, sin levantar la vista del papel—, le dejo la mitad de mi fortuna. Y lo haré efectivo solo bajo una condición: en el plazo de seis meses, deberás casarte con Dean Cantrell. Si no cumples, todo lo que te corresponde será transferido a mi fideicomisario.

Mis ojos se abrieron. ¿Casarme con Dean Cantrell? Miré a Rhett, quien me devolvió una mirada con la misma incredulidad.

El abogado continuó, como si me hubiera dicho que hacía un buen día.

—A mi hijo Rhett —dijo, levantando la vista por fin—, le dejo la otra mitad de mi fortuna, con la misma condición: en un año, deberás casarte y tener un hijo dentro de los tres años siguientes. Si no lo haces, perderás todo derecho a esta herencia. Todo lo que te corresponde será gestionado por el fideicomisario.

Rhett sacudió la cabeza, pero no con sorpresa.

Nos miramos sin decir nada.

Sabíamos que lo que papá había hecho con su testamento era solo una extensión de la manera en que había manejado nuestras vidas. Nos había criado como piezas de ajedrez, manipulándonos, y ahora, aunque ya no estuviera, quería asegurarse de que nada cambiara.

—Esto es ridículo —dije, finalmente encontrando mi voz, pero el tono de mi protesta sonó más cansado que enojado. La furia ya no tenía sentido; lo que nuestro padre había hecho no era nuevo.

El abogado, sin inmutarse, guardó el testamento en su maletín.

—Las condiciones están claras. Si deciden impugnarlas, tendrán que pasar por un proceso legal largo y complicado. Yo les recomendaría que lo consideren bien.

Se marchó y no lo acompañamos a la salida, algo que hubiera sido impensable antes. Nuestro padre era muy estricto con los buenos modales.

El silencio volvió a reinar en el salón. El café ya se había enfriado, y el peso de lo que nos esperaba me aplastaba el pecho.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rhett finalmente, sin levantar la mirada.

—No lo sé —respondí, dejándome caer contra el respaldo de la silla. No tenía respuestas. Solo sabía que, incluso muerto, nuestro padre nos había atado a un futuro que no queríamos.

El sol se estaba poniendo cuando escuché el sonido de un coche y me levanté del sofá. Llevaba horas sentada ahí, a veces en silencio y otras veces conversando con mi hermano. Él estaba arriba recogiendo algo de su antigua habitación antes de que nos fuéramos a mi casa.

Ninguno quería pasar más tiempo aquí. Este no era nuestro hogar, nunca lo fue.

Me acerqué a la ventana justo cuando el coche de Dean se detuvo frente a la mansión. No había duda de quién era, y tampoco de lo que yo quería. No quería verlo ni ahora ni nunca.

Me acerqué a la puerta deseando abrir antes de que Rhett bajara. La expresión de Dean era dura, casi agresiva, como si viniera a reclamar algo que le habían arrebatado. No me dio tiempo a decir nada.

—¿Por qué no me dijiste sobre el funeral, Della? —su voz era baja, pero cargada de rabia.

Por un momento, el shock me paralizó. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿De verdad me estaba reprochando que no le hubiera contado sobre el funeral?

—¿Por qué debería decírtelo? —pregunté.

—¿Cómo por qué? Para acompañarte, claramente.

¿Acompañarme?

Después de todo lo que había pasado, tenía la audacia de decirme eso.

—¿Ahora me vienes a decir que querías acompañarme? —respondí, mi tono más frío de lo que esperaba. La herida seguía fresca, y todo lo que había quedado sin decir, todo el dolor, salió a la superficie de inmediato. —¿Y qué querías hacer allí, Dean? ¿Apretarme la mano y decirme que todo iba a estar bien? ¿Ahora estaría bien que te vieran conmigo en público? ¿Ya no te da vergüenza?

Vi cómo se tensó. Sus hombros se encogieron ligeramente, como si no hubiera esperado esa respuesta. Su mirada pasó de la ira a una especie de confusión y frustración.

—¿Vergüenza, Della? Pensaba que lo habías entendido —dijo.

—Sí, ahora que Cantrell Manor está a salvo de mi padre, podríamos ¿qué podríamos hacer exactamente, Dean?

Dean apretó la mandíbula, su mirada fija en mí, como si quisiera decir algo, pero no encontraba las palabras. Yo tampoco las encontraba. Estaba demasiado cansada de las excusas. De todo lo que había sido nuestra relación hasta ahora.

—Della —su voz salió más baja esta vez, como si estuviera buscando paciencia para hacerme entender algo que, obviamente, no iba a entender. —No te estoy reprochando que no me hayas contado del funeral, te estoy reprochando que no me dejaste estar allí cuando más lo necesitabas. Y no me refiero solo a hoy. Te dejé sola demasiado tiempo.

Las palabras me dolieron más de lo que esperaba. Era cierto que nos habíamos distanciado, pero las palabras de Dean me golpearon en un lugar profundo, un lugar que había estado intentando mantener sellado.

Y me eché a reír.

—Cinco años, Dean, eso sí que es demasiado tiempo.

—Creo que deberíamos hablar tranquilamente, pero no hoy —intentó decir.

—¿Hablar, Dean? —dije, la voz mucho más fría de lo que pretendía. —¿Sentarme junto a ti y fingir que nada pasó? ¿Hablar sobre cómo lo único que te interesa de mí es echar un polvo o sobre cómo una casa es más importante que yo? No, ya no hay nada de qué hablar, porque yo ya no soy la misma persona, ¿entiendes? Y tú tampoco eres el hombre que pensaba, el que quería que fueras. Lo que pasó, todo lo que hemos hecho y dejado de hacer, no se arregla con palabras.

Dean dio un paso hacia mí, como si quisiera alcanzarme, pero me quedé quieta. El mismo deseo de acercarme a él, de responder a esa energía inconfundible que había entre nosotros, chocaba con la rabia que sentía por todo lo que no había recibido de él hasta ahora.

—Solo quiero saber por qué —dijo él, el tono más suave ahora.

—¿Por qué qué? —respondí.

—Por qué me apartaste. Por qué todo esto. Por qué ahora.

Suspiré, el nudo en mi garganta cada vez más fuerte.

—Porque me has roto el corazón, pero tal vez eso podría habértelo perdonado —dije, dando un paso hacia él—. Pero, Dean, jugaste con mi refugio como si fuera solo un peón en tu tabla de ajedrez. Mi vida siempre fue controlada por mi padre, y ya no quiero vivir lo mismo. Me has demostrado que no puedo confiar en ti y ya está. Con esto tengo suficiente para decirte gracias por todo lo que hiciste hasta ahora, pero nuestra relación personal y profesional se acaba aquí.

Retrocedí y cerré la puerta en menos de tres segundos, ni siquiera tuve tiempo de descifrar lo que significaba su expresión.

¿Estaba enfadado, furioso, triste, aliviado?

El sonido de aplausos llegó de atrás, y al darme la vuelta, encontré a Rhett con el hombro apoyado contra la pared, sonriendo y aplaudiendo.

—Estoy impresionado, hermanita. Bien hecho.

Entonces me eché a llorar, y se le borró la risa.

Pasamos otra media hora en casa de mi padre mientras lloraba todo lo que no había llorado, todo lo que necesitaba dejar salir.

¿Qué tenía yo para que fuera tan imposible de amar? Mi padre no me amó, y para él debería ser natural, ¿no? ¿No están los padres obligados a amar a sus hijos?

Dean, Dios, no me amó al principio y vale, puedo entenderlo, el amor a primera vista no

es para todos. Pero, maldita sea, durante cinco años lo intenté todo. Aprendí a cocinar, leí sus libros favoritos, en mis estanterías estaban sus películas favoritas, escuchaba la música que le gustaba.

Lo hice todo y al final recibí nada.

Sexo. Bueno, eso fue algo, y del mejor que había tenido en mi vida, pero era algo que podría haber obtenido en cualquier parte, incluso pagando.

—¿Por qué me quieres? —le pregunté a Rhett, y me miró como si me hubieran crecido dos cabezas.

—Porque eres mi hermana, eres la mujer más lista y compasiva de todo el mundo. Porque eres divertida, dices los chistes más malos del mundo, pero los dices tan bien que uno tiene que reír. Porque tienes una sonrisa bonita, porque…

—Vale, vale —dije, mis labios esbozando una pequeña sonrisa.

No tuve el amor de mi padre y estaba bien, ya no podía hacer nada.

No tuve el amor de Dean y eso también estaba bien, ya habrá otro hombre en mi vida. Y si no, pues tenía a mi hermano. Era más de lo que necesitaba.

La mañana siguiente estábamos en mi porche tomando el primer café cuando Rhett abrió la discusión que ninguno quería tener.

—¿Te vas a casar con Dean?

Me eché a reír para no echarme a llorar de nuevo y dije:

—No, ni por los cien millones de papá ni por todo el dinero del mundo.

No sabía cuándo había tomado la decisión, pero la había tomado y no pensaba cambiar de opinión. Era mucho dinero, obviamente, podía ayudar a todos los animales del país o a todos los niños. Podía coger el dinero y donarlo, pero no iba a hacerlo porque entonces mi padre conseguiría lo que había deseado.

Y sí, era mala persona por no cumplir con el último deseo de mi padre, pero él no había cumplido ninguno mío mientras estaba vivo, así que estábamos en paz.

—Bueno, tienes medio año para pensártelo —dijo Rhett—. Por lo menos tú podrías proponerle un matrimonio de conveniencia, yo tengo que encontrar a una mujer, enamorarla y convencerla de tener un hijo conmigo.

—¿Y Scarlet? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No, ¿te gusta tu corazón roto? —dijo, con una sonrisa amarga. No me dejó tiempo para contestar. Seguí su mirada perdida hacia el horizonte, como si la respuesta estuviera en algún lugar fuera de nuestro alcance. —Pues a mí tampoco. Así que la señorita Scarlet no es una opción.

Me quedé en silencio, observando el café de mi taza. Mi mente daba vueltas al asunto: el dinero, el matrimonio, la familia. Todo era un lío que parecía no tener solución.

—Tampoco necesitamos el dinero, ¿no? —le respondí, buscando que sus palabras fueran una excusa para no enfrentar la realidad de todo lo que estaba en juego.

Rhett soltó una risa nerviosa y se recostó en su silla.

—Lo dices como si fuera tan sencillo, como si pudiera desaparecer. Claro que necesitamos el dinero, pero ¿qué vamos a hacer con él si nos destruye por dentro?

Mi corazón se apretó. Había algo en sus palabras que me tocaba más de lo que quería admitir.

—¿Y tú qué harías, Rhett? —pregunté sin pensar, mirándole de manera directa por primera vez en toda la conversación. —¿Renunciarías al dinero y seguirías tu vida? ¿O te lo jugarías con alguna mujer?

Rhett desvió la mirada, mordiéndose el labio inferior.

—No sé, pero quiero para ti lo mismo que para mí. Felicidad. Odio verte destrozada por decisiones que tomaste con el corazón. Al fin y al cabo, mira dónde ha llevado el amor a papá.

—¿Amor? El amor no tenía nada que ver con lo que pasó, su avaricia, su obsesión por ser el más rico, el más poderoso.

—No, Della, fue por Eliza. Hace años encontré las cartas que le escribió cuando intentaba conquistarla y créeme, esas palabras solo las pudo escribir un hombre enamorado.

¿Papá? ¿Enamorado?

Rhett se levantó sin decir palabra, y volvió a los pocos minutos, con un sobre envejecido entre las manos.

—Aquí está.

Me entregó el sobre, que tenía un aspecto frágil, casi como si cualquier movimiento pudiera destruirlo. La caligrafía de la carta era algo que nunca había visto antes, suave, curvada, pero también firme en su propósito.

Lo tomé entre mis manos, sintiendo cómo el peso de los años se deslizaba por los bordes del papel. Estaba a punto de desvelar un fragmento de la vida de mi padre que había estado sellado por décadas, una parte de él que nunca imaginé que existiera.

Abrí la carta lentamente, como si temiera que el acto de leerla pudiera hacerme ver a mi padre de una manera diferente.

Eliza,

Sé que escribirte estas palabras no cambiará nada, pero no puedo quedarme con este sentimiento guardado. He visto cómo te entregas a la idea de un futuro con él, un futuro que parece tan seguro, tan sencillo. Un joven con sueños de abogado, aunque su estatus no esté a la altura de lo que tú mereces. Te quiere, lo sé, pero ¿será suficiente?

Yo no puedo ofrecerte lo que él tiene, ni la vida sencilla que te promete. No tengo tierras ni riquezas, pero lo que tengo es un apellido que puede abrir puertas y un nombre que, con el tiempo, puede ser tan grande como cualquier fortuna. Pero no te ofrezco eso porque tú bien sabes que el dinero nunca ha sido lo que más importa. Lo que te ofrezco, Eliza, es una vida llena de aventuras, de pasión, de todo lo que la vida tiene para ofrecer, si eliges arriesgarte por algo que no puedes ver aún.

No soy el hombre que tú habrías querido que fuera. No tengo lo que él te da, pero te ofrezco algo más valioso: una vida que nadie más te puede dar, porque es mía. Estoy dispuesto a esperar, a ser paciente, porque lo que siento por ti no es algo pasajero ni un capricho. Te pido que pienses en mí, en lo que podríamos ser si solo le dieras una oportunidad a lo que ambos sentimos.

Sé que hay muchas dudas, Eliza, pero quiero que pienses en lo que realmente deseas. No en lo que te han dicho que es lo correcto, sino en lo que late en tu pecho cuando piensas en mí. Y si algún día decides que no puedes vivir sin eso, aquí estaré, esperando.

Con todo mi afecto y esperanza,

Harley.

La carta me dejó sin palabras. ¿Esto era realmente de mi padre? ¿Era esa la verdad detrás de su obsesión, de sus decisiones erradas?

Miré a Rhett, buscando alguna respuesta en su mirada. Él también estaba callado, observando mi reacción.

—¿Qué piensas? —me preguntó, rompiendo el silencio con suavidad.

—Que estamos jodidos, eso pienso.

—Della.

—No, en serio. —Mi tono se tornó más firme, como si ya no pudiera mantener todo dentro. —La vida amorosa de papá fue un desastre, ¿vale? El destino fue tan cabrón que me puso en el camino a uno de los nietos de Eliza Cantrell y me rompió el corazón. O sea, imagínate, lo que falta es que uno de mis futuros hijos o sobrinos se enamore de alguna de las hijas de Archer o Beau. Tres generaciones de Craig arruinadas por los Cantrell. Si esto no es una señal para mandar a la mierda la herencia, no sé qué es.

Rhett no dijo nada al principio. Solo me observaba, con una mezcla de preocupación y comprensión. Sabía que no se trataba solo de los Cantrell, ni de lo que me había pasado con Dean.

Era el peso de un legado que parecía estar marcado por las mismas fallas, los mismos errores, generación tras generación.

—Lo sé, Della, yo también lo siento. Pero no podemos dejarnos arrastrar por lo que pasó antes. No podemos permitir que el pasado controle lo que hacemos ahora.

—¿Y qué propones, Rhett? ¿Ignorar todo lo que está en juego? —Levanté la voz, frustrada. —Papá no lo hizo, y mira lo que pasó. Y ahora yo estoy atrapada en el mismo dilema. Como si hubiera algo en la sangre Craig que nos condena a repetirlo todo.

Rhett se puso de pie, su mirada más seria que nunca.

—No estamos condenados. Tú no estás condenada. La herencia no lo es todo. Si de verdad creemos que es lo único que nos define, entonces nunca vamos a ser libres.

Una pausa. Su mirada se suavizó, aunque la tensión seguía allí. La conversación no había terminado, ni mucho menos.

—Sé que lo que dices tiene sentido. —Suspiré. —Pero ¿cómo hago para ignorar todo esto? ¿Cómo puedo ver todo lo que significa el dinero y la herencia y pensar que no importa? Todo ha sido una carga desde que nací.

—El dinero puede irse. Pero lo que tú hagas con tu vida, eso es lo que realmente te define.

Aún con el peso de las palabras de Rhett, me quedé pensando en todo lo que me había dicho. Algo en sus ojos me decía que él también estaba luchando con su propio conflicto, uno que no había compartido aún.

Capítulo 8

Dean

Cantrell Manor estaba envuelto en un silencio pesado cuando llegué, el sonido de mis botas resonando en el pasillo mientras me acercaba al salón principal. El aire estaba cargado, como si la casa misma supiera, o tal vez sintiera, lo que estaba pasando con la familia.

Al entrar al salón, encontré a Archer y Beau sentados cerca de la chimenea, ambos con el semblante grave, y no era una sorpresa. Margot casi pierde la vida por culpa de Harley, por culpa nuestra.

—Dean, ¿cómo está Della? —preguntó Archer, su tono cargado de preocupación.

—¿Bien? —respondí finalmente, con un suspiro. —Pensé que necesitaba estar rodeada de alguien, que necesitaba a alguien cerca… Eso es lo que iba a hacer, estar allí para ella. Pero no, ya no me necesita. No ahora. Tal vez nunca.

—¿Qué estás diciendo? —interrumpió Beau, su mirada fija, exigente. —¿Habéis roto?

Me quedé en silencio, sintiendo cómo la presión de la situación aumentaba. La pregunta era legítima, pero la respuesta no era tan simple. La verdad era que, en ese momento, solo quería alejarme de todo lo relacionado con Della.

Quería estar cerca de ella, pero no sabía cómo explicar las razones por las que había tomado la decisión de mantenerme al margen. No sabía si podía conseguir su perdón, si alguna vez lo conseguiría.

—Sí, algo así —respondí, la frustración rasgando mi voz.

—Vale, esto es tu problema, pero no entiendo por qué no me avisó a mí —dijo Archer, su tono más cortante de lo que esperaba.

—Della sabe sobre el trato que le ofreciste a Harley. No está muy contenta con ninguno de nosotros —confesé, sintiendo el peso de las palabras que no quería decir.

Archer frunció el ceño, su rostro endureciéndose en cuanto procesó la información.

—¿Cómo se enteró?

Me encogí de hombros, no sabiendo qué decir. Era mi culpa. Yo le había dicho a Archer que Della no necesitaba saber sobre el trato. Al fin y al cabo, era un engaño, y todos sabíamos lo importante que era el refugio para ella. Nunca hubiéramos dejado que su padre lo tocara.

—Della no necesita ser protegida, Dean. Te lo dije. Ella es fuerte. Si quieres que lo vuestro funcione, tendrás que dejar de ocultar las cosas —dijo Archer, su voz cargada de frustración.

—¿Y qué si no quiero que esto funcione? —pregunté, la pregunta saliendo de mi boca sin querer, como si me hubiera desbordado algo que ni yo mismo sabía que estaba pensando.

Era una verdad incómoda, una realidad que había estado evitando. ¿Y si ya no podía darle a Della lo que necesitaba? ¿Y si todo lo que sentía por ella estaba siendo manipulado por cosas más grandes que yo mismo?

Beau me observó en silencio, su mirada profunda, antes de decir:

—¿Lo dices porque no estás seguro, o porque realmente lo sientes?

Tragué saliva, mis ojos fijos en las llamas de la chimenea. La respuesta estaba demasiado cerca para ignorarla, y, sin embargo, se mantenía fuera de mi alcance. No quería admitir que el

miedo de perder a Della, de que ella me viera como alguien incapaz de darle lo que necesitaba, me estaba carcomiendo por dentro.

—Della me importa, pero todo esto es complicado.

Archer asintió lentamente, como si ya supiera lo que me costaba admitir.

—Si realmente te importa, tendrás que dar el paso. No puedes hacerle esto a ella ni a ti mismo.

Ya se lo había hecho.

Cinco años de relación que fingí que no existían. ¿Por qué lo hice? Por miedo. Puro y duro.

¿Era lo suficientemente hombre para ir y contarle a Della que el miedo de perderla había sido tan fuerte que guardé mi corazón bajo llave durante todo este tiempo?

La había herido. A ella, a la persona que más me importaba en la vida.

—Margot dijo que hacéis buena pareja —comentó Archer, pero yo no respondí. No podía. Mi mente estaba demasiado atrapada en el eco de mis propias decisiones, en la herida que le había causado a Della.

En lugar de contestar, le pregunté cómo estaba Margot. Bien, se estaba recuperando. La sonrisa que apareció en los ojos de Archer cuando habló de ella era algo que nunca había imaginado.

Archer enamorado, feliz.

Mi hermano mayor merecía todo eso y aún más. Mientras él hablaba, no pude evitar sentir un peso en el pecho. ¿Cómo era posible que yo, tan cerca de tener lo mismo, hubiera destruido lo único que realmente importaba?

Decidí quedarme para cenar, porque la abuela insistió, pero no me quedé a dormir. No pude. Me fui a mi casa, esa que me había comprado con la esperanza de estar más cerca de Della. Estaba en Cedarwood Avenue, a solo dos calles de ella.

Nunca le dije nada. Nunca le invité a cenar o a quedarse a dormir. Yo siempre me quedaba en su casa porque la suya sí era una casa. La mía no. Mi casa era solo un espacio vacío.

Cuando llegué, la luz amarillenta del pasillo iluminaba el umbral, pero no era lo suficientemente cálida como para hacerme sentir bienvenido. La entrada era pequeña, sin vida, sin historia. No había nada personal allí.

El vestíbulo, apenas decorado con los muebles básicos, era frío, como si no hubiera espacio para más que la simple funcionalidad. La cocina, moderna y pulida, con electrodomésticos de acero inoxidable que nunca usaba, parecía otra pieza más de la decoración que había sido elegida sin pensar, solo por ser lo que se esperaba de mí.

Subí las escaleras sin pensar demasiado, con la misma sensación de desconcierto que me había acompañado desde el momento en que me mudé allí. El piso superior tenía un par de habitaciones. La más grande era mi dormitorio.

Aunque las paredes estaban decoradas con pinturas que había comprado en una galería local, todo se sentía frío, impersonal, como si hubiera sido diseñado para alguien más. Los muebles, aunque caros y perfectamente colocados, no encajaban. No había ni una pizca de calidez, ni de comodidad. Nada que me hiciera sentir que estaba en un hogar. Era solo un lugar donde dormía, donde pasaba las noches, pero nunca lo había sentido como mío.

Me dejé caer en el sillón que había colocado frente a la ventana. Cada noche me sentaba en el mismo sitio y miraba la copa del roble de Della. Era tan alto que podía verlo claramente, incluso a través de la oscuridad.

Estaba tan cerca de ella, pero, al mismo tiempo, tan lejos.

Podía escuchar los ecos de las noches que pasé en su casa: las risas, las conversaciones hasta tarde, esa sensación de hogar que me faltaba aquí.

Pensaba en ella, en su casa, en cómo todo allí parecía tener un propósito. Su vida estaba presente en cada rincón, en cada mueble, en las fotos de la pared. Yo nunca había logrado eso, ni siquiera cuando decidí mudarme cerca de ella.

Nunca conseguí que este lugar fuera mío. Y, lo peor de todo, ni siquiera sabía si alguna vez lo lograría.

***

Estaba sentado en mi despacho, mirando el escritorio lleno de papeles que se acumulaban, como siempre. Harley estaba muerto, la mansión estaba a salvo, pero Archer seguía con su plan de devolverle al apellido Cantrell toda la gloria y la fortuna.

Es decir, tenía más trabajo del que podía manejar.

La habitación estaba bañada por la luz brillante del sol, el aire olía a madera envejecida y a ese silencio que tanto disfrutaba cuando trabajaba. Mi mente vagaba de un lado a otro, pero siempre volvía a Della.

Me dejé caer en la silla mientras apretaba el ratón y abría mi bandeja de entrada. Un correo de Della me esperaba. El nombre en el asunto me hizo detenerme un segundo. Lo abrí sin pensarlo demasiado, como si ya supiera lo que iba a encontrar, aunque no quería admitirlo.

Della Craig

Asunto: Modificaciones en la administración del refugio

Estimado Dean,

Espero que este mensaje te encuentre bien.

Tras una profunda reflexión, he decidido que no será necesario continuar con tu apoyo en la administración del refugio. Agradezco la dedicación y el esfuerzo que has invertido en esta tarea hasta ahora, pero he considerado que lo mejor es hacer un cambio en la gestión.

Por lo tanto, te solicito que procedas con la entrega de toda la documentación relacionada con el refugio a la persona que se encargará de ello a partir de este momento. La entrega se realizará en el lugar que te indicaré en los próximos días. Te agradeceré que todo se haga de manera ordenada y conforme a los procedimientos establecidos.

Te deseo lo mejor en tus futuros proyectos.

Atentamente,

Della Craig

El nudo que llevaba días formándose en mi estómago se apretó con fuerza al leer cada palabra. Era como si me hubieran dado una bofetada, pero no con las manos, sino con la frialdad de un mensaje impersonal.

No será necesario continuar con tu apoyo.

Eso fue lo que me golpeó más fuerte. Después de todo lo que había hecho, después de todo lo que habíamos vivido, había llegado a este punto. Me había ganado ese trato frío, esa distancia. No podía mentirme. Era mi culpa.

No respondí. No sabía qué responder. Simplemente me quedé allí, mirando la pantalla, sintiendo cómo todo lo que había deseado se me escapaba a través de los dedos.

Ella ya no necesitaba mi ayuda, ni mi presencia, ni mi complicidad en la administración del refugio. Todo lo que había hecho por ella, por el refugio, se reducía ahora a un simple intercambio de papeles.

No sabía si me dolía más la pérdida de lo que había sido o la de lo que ya nunca sería.

Al final, borré el mensaje. Como si al eliminarlo de mi bandeja de entrada, pudiera borrar también lo que había hecho. Pero sabía que no podía. Ya era demasiado tarde para eso.

De alguna manera conseguí concentrarme en el trabajo hasta que la puerta de mi despacho se abrió sin previo aviso.

Rhett Craig entró sin titubear.

No nos conocíamos en persona, pero su presencia llenaba la habitación. Era el hermano de Della, y eso era suficiente para que el ambiente se cargara de electricidad. Supe de inmediato que no estaba allí para tener una amable conversación.

—Dean. —Su voz fue firme, pero controlada. No era una voz agresiva, pero sí estaba cargada de algo más. ¿Desconfianza? ¿Preocupación?

Lo observé un momento, reconociendo de inmediato su porte, su mirada decidida. Era un hombre que había aprendido a manejar las situaciones difíciles. Como abogado, seguro estaba acostumbrado a lidiar con el conflicto directo.

Me levanté de la silla y, con un leve gesto, le señalé una silla frente a mí. No iba a ofrecerle más. Sabía por qué estaba allí. Sabía lo que venía.

—Rhett, ¿verdad? —dije, manteniendo la calma. Ya sabía qué esperar, pero no quería ser yo quien hablara primero.

—Sí. —Rhett no perdió tiempo y se sentó frente a mí sin vacilar, su postura tan recta como su mirada. —Vengo por Della.

No pude evitar tensarme, aunque no lo mostré. Había algo en esa frase que me caló hondo.

—Le rompiste el corazón, Dean. —Su voz era directa, nada de rodeos. Sus palabras caían como piedras, pesadas y frías. —A pesar de todo lo que ella ha pasado, le diste la razón a su miedo, a su inseguridad. La dejaste sola.

Mi mirada se endureció un poco, pero no respondí de inmediato. Ya sabía que no tenía derecho a defenderme. No lo haría. El daño estaba hecho. Lo que quedaba ahora era la confrontación.

—No fue mi intención —pero corté las palabras al instante, sabiendo que no había excusas.

¿Cómo podría haberlo sido? Si algo sabía, era que las intenciones no significaban nada cuando se trataba del daño real.

—No hablo de intenciones, hablo de hechos. —Rhett me interrumpió sin dudar, y no sentí la necesidad de refutarlo. No había nada que decir que cambiara lo sucedido. —¿Sabes cuánto le costó abrirse a ti? Después de todo, tú simplemente te alejaste.

El peso de sus palabras me golpeó en el pecho, pero no lo dejé ver. Lo miré sin bajar la guardia, esperando lo siguiente. No lo quería fácil, no esperaba piedad.

—No puedo cambiar lo que hice, Rhett. Lo sé. —Mis palabras fueron sencillas, directas. Sin justificación. —Y no estoy buscando disculpas por mis actos.

Rhett me observó en silencio, y por un momento, la tensión en el aire parecía ser la única cosa real en la habitación. Pero luego, algo cambió en su expresión. No era perdón lo que buscaba, eso lo entendí. Era algo más.

—Della es todo lo que tengo, Dean. —Su tono se suavizó levemente, aunque seguía siendo firme—. Y si alguna vez tienes la oportunidad de estar con ella de nuevo, de ser el hombre que deberías haber sido, no la lastimes más. Porque si la lastimas otra vez, no habrá vuelta atrás.

Por un segundo, la habitación se sintió aún más pequeña. El peso de sus palabras me dejó un sabor amargo en la boca. Estaba claro que Rhett no estaba aquí para hacerme sentir cómodo. Ni siquiera para darme esperanza. Solo quería que entendiera el alcance del daño que había causado.

No respondí. No había nada más que decir. Solo observé cómo se levantaba y salía por la puerta, dejándome con la quietud que había estado evitando enfrentar. Me quedé allí, en el mismo lugar, mirando la puerta cerrada, con la sensación de que el tiempo se había detenido.

***

Necesitaba distraerme, y eso siempre lo conseguía en Cantrell Manor.

No tenía hambre, pero mis pasos me llevaron hacia la cocina, donde la abuela estaba en la mesa, como siempre, con una taza de té en las manos y un libro abierto frente a ella, aunque su mirada no estaba en las páginas.

Me había escuchado llegar, pero dejó que el silencio entre nosotros se alargara hasta que consiguiera el valor para hablar.

Sabía lo que ella estaba esperando.

Suspiré, me apoyé en el umbral de la puerta y la observé por un momento. No tenía ganas de hablar, pero ella tenía una manera especial de sacar a la luz lo que estaba oculto. Lo hacía todo el tiempo, desde antes de perder a mis padres en ese horrible accidente.

—Dean, cariño, ¿qué pasa? —su voz, suave pero firme, cortó el silencio.

No necesitaba preguntar más; lo sabía. Había algo en su tono que me decía que ya había percibido lo que yo intentaba ocultar.

No supe qué responder al principio. Me quedé ahí, parado, mirando el suelo. Las palabras no parecían salir, no podía ordenarlas bien. No sabía si quería contarle o si solo quería seguir evitando el tema. Pero ella ya sabía, claro que sí.

Finalmente, me dejé caer en la silla frente a ella, y su mirada no se desvió de mí. Como yo estaba tardando demasiado, decidió hablar ella.

—Sé lo que está pasando, Dean. Sé lo que le hiciste a Della. No hace falta que me lo digas.

El golpe me dio directo en el pecho, y la vergüenza que sentí fue más pesada que cualquier palabra que pudiera haber dicho. Pero no lo negué. No podía.

—No fue mi intención, abuela. —Fue lo único que conseguí articular, aunque las palabras no significaban mucho en este momento.

La abuela dejó la taza de té sobre la mesa, cerró el libro y me observó con una seriedad que rara vez mostraba. Pero no era la mirada dura de una regañina, sino la de alguien que entendía lo que había detrás de mis ojos. Lo que estaba callando.

—Te quiero mucho, Dean. Y me duele verte así. Pero lo que hiciste, lo que no hiciste, eso es algo que solo tú puedes arreglar. Nadie más. —Tomó un respiro y, con suavidad, agregó—: ¿Por qué te haces esto? ¿Por qué sigues alejándote cuando sabes que no es lo que necesitas?

Quería defenderme, quería explicarle que las cosas no eran tan simples, que había más en juego, pero las palabras se quedaron atascadas.

—Della… —me costó pronunciar su nombre, como si el simple hecho de decirlo me fuera a romper—. Ella no necesita que yo esté en su vida, abuela. Ella tiene todo lo que necesita, todo lo que merece. Y yo, yo no soy eso. No soy el hombre que debería haber sido para ella. No soy la persona que creía que podría ser.

La abuela asintió lentamente, y sus ojos se suavizaron. Tomó mis manos en las suyas con una ternura que solo ella podía tener.

—Querido, a veces lo que necesitamos no es lo que creemos que necesitamos. A veces, lo que más tememos es lo que más necesitamos. Tienes miedo de enfrentarte a lo que sientes por Della, porque no sabes cómo va a terminar. Y sabes qué... puede que no lo sepas. Pero eso no significa que debas rendirte. Nunca lo hagas.

El silencio se alargó un poco más mientras dejaba que sus palabras calaran. No sabía si alguna vez sería capaz de arreglar lo que había roto, pero de alguna manera, en ese momento, sentí que la esperanza no era un concepto tan lejano.

—¿Qué debo hacer, abuela? —pregunté finalmente, sin mirarla, pero sintiendo el peso de la pregunta.

¿Qué debía hacer? Ya no tenía respuestas.

La abuela se recostó en su silla, observándome con una calma que yo deseaba poder tener.

—No lo sé, querido. Solo sé que a veces, el mayor error es no intentarlo. No te alejes más. No dejes que el miedo te impida hacer lo que tu corazón sabe que es lo correcto.

Esas palabras me quedaron dando vueltas en la cabeza mientras me levantaba de la silla, dispuesto a enfrentar algo que había estado evitando. No sabía si tenía lo necesario para luchar por lo que más quería, pero algo en mí despertó. Tal vez solo necesitaba un empujón. Tal vez solo necesitaba dejar de esconderme.

***

Esa mañana conduje por el mismo camino que llevaba recorriendo desde hacía seis años. Podía hacerlo con los ojos cerrados. Sabía que, si salía de casa diez minutos antes de las siete, pillaba todos los semáforos en rojo, y eso me daba el tiempo suficiente para aparcar en doble fila y correr hasta la pastelería.

A esa hora, aún quedaban esos donuts de chocolate que le gustaban tanto a Della. Y el café con doble de azúcar. Solía bromear con ella sobre la cantidad de azúcar que se metía al cuerpo. Ella siempre respondía que, sin eso, sería una mujer amargada, y ya no estaba seguro de si estaba bromeando o no.

Hoy pensé en no detenerme, pero de todos modos me encontré aparcando.

El refugio estaba igual que siempre, con su aire tranquilo y el ruido familiar de los perros ladrando a lo lejos, algunos más ansiosos que otros por recibir un poco de atención. Hoy, el ruido me molestaba.

Todo en ese lugar me recordaba a Della, a lo que había sido, a lo que le estaba diciendo adiós esta mañana.

La puerta se abrió con un sonido que resonó más fuerte de lo que esperaba. Della estaba allí, en el área de recepción, con los papeles extendidos frente a ella, su cabello recogido en una coleta que no lograba ocultar la intensidad en su rostro.

Me quedé en el umbral, sin moverme. No sabía qué esperaba, pero lo que sea que fuera, no estaba preparado para la frialdad con la que me recibió. No importaba cuánto me preparara, su mirada, tan distante, tan vacía, siempre era un golpe que me dejaba sin aliento.

Finalmente, levantó los ojos, pero no fue por mí. Fue por los papeles que llevaba en la mano, como si ni siquiera le importara el motivo por el cual estaba allí. Ignoró el café y la bolsa con el donut que coloqué sobre su mesa.

—¿Traes los documentos? —su voz fue clara, pero no cálida.

Era como si estuviera hablando con alguien que no le importaba en absoluto. No estaba molesta, ni triste, ni siquiera enojada. Solo distante.

Asentí en silencio y ella tomó el documento sin mirarme.

—¿Y te vas a llevar las cosas del despacho o prefieres que te las mandemos luego? —preguntó sin inmutarse, ya preparada para dar por cerrada la conversación.

Me quedé allí un segundo más, observándola mientras la veía ir de un lado a otro, sin una sola palabra extra. Aquello que habíamos sido ya no existía, y en su lugar solo quedaba una versión de ella que no me reconocía.

Ni siquiera en su tono había algo de la Della que conocía.

Estaba vacía.

—Voy a recogerlas —dije.

No sabía qué más decir. Las palabras no me salían, y, en cierto modo, ni las quería decir. Sabía que la quería en mi vida, pero pensar en decirlo cuando ella me trataba con tanta frialdad era como escuchar que nunca más vería a mis padres.

Della no contestó.

Simplemente asintió con la cabeza y siguió trabajando. Me dirigí al despacho y no había mucho. Una agenda, el bolígrafo que Della me había regalado en mi cumpleaños. Yo no le había regalado nada.

¿Cuándo era su cumpleaños?

Vaya mierda de novio estaba hecho.

Cuando regresé, ella seguía allí, con su cara inmóvil. Ni siquiera se inmutó cuando entré.

—¿Eso es todo? —preguntó de nuevo, sin mirarme.

Asentí, porque sabía que sí. Lo era.

Me quedé en el umbral, observándola una vez más. Aquella mujer que había sido mi todo estaba ahí, tan cerca, pero tan distante. No la reconocía. Y, sin embargo, la conocía mejor que nunca.

—Espero que todo vaya bien con el refugio —dije, mi voz quedando vacía entre nosotros.

Della no levantó la mirada, pero me sentí como si acabara de recibir una bofetada silenciosa. Aun así, me quedé allí un momento más, esperando algo. Una mirada, un indicio de que todo no estaba terminado.

Pero no lo obtuve.

Finalmente, me giré para salir. La puerta se cerró detrás de mí con un sonido suave, pero definitivo. Y mientras me alejaba, no podía evitar sentir que en algún rincón de mi pecho quedaba una pequeña chispa de lo que alguna vez fue.

Pero también sabía que ya no importaba, porque esta era la decisión de Della, y ya era el momento de darle lo que ella quería.

Capítulo 9

Della

Me quedé allí, mirando la puerta cerrarse detrás de él, y todo lo que sentí fue vacío. Después de la tristeza, después del enojo.

Solo silencio.

El mismo silencio que había estado presente durante tanto tiempo, pero ahora de una forma diferente, más pesada, más densa.

Bajé la vista al papel en mis manos, el que había estado sosteniendo desde antes de su llegada. Sobre la mesa, el café que Dean había dejado parecía observarme, juzgándome. Ni siquiera le había dado las gracias.

Me costaba aceptar con qué facilidad había salido de mi vida. Lo había esperado, claro. Sabía que algún día tendría que venir a recoger sus cosas, que tarde o temprano desaparecería de nuevo. Pero no lo había imaginado así.

Nunca me había preparado para este momento porque, en el fondo, todavía tenía esperanzas de un futuro feliz.

Apreté los labios con fuerza, conteniéndome, aferrándome a los últimos restos de mi propio orgullo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué me sentía tan vacía? Después de todas las veces que lo había esperado, que había creído que aún quedaba algo por salvar...

Pero en cuanto entró por esa puerta y vi su mirada, su indiferencia, lo supe. Supe que nunca había sido capaz de darme lo que necesitaba. Y yo, tonta, seguí creyendo en algo que nunca existió.

No me sorprendió su frialdad. Pero dolió, de todas formas. Porque, aunque lo intenté, aunque quise ser fuerte, todavía lo quería. A pesar de todo lo que había pasado, de lo que habíamos dicho y de lo que nunca dijimos, yo seguía sintiendo algo por él.

Y lo odiaba.

Lo odiaba por eso, por hacerme sentir, por dejarme.

Pero ya no había nada que pudiera hacer. Ya no quedaba nada que salvar, ni nada que desear recuperar. El refugio era lo único que me pertenecía ahora. Eso, y Rhett.

Mi corazón estaba vacío, y así planeaba que se quedara.

Lo dejé ir.

Ya no había más qué hacer, salvo sanar. No para volver a ser la mujer que fui, sino para convertirme en una nueva. Más fuerte. Más segura de mí misma.

Me levanté de la silla y caminé hasta la ventana, observando el refugio. Los perros corrían y jugaban, ajenos a todo lo que pasaba en el mundo humano. Por un momento, me permití sentir la tristeza que había estado conteniendo durante tanto tiempo.

Pero no por él.

Por mí misma.

Por lo que había permitido que pasara.

Pensé que ese sería el único evento dramático del día. Pero entonces, el crujido de la puerta rompió el silencio y, al girarme, vi a Archer entrar en el refugio.

Era tarde. Los voluntarios ya se habían marchado. Solo quedaba yo.

Si me hubiera dado prisa en terminar el papeleo, ahora mismo estaría en otra parte. No aquí. No con él. No enredada en una conversación que no quería tener.

Archer avanzó con pasos firmes y, antes de que pudiera pensar en una excusa para evitarlo, ya estaba frente a mi escritorio.

Suspiré, giré la silla lentamente y le dediqué una sonrisa a medias.

—Della —dijo, su voz tensa.

Mi garganta se cerró al recordar la última vez que nos habíamos visto.

El hospital.

El miedo.

Margot, al borde de la muerte.

Todo por culpa de mi padre.

Por culpa de lo que los tres—Archer, Dean y él—habían hecho. Esa lucha absurda por Cantrell Manor. Por ver quién era el más rico, el más poderoso.

—No me avisaste sobre el funeral —me reclamó.

—No creí que quisieras ir —respondí, mi voz saliendo más suave de lo que pretendía. Estaba agotada. Demasiadas emociones en un solo día.

—¡Claro que quería ir! —Su tono subió, con esa intensidad contenida que lo hacía parecer a punto de explotar—. ¡¿Cómo pudiste pensar que no me importaría?!

Dio un paso más cerca.

—Dean y yo hubiéramos estado ahí para ti. Hubiéramos estado, Della. Pero tú ni siquiera pensaste en avisarnos.

El golpe de esas palabras fue como una descarga eléctrica.

Él tenía razón.

Yo había tomado esa decisión.

La decisión egoísta de alejarme, de no permitirles estar cerca porque estaba herida, enfadada, triste, avergonzada.

Sentí el peso de la culpa asentarse en mi pecho como una piedra. No era solo por no haberles dicho nada. Era por no haber sido capaz de enfrentar lo que mi padre les había hecho. Por lo que le había pasado a Margot.

Por todo.

Intenté hablar, pero las palabras no encontraban forma. Solo sabía que tenía que decirlo.

—Archer. Margot —Mi voz se quebró. Respiré hondo, pero no sirvió de nada. Cada parte de mi cuerpo se tensó al recordar. Al revivir lo que había sucedido. Lo que yo, indirectamente, había causado—. Pensé que no querrías acompañarme al funeral del hombre por culpa del cual casi pierdes a tu esposa.

Archer no respondió de inmediato. Pero su expresión se endureció.

Sus puños se cerraron.

Dio un paso más, su mirada clavada en la mía, como si estuviera peleando consigo mismo.

—Tú no tienes la culpa de lo que pasó con Margot o con tu padre, Della. —Su voz se suavizó, pero no perdió firmeza—. Pero ¿sabes qué? Sin la obsesión de tu padre, sin el caos al que nos arrastró, nada de esto habría pasado. Nada de esto le habría pasado a Margot.

Mi pecho se apretó.

—Pero yo también tengo la culpa —continuó—. No lidié bien con la situación. No lo vi venir.

Bajé la mirada.

—No fue mi culpa —murmuré—. Pero entonces ¿por qué me siento responsable?

La culpa se desbordó en mi pecho, convirtiéndose en algo pesado que me ahogaba. Me sentía sucia. Sucia por dentro.

Archer cerró los ojos por un momento, como si intentara calmarse. Pero no había nada que pudiera aliviar la rabia, el dolor, la impotencia que había crecido entre nosotros.

—Porque, Della, tú eres una buena persona. —Su voz era firme, pero no fría. Solo dolida —. Lo que tu padre hizo es suyo y de nadie más. Está en el pasado. Pero lo que tú estás haciendo ahora estás tirando a la basura todo lo que construimos juntos.

Un nudo se formó en mi garganta.

—Te estás apartando de todos —continuó—, como si nada importara. Como si el refugio, como si los años de amistad no valieran nada.

¿Qué podía responderle?

—No puedo, Archer. Por lo menos ahora mismo, no.

Vi cómo su expresión se rompía, cómo la ira y la tristeza se peleaban en su rostro. Pero no me detuve. No podía.

—Della —empezó.

—No, Archer. Es demasiado. Mi padre. Margot. Tú y tu plan de entregarle el refugio a mi padre. No puedo.

—Sabes que nunca te hubiera hecho eso —dijo—. Solo fue un intento desesperado de comprar algo de tiempo.

—Lo que sea. —Sacudí la cabeza—. Pero ahora mismo no quiero estar cerca de ti ni de Dean.

Archer dio un paso atrás.

—Ok, por ahora. Pero no para siempre.

No dijo nada más. Solo me miró una última vez, con una mezcla de dolor y resignación, antes de dar media vuelta y marcharse.

Respiré hondo.

Tratando de tranquilizarme.

El refugio estaba en silencio, salvo por el murmullo lejano de los perros. Entonces, un ruido sordo vino desde la parte trasera.

Fruncí el ceño.

Caminé hacia el fondo, sin pensar en nada en particular, solo buscando una distracción.

Pero mi cabeza no estaba donde debía estar.

Y tampoco la maldita caja con la que tropecé.

Todo pasó en un segundo.

El aire escapó de mis pulmones cuando caí hacia atrás. El golpe fue seco. Un dolor agudo me atravesó la muñeca, arrancándome un grito que hizo ladrar a todos los perros.

Mierda.

Me quedé en el suelo, inmóvil, el dolor recorriéndome como una corriente eléctrica. Sentí la piel arder, la hinchazón comenzando al instante. Intenté mover la muñeca y el ardor me arrancó otro gemido.

Genial. Probablemente la había roto.

Tragué saliva, tratando de calmarme.

Perfecto, ¿no?

Primero, Dean salió de mi vida como si no hubiéramos pasado los últimos cinco años follando cada maldita noche. Luego, Archer y su discurso de decepción.

Y ahora esto.

Este día no empezó bien y, claramente, tenía que terminar de la misma manera.

A medida que pasaban los segundos, mi mente daba vueltas y el dolor empeoraba. Empecé a respirar más rápido, el pecho se me apretó y sentí una presión creciente en la cabeza. Todo empezó a desdibujarse. Como si el mundo estuviera girando demasiado rápido y yo no pudiera seguirle el ritmo.

¿Ves?

Totalmente podría ir peor.

Estaba sola. Completamente sola.

Sí, había cámaras de vigilancia, pero yo era la única que las revisaba. Y el sistema de seguridad solo lograría que viniera una patrulla de policía cuando me encontraran desmayada en el suelo.

¿Y si me moría?

—Anda que eres boba —murmuré, regañándome a mí misma—. Nadie se muere por romperse un hueso.

Pero eso no cambiaba nada. El dolor seguía ahí. Y el mundo seguía girando demasiado rápido.

¿A quién iba a llamar?

Saqué el teléfono de mi chaqueta con la mano temblorosa, apenas logrando sujetarlo. La pantalla se iluminó. Tenía muchas opciones.

Dean estaba en favoritos, en la tecla número uno.

Archer también podía venir.

Pero no los quería aquí.

Solté un suspiro de desesperación y deslicé el dedo por la pantalla hasta la tecla número tres. Rhett.

Estaba en Washington, pero era lo único que tenía. Lo único que estaba dispuesta a aceptar.

El tono de la llamada parecía eterno, y en mi cabeza, una duda se repetía sin parar. ¿Era una buena idea?

¿Qué iba a decirle?

Que estaba sola en el refugio, atrapada en mis propios recuerdos y decisiones, con el dolor punzante de una caída como única compañía.

Entonces, su voz llenó el silencio.

—Hola, Della, ¿me extrañas tan pronto?

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante. Cuando hablé, mi voz salió rota, temblorosa, llena de todo lo que había estado conteniendo.

—Rhett…

Al otro lado de la línea, su respiración se hizo más fuerte.

—¡Della! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

Cerré los ojos con fuerza, intentando mantenerme firme.

—Me he caído y todo está dando vueltas. Estoy sola, Rhett.

No era solo la caída. Era todo.

Era el vacío. Era la certeza de que ya no tenía a nadie más.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Pero cuando Rhett habló de nuevo, su voz sonó firme, sin titubeos.

—Voy a llamar una ambulancia. Quédate donde estás, ¿ok?

Asentí, aunque él no podía verme.

Y eso era todo lo que tenía ahora.

Una voz al otro lado de la línea y la angustia creciendo dentro de mí.

Un recordatorio de lo lejos que estaba de todo lo que había querido.

Rhett se quedó en el teléfono conmigo hasta que llegó la ambulancia.

¿Cómo había llegado a esto?

No tenía a nadie.

La soledad me había alcanzado de una forma cruel, desgarradora. De una manera que ni siquiera el dolor físico había podido ocultar.

Mientras me levantaban con cuidado y me subían a la camilla, una sensación de vacío se instaló en mi pecho. No por la caída. No por la muñeca rota.

Sino por todo lo que nunca tuve.

Por todo lo que nunca tendré.

Una familia como debía ser.

Dean.

Hijos.

Cerré los ojos con fuerza, como si eso pudiera apartar los pensamientos, pero ya era demasiado tarde.

Había perdido todo antes de siquiera tenerlo.

***

Me sentí como si flotara en un sueño cuando llegué al hospital. La ambulancia me dejó en la sala de emergencias, el dolor seguía siendo punzante en mi muñeca y todo estaba nublado, como si mi cuerpo no estuviera del todo allí.

Las enfermeras me recibieron rápidamente y, entre preguntas rutinarias sobre lo sucedido, me guiaron hacia una habitación pequeña, con una camilla que no se veía ni de lejos tan cómoda como las de las películas.

El doctor apareció poco después, un hombre que parecía más joven que yo, con gafas que resbalaban por su nariz mientras revisaba mi historial médico.

—¿Ha tenido algún otro tipo de dolor o síntoma reciente? —preguntó con voz profesional.

Lo miré, preguntándome cuál de los dos veía doble. ¿Qué síntomas?

—Es la muñeca —dije—. Tropecé.

El doctor me miró y me sonrió amablemente, casi divertido.

—Se nota que ha tenido una caída, señorita Craig, y por el dolor que describe, parece que hay una rotura. Sin embargo, necesitaremos hacer una radiografía para confirmar si se trata de una fractura.

Lo miré con confusión, el miedo comenzando a calarme los huesos. ¿Una fractura?

—¿Una fractura? —musité, como si no pudiera creerlo.

—No se preocupe —dijo él, con un tono tranquilizador—. Es lo que sospechamos, pero necesitamos asegurarnos.

Hizo una pausa, hojeando los papeles frente a él.

—Ya hemos recibido los resultados de las pruebas y como está embarazada…

Me quedé en shock.

¿Embarazada?

No había notado nada, no tenía síntomas.

No. No. Era imposible.

No podía estar embarazada. Tomaba la píldora y nunca la olvidé. Era muy paranoica con eso desde que tuve un susto seis meses después de empezar a salir con Dean.

Bueno, él más.

Pensaba que le iba a dar un infarto cuando le dije que tenía un retraso de cinco días. Afortunadamente, fue solo eso, un susto. Pero se me quedó grabada la imagen de Dean. Tan enfadado. Tan asustado.

Nunca le pregunté por qué le aterraba tanto la idea de un bebé.

¿Era porque no quería ser padre o porque no quería serlo conmigo?

—¿Qué? —balbuceé.

—Sí, señorita Craig —dijo el doctor, ajustándose las gafas que seguían deslizándose por su nariz—. Está embarazada. Y ahora debemos ser cuidadosos con las pruebas que realizamos para no comprometer su salud ni la del bebé.

Me miró durante unos segundos antes de continuar con su evaluación.

—Vamos a proceder con la radiografía para asegurarnos de si hay fractura. Mientras tanto, le pondré una férula para inmovilizar la muñeca y evitar que la lesión se agrave.

Me hizo un gesto para que me acomodara en la camilla, y en unos minutos ya tenía la muñeca cuidadosamente envuelta y sujeta. Me sentía completamente atónita, sin saber si quería desmayarme por el dolor o por la idea de que algo tan sencillo como tropezar podría terminar en una situación tan compleja.

Aunque no estaba aquí solo por la caída, bueno, sí, pero si estaba embarazada, eso era por otra cosa.

¿Qué diablos?

Estuve sola unos minutos, durante los cuales mi mente se convenció de que el médico no tenía ni idea de lo que pasaba; alguien se había equivocado con las pruebas. Luego vino una enfermera a llevarme a hacer la radiografía.

Me explicó que la radiografía de la muñeca no tomaría mucho tiempo, pero que, por mi estado, sería mejor ponerme una bata que cubriera mi abdomen. También pesaba una tonelada.

De vuelta en la sala de examen, esperé al doctor, que no tardó mucho en aparecer. No me gustaba nada su expresión seria.

—Bueno, señorita Craig, la radiografía ha confirmado que tiene una pequeña fractura en la muñeca. Vamos a ponerle una escayola. Nada grave, pero necesitará reposo.

Genial, no había mencionado el embarazo. Seguramente ahora me diría que fue un error.

—En cuanto al embarazo, aunque la fractura no supone un riesgo directo, le recomendaría que pase por una consulta con un ginecólogo para asegurarnos de que todo está bien. Una ecografía puede descartar cualquier preocupación.

Mi mente no dejaba de dar vueltas. Había tantos pensamientos cruzándose a la vez que apenas podía enfocarme. ¿Era verdad?

—¿Y qué pasa con la muñeca? —pregunté, intentando centrarme en algo, cualquier cosa menos en lo que me estaba contando el médico.

—La escayola se mantendrá por al menos tres semanas. Durante este tiempo, nada de levantar peso ni movimientos bruscos. El reposo es fundamental para una buena recuperación. Le daremos analgésicos suaves para aliviar el dolor.

La enfermera le ayudó a ponerme la escayola, envolviendo mi muñeca con una capa

protectora de yeso. Mientras lo hacía, el dolor ya se volvía más soportable, aunque mi mente seguía dando vueltas a la idea del embarazo.

¿Cómo podía ser? No podía ser, ¿verdad?

¿Ahora? ¿En serio?

No es que un embarazo no planeado fuera una buena idea en cualquier otro momento, pero, Dios… ¿el día en que mi relación con Dean se acabó oficialmente?

Una vez que terminaron con la escayola, el doctor me entregó una hoja con las recomendaciones.

—Evite hacer esfuerzos con esa mano, mantenga la muñeca elevada siempre que pueda, y si siente algún dolor insoportable o nota que la inflamación aumenta, vuelva a consultarnos. A lo largo de los próximos días, mantenga el área limpia y seca. Le dejaremos un teléfono de contacto.

Y entonces, con una mirada más suave, añadió:

—También he hablado con el ginecólogo. Lo esperará en la sala de al lado. Es mejor que le haga una ecografía para asegurarnos de que todo esté bien con el embarazo. La situación requiere que se tomen ciertas precauciones.

La idea de ver a un ginecólogo en ese momento me hizo sentir como si estuviera fuera de mi propio cuerpo. Apenas podía procesar todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Un ginecólogo? —repetí, sintiéndome como si la palabra no tuviera sentido en mi boca.

—Sí —confirmó el doctor, con una sonrisa comprensiva—. Tranquila, señorita Craig, no es nada grave, pero necesitamos confirmar que todo está en orden. Es mejor ser precavidos, especialmente ahora.

Me dirigí, casi como en trance, hacia la otra sala. La ginecóloga que me atendió fue amable y tranquilizadora, aunque ni siquiera fui capaz de recordar su nombre.

Me explicó que la ecografía era un procedimiento simple y rápido, y que lo harían para verificar la salud del bebé y asegurarse de que no había complicaciones derivadas de la caída o el estrés.

Mientras me recostaba en la camilla y el gel frío de la ecografía tocaba mi abdomen, sentí una mezcla de nervios y curiosidad. El sonido del monitor me hizo temblar un poco, pero la ginecóloga sonrió al ver algo en la pantalla.

—Todo parece estar en orden —me dijo con tono cálido—. El bebé está bien, no parece haber ningún problema. La caída no ha causado ningún daño.

Entonces la doctora giró la pantalla hacia mí y lo vi. O la vi.

—Está en aproximadamente la décima semana de gestación, y la caída no ha causado ningún daño. El embrión está comenzando a formarse con claridad, y su corazón late con fuerza y regularidad —continuó ella.

Fue justo cuando escuché el latido del corazón. El sonido vibrante y fuerte, ese golpeteo tan claro y lleno de vida, resonó en el monitor, y en un instante todo cambió.

Lo vi allí, diminuto pero perfecto, moviéndose con fuerza, luchando por estar allí, por vivir. Y en ese momento lo entendí.

No era un error.

Era mi regalo. Era la manera del destino de decirme que la vida seguía, que el futuro que me esperaba estaba lleno de felicidad y alegría.

Era mi bebé.

Yo, Della Craig, iba a ser madre, y las lágrimas se deslizaron sobre mis mejillas cuando

entendí que tuve el peor día de mi vida, pero que no podía terminar de la mejor manera

Capítulo 10

Della

No quería estar aquí.

Cantrell Manor era el último lugar donde quería estar, pero el día anterior recibí la invitación y un cheque con una donación muy importante para el refugio.

Si Eliza Cantrell te invita a una fiesta, no puedes decir que no.

Con una mezcla de incertidumbre y resignación, aparqué frente a Cantrell Manor. La casa era imponente, una mansión de estilo clásico con columnas blancas. Árboles altos bordeaban la entrada.

No era mi primera visita; era la segunda, pero en ese momento estaba demasiado preocupada por Archer como para tomarme un segundo para admirar la arquitectura de Cantrell Manor.

Un camino de piedras blancas llevaba hasta el jardín donde se celebraba la fiesta.

Las mesas estaban cubiertas con manteles de lino blanco, adornadas con jarrones de flores frescas que llenaban el aire con un delicado perfume floral. Las luces colgaban de las ramas de los árboles, creando un ambiente casi mágico, mientras las risas y la música suave se mezclaban con el murmullo de la brisa.

Había muchos invitados, algunos rostros familiares, pero la mayoría no.

Respiré hondo antes de avanzar hacia la anfitriona, que estaba conversando con un hombre.

No quería estar aquí, pero no me quedaba otra que poner buena cara y asegurarme unas donaciones para el refugio.

Obviamente, elegí un vestido perfecto.

Un vestido midi de seda en tono azul marino, que caía suavemente sobre mis caderas y terminaba justo por debajo de las rodillas. El diseño era ligeramente suelto en la zona del abdomen para no marcar demasiado la figura.

Tenía un escote en V discreto, lo justo para no resultar llamativo, y los hombros ligeramente descubiertos, con mangas delicadas de encaje. Los zapatos, aunque me hubieran gustado más altos, me tuve que poner unos de tacón bajo en tono piel, delicados y cómodos, perfectos para caminar entre las mesas del jardín.

Mi cabello, recogido en un moño bajo y desordenado, estaba adornado con unas pequeñas horquillas de perlas, apenas visibles.

Me veía bien, elegante y confiada, gracias a la ropa y al maquillaje. Lo que no pude esconder de ninguna manera fue la escayola que aún tenía que llevar. El médico dijo tres semanas, pero en una consulta posterior cambió a seis, solo para estar seguros.

Él quería estar seguro y yo estaba en el infierno. Era mi mano izquierda, y antes hubiera dicho que no la usaba tanto, pero era mentira. Vestirme era difícil, preparar la comida, trabajar… Todo era doblemente complicado.

Eliza sonrió al verme. Era tan cálida y llena de una elegancia innata que nunca dejaba de impresionar. Sus ojos brillaron con una mezcla de simpatía y algo más, como si ya supiera lo que pensaba.

Había algo en su mirada que siempre me hacía sentir como si importara.

—¡Della, querida! —exclamó, su voz suave y llena de afecto, extendiendo la mano hacia mí—. Qué alegría verte. Estás maravillosa, como siempre.

Eliza me ofreció un saludo tan efusivo como si no hubiese pasado nada desde nuestro último encuentro. Sabía que su cortesía no era solo por educación o por cariño. No. Eliza estaba haciendo de casamentera con una destreza casi peligrosa.

—¿Cómo te va? Mi más sentido pésame —continuó, su sonrisa volviéndose aún más suave.

Luego miró discretamente hacia el rincón donde Dean estaba conversando con un grupo de invitados.

Oh, sí, sabía dónde estaba y qué llevaba puesto. Fue lo primero que mis ojos buscaron al llegar, aunque me negaba a admitirlo. Por lo visto, Eliza también lo había notado.

Mi pulso se aceleró un poco, pero me forcé a mantener una sonrisa.

—Gracias, Eliza —respondí con un tono suave, aunque mi mirada inevitablemente se desvió hacia Dean, que estaba tan cerca, tan ajeno a lo que rondaba por mi cabeza—. Estoy bien, solo ocupada. Ya sabes, el refugio.

Eliza asintió con una sonrisa comprensiva, pero su mirada no dejó de posarse brevemente en Dean antes de regresar a mí. Era como si, sin decirlo, me estuviera invitando a seguir el juego de su estrategia silenciosa.

No me extrañaba en absoluto.

Había algo en Eliza que me recordaba a mi padre, siempre haciendo malabares con los demás para conseguir lo que deseaba.

—Y por supuesto, el refugio sigue siendo tan importante como siempre —dijo Eliza, como si leyera mis pensamientos, aunque no lo hiciera—. Pero Della, querida, hay algo que el destino aún no ha colocado en su lugar. ¿No crees?

Me sorprendió su audacia. Sabía lo que hacía, y en este caso, su mirada era una mezcla de simpatía y diversión oculta, como si quisiera que yo diera el siguiente paso.

Miré a Dean de nuevo. No podía negar que una parte de mí todavía deseaba regresar a lo que tuvimos, ¿pero era lo mejor para mí? Además, no estaba nada cómoda con que Eliza supiera lo que había ocurrido entre Dean y yo.

—No estoy tan segura de que el destino sea el responsable, Eliza —respondí, con una ligera sonrisa—. A veces, las cosas simplemente no son como pensamos que deben ser.

Eliza levantó una ceja, como si le gustara la respuesta, pero su sonrisa no vaciló. Sabía que esto no se había terminado, no para ella.

—Lo sé, querida. Pero el destino es muy persistente, siempre regresa, como un buen vino —dijo, con un toque de humor—. Y yo, como siempre, solo estoy aquí para facilitar las cosas.

O sea, estaba jodida. Como si no tuviera suficiente, ahora tenía que cuidarme del juego de Eliza. No podía bajar la guardia, por lo menos no todavía, no hasta que decidiera qué iba a hacer.

Ya no estaba en juego solo mi futuro.

Eliza me llevó a saludar a los conocidos y a presentarme a los que no conocía.

Y poco después, de alguna manera, acabé frente a los otros miembros de la familia Cantrell.

Archer y Margot, siempre tan distintos, pero igualmente imposibles de ignorar, ocupaban dos asientos a la derecha de la mesa. Beau estaba al otro lado, observando en silencio a la mujer muy hermosa que me miraba fijamente, como si tratara de ver en mi interior.

Su mirada no era dura ni despectiva, pero había algo en ella que me hizo sentir incómoda,

como si me estuviera evaluando, buscando algo que yo misma no entendía.

Y, claro, Dean, que estaba sentado en la cabecera. Su rostro reflejaba absolutamente nada de lo que me hubiera gustado ver.

¿Era guapo? Obviamente. Dean era el tipo de hombre que no pasaba desapercibido, con ese aire desinteresado, como si todo en la vida le viniera fácil, pero al mismo tiempo, esa mirada profunda que sabía cómo calar hondo en los demás.

Eliza insistió en que los acompañara y no supe cómo rechazarlo sin parecer borde. Acepté sin mucho entusiasmo y acabé sentada entre Margot y Eliza. El ambiente estaba cargado de una tensión extraña, como si algo fuera a estallar en cualquier momento.

Era un poco gracioso cómo todos estaban buscando algo con qué empezar una conversación. Gracioso, si no tuviera los nervios a flor de piel.

Fue entonces cuando una mujer se acercó a la mesa. Su presencia era fuerte, casi palpable. Era guapa, sí, pero había algo más allá de la hermosura. Era el enfado, su postura rígida, la mirada fija y penetrante que la hacía parecerse a una diosa a punto de dejar caer su furia sobre los pobres mortales.

Se acercó a la mesa y respiré aliviada cuando fijó su mirada en Margot.

Y entonces, habló.

—¿Te dispararon? —le preguntó directamente.

Margot se quedó paralizada por un momento, su sonrisa se desdibujó, y por un instante miró a Archer, que parecía a punto de coger su espada y defender a su esposa de la intrusa.

—Eh… —empezó Margot.

La mujer no le dio tiempo a seguir, interrumpiéndola con una dureza inesperada:

—Te dispararon. ¿Y no me lo habéis dicho?

La acusación fue directa, como si se sintiera personalmente traicionada. Empecé a preocuparme por la posibilidad de que esta mujer averiguara que Margot fue herida por culpa de mi padre.

—Yo… —titubeó Margot, buscando una respuesta adecuada.

—Yo —dijo al mismo tiempo la mujer hermosa que acompañaba a Beau.

—Tú nada, ni una palabra, ¿entiendes? —dijo la mujer con voz baja y firme, mirándola.

Una tensión palpable colgó en el aire. La mujer estaba furiosa, pero no parecía querer que nadie interfiriera. Todos se quedaron en silencio. Ni siquiera Dean se movió.

—Scarlet, tienes que —murmuró la mujer hermosa.

Escuchar el nombre de la mujer fue como si me hubieran echado un cubo de agua fría en la cabeza. Dejé de escuchar lo que estaba diciendo, porque algo captó toda mi atención.

El anillo.

Era de oro blanco y diamantes azules, una joya rara. Mi estómago se tensó al instante, y algo dentro de mí se removió. No porque no me gustara, sino porque lo conocía bien. Lo había visto antes, en circunstancias que no podía olvidar.

Era el anillo que Rhett compró cuando tenía dieciocho años. Dieciocho. Y yo estaba con él en ese momento. Recuerdo que acabábamos de celebrar su cumpleaños con un almuerzo en el centro de la ciudad.

Después de la comida, al volver al coche, pasamos por una joyería. No era un lugar lujoso, pero el escaparate brillaba con la luz del sol. El anillo estaba allí, descansando sobre un fondo oscuro, con los diamantes azules reflejando la luz.

Me detuve frente al escaparate y lo señalé.

—Es bonito, ¿no? No como las joyas que papá guarda en su caja fuerte. Tu futura esposa

no querrá llevar ninguno de esos anillos —comenté, casi sin querer. Mi tono era ligero, pero las palabras ya estaban fuera.

Rhett me miró, como solo él sabía hacerlo.

—Pero este sí —dijo, sus ojos brillando con una sonrisa a medio formar.

—Sí —respondí.

Entramos en la tienda y, sin dudarlo, Rhett usó todos sus ahorros para comprar el anillo. Todos sus ahorros. No lo pensé en ese momento, solo lo vi como algo que Rhett haría sin pensar, porque siempre había sido así. Él no pensaba dos veces en lo que quería cuando era importante para él.

Y el anillo era importante para él.

Hoy, sin embargo, vi ese mismo anillo, pero en el cuello de Scarlet, colgando de una cadena como si no tuviera más valor que una joya de mercadillo. Y mi corazón dio un vuelco.

Me quedé quieta por un momento, mirando el brillo del anillo, hasta que, finalmente, miré a los ojos de Scarlet, sin poder callarme.

—Tú —dije, apenas en un susurro, pero estaba segura de que me escuchó.

Scarlet levantó una ceja, sorprendida por mi tono.

—¿Yo? —preguntó, como si no comprendiera.

—Eres Scarlet —dije, con una frialdad que no esperaba de mí misma.

Ella no contestó, pero la mirada en sus ojos se endureció, como si ya supiera hacia dónde se dirigía la conversación. No me importó. Necesitaba decir lo que tenía que decir.

—Es el mejor hombre del mundo —dije—. Es listo, cariñoso, honesto. Solía leerme cuentos antes de dormir, me preparaba la merienda y me llevaba al cole. Me acompañó a comprarme mi primer vestido de baile, me animó cuando el chico que me invitó retiró la invitación dos horas antes.

Scarlet soltó una risa irónica, interrumpiéndome, como si mis palabras fueran ridículas.

—Señora, no sé de qué diablos estás hablando —respondió con desdén.

—Es el mejor, ¿vale? —continué, ignorando su tono—. Nunca olvida mi cumpleaños, me manda flores solo porque sí y bombones cuando se entera de que tengo un mal día. Y tú vas y dices que no es el hombre para ti.

El silencio se instaló entre nosotros, pero mi mirada no se apartó de ella. Scarlet parecía a punto de estallar, pero yo no iba a callarme.

—¿Qué? —preguntó, claramente sorprendida por la dureza de mi voz.

—Rhett Craig, Scarlet. El hombre que dijo que tú eres la indicada para él. La única. Pero él no es el único para ti. —Le di un momento para que procesara mis palabras, y cuando vi que no reaccionaba, proseguí—: Dime, Scarlet, ¿qué más necesitas en un hombre?

Por un momento, la expresión de Scarlet cambió, pero solo por un segundo. Luego, como si fuera lo más natural del mundo, ella se cruzó de brazos y sonrió, aunque su sonrisa no alcanzó sus ojos.

—Si crees que es tan perfecto, tal vez deberías quedártelo tú —dijo, con un tono de voz casi aburrido.

A esa provocación no podía responder de otra manera.

—Es mi hermano —respondí, ahora mirando hacia la mesa, pero mis palabras se cargaron de una verdad inquebrantable—. Pero no lo dudes, si encontrara a alguien que me tratara como él trata a una mujer, no lo dudaría.

Scarlet se quedó en silencio un momento, y eso fue aún más incómodo que si hubiera soltado una respuesta sarcástica de inmediato. Me observó como si estuviera evaluando si valía

la pena seguir con la conversación, pero al final no pudo evitar una sonrisa de superioridad, como si hubiera ganado de alguna manera.

—Tienes razón en una cosa —dijo finalmente, y su tono había cambiado, tornándose más afilado, pero también un poco más serio—. Rhett es un hombre increíble. Todo el mundo lo sabe. Siempre es el hombre perfecto para todos, menos para mí.

Fruncí el ceño, pero Scarlet no me dio tiempo para interrumpirla.

—Y no es porque no lo aprecie, o no vea lo que todos ven en él. Es solo que —se detuvo un momento, mirándome de una manera que casi parecía desafiante— no necesito que me digan lo que debería hacer o cómo debería sentirme.

La tensión creció, pero Scarlet no parecía demasiado afectada. En cambio, mantuvo su postura erguida, su mirada fija en mí, como si esperara que aceptara sus palabras.

—Quizá algún día lo entienda —agregó con una media sonrisa, sin mucha emoción—, pero hasta entonces, no estoy aquí para complacer a nadie. Ni siquiera a él.

El silencio que siguió a las palabras de Scarlet fue denso, y la tensión estaba a punto de estallar.

En ese momento, la mujer de Beau intervino con una calma sorprendente.

—Scarlet, basta —dijo ella con firmeza, pero sin levantar la voz. Había algo en su tono que dejaba claro que no permitiría que la discusión siguiera—. No estás aquí para pelear.

Scarlet la miró, con una expresión que oscilaba entre la irritación y la incredulidad. Pero no le dio tiempo a responder.

—Si quieres discutir, lo haremos más tarde. Tú y yo —continuó—. Pero ahora mismo, estamos en una fiesta. Vamos a disfrutar, ¿de acuerdo?

Scarlet resopló, pero se quedó en silencio, aparentemente dándose cuenta de que no podía seguir con el enfrentamiento.

Agradecida por el respiro, me relajé en mi silla mientras Scarlet y la otra mujer se miraban una a otra.

—Vamos a disfrutar la noche. No hace falta tener conversaciones molestas, ¿verdad? —dijo Eliza, rompiendo el silencio con su tono suave.

Me sentí ligeramente avergonzada por la tensión que había creado, aunque no fuera completamente mi culpa. Decidí que lo mejor sería calmarme un momento y alejarme de la situación.

—Perdón, creo que necesito un momento —murmuré, poniéndome de pie y dirigiéndome hacia la mesa de bebidas.

Sentí la mirada de todos sobre mí mientras me alejaba. Caminé entre las mesas, buscando un respiro en el bullicio del jardín. Me acerqué a la mesa de bebidas, tomé un vaso de agua y me apoyé en la barra, dejando escapar un largo suspiro. Necesitaba despejar mi mente.

A los pocos segundos, escuché pasos tras de mí. No hizo falta volverse para saber quién era. Reconocí la silueta de Dean antes de oír su voz.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad, su tono más bajo de lo habitual.

Cerré los ojos por un momento, sintiendo el peso de la conversación anterior y de todo lo que había sucedido con Dean. De todo lo que había perdido. No quería enfrentarme a él, no en ese momento. No era el lugar ni el momento adecuado, pero tampoco podía ignorarlo.

—Sí —respondí, aunque mi voz era más vacilante de lo que habría querido—. Solo necesito un poco de espacio.

Dean se detuvo a mi lado, sin presionarme, pero la cercanía de su presencia me hizo sentir aún más incómoda. Sabía que él no se iría sin decir algo más, sin importar cuán breve

fuera.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? —dijo Dean, mirando al frente, pero no podía evitar que sus ojos se posaran en mí con esa intensidad familiar.

Apreté el vaso de agua en mis manos, sintiendo cómo la tensión crecía otra vez. No estaba lista para hablar de lo que había sucedido, ni para confrontarlo con mis propios sentimientos, pero sus palabras seguían resonando en mi mente.

No, no lo sabía. Nunca pude hablar de lo que sentía, no de verdad. Ni sobre mis sentimientos, ni sobre mis planes de futuro.

—¿Puedo, Dean? —respondí, tratando de mantener la calma, aunque mi voz salió cargada de frustración.

Dean asintió lentamente, y aunque parecía que había algo que quería decir, se quedó en silencio. No insistió.

Unos segundos después, dejé escapar un suspiro largo y finalmente me giré hacia él.

—¿Por qué no te vas? Yo estaré bien.

Dean me observó por un momento, como si sopesara mis palabras, pero sabía que no podía presionarme. Finalmente, dio un paso atrás, dándome el espacio que pedía.

—Está bien. Si cambias de opinión, estaré cerca —dijo.

Lo vi alejarse, regresando al bullicio de la fiesta, mientras yo me quedaba sola con mis pensamientos. El agua en mi mano ya no parecía tan refrescante, pero al menos, por un momento, pude respirar sin las miradas de los demás sobre mí.

Capítulo 11

Della

Han pasado tres días desde que escapé de la fiesta de Eliza sin despedirme de nadie, pero no podía haber hecho otra cosa. Entre Dean y la escena que provoqué con Scarlet, no había manera de volver a ver a ninguno de ellos.

Al día siguiente, le envié una nota con un ramo de rosas a Eliza y pensé que, por fin, todo había terminado con los Cantrell. Por fin podía concentrarme en mi vida.

Entonces, el miércoles, estaba en mi despacho en el refugio cuando escuché el sonido de la puerta. Me giré y vi entrar a Dean.

Bastó una única y breve mirada a su rostro para saber que estaba muy enfadado. Me sorprendió verlo allí porque, hasta donde yo sabía, no quedaba nada de qué hablar. El refugio ya no era su problema y, en lo personal, lo nuestro había terminado.

¿A qué venía?

—¿Qué estás haciendo aquí, Dean? —pregunté sin molestarme en lo que era normal y educado, es decir, saludar.

Se acercó rápidamente, con los puños apretados, y me miró con una intensidad que me hizo retroceder. Pero como estaba sentada, solo pude pegarme lo más posible al respaldo de la silla. Al principio no dijo nada, solo apoyó las manos sobre mi escritorio y me lanzó una mirada cargada de furia.

—¿Por qué no me lo dijiste, Della? —preguntó.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Cómo lo sabía? No se lo había contado a nadie, ni siquiera a Rhett. Solo había dos personas en el mundo que lo sabían: yo y el médico. Y él tenía prohibido hablar del tema.

Yo estaba completamente segura de que no se lo había mencionado a nadie.

—¿Por qué no me dijiste lo del testamento, sobre la herencia? —continuó Dean antes de que tuviera la oportunidad de delatarme.

Respiré aliviada y me quedé en silencio por un momento, hasta que me di cuenta de que eso también era algo que Dean no debía saber.

¿Cómo lo había averiguado?

¿El abogado? No, él no tenía por qué avisarlo.

—¿Qué sabes tú sobre el testamento? —pregunté, con la esperanza de que no tuviera la información correcta.

—Todo, Della. Lo sé todo. He recibido una copia esta mañana —me dijo.

—¿De quién? —quise saber.

—De "no importa quién". ¿Por qué no me lo has dicho?

—No te debo nada —respondí—. No tengo por qué contarte nada. Es el último intento de mi padre por obligarme a hacer su voluntad, y eso no es tu problema.

Dean no pareció satisfecho con mi respuesta. Su mirada se volvió más fría, y pude ver cómo sus pensamientos daban vueltas en su cabeza. Se inclinó más hacia mí; un poco más y tendría problemas para respirar.

Bueno, ya los tenía, porque su colonia, esa que antes me volvía loca, ahora me daba

náuseas.

—¿Sabes lo que podrías hacer con ese dinero? —dijo.

Por un momento, me sorprendió el cambio en su tono. Ya no estaba tan furioso; ahora sonaba más decidido.

—Es tu oportunidad de hacer algo real, algo importante. Con ese dinero podrías ayudar a más animales. Podrías hacer que todo esto funcione, como siempre soñaste. Y tú lo sabes.

Mis manos temblaron. No podía creer lo que estaba escuchando.

¿Dean me estaba diciendo que debía casarme con él por la herencia? ¿Por mi "causa noble"?

Me sentí nauseabunda.

—¿Estás diciéndome que te casarías conmigo por eso? —pregunté. Mi voz salió rota, como si cada palabra me costara un esfuerzo titánico.

Dean me miró sin pestañear. Parecía tan seguro de lo que decía. Tan decidido.

—No lo pongas así. —Su tono cambió, y pude percibir un atisbo de desesperación en sus palabras—. Es complicado, Della. Yo nunca quise que todo se fuera a la mierda. Pero esto no es solo por el dinero. Es por ti, es tu herencia, es lo que te mereces y, sí, además ayudarías a los animales, ¿no? Tal vez no te guste la idea, pero no entiendo por qué. Tú y yo estamos bien, estábamos bien, ¿no? Podríamos volver a como éramos antes.

Una ola de indignación recorrió mi cuerpo. ¿Cómo se atrevía a proponerme esto?

—No. —Mi voz salió firme, sin titubeos, aunque cada palabra me doliera—. No, Dean. No me casaría contigo por nada en el mundo. Ni por el dinero, ni por los animales, ni por ningún motivo. No me interesa tu propuesta.

Vi el destello de sorpresa en sus ojos, pero no me importó. No iba a ceder.

Lo que había entre nosotros había terminado, y ahora estaba claro que no quedaba nada más que buscar. No podía creer que, después de todo, él aún pensara que esto podía resolverse de forma tan sencilla, como si solo se tratara de un acuerdo conveniente.

Lo miré una última vez, queriendo que sus ojos entendieran la seriedad de mis palabras.

—Si alguna vez pensaste que eso podía ser una solución, te equivocas. No me casaría contigo, Dean. Ni por la herencia, ni por nada.

No me moví. No iba a ceder. Solo quería que se fuera. Pero, para mi sorpresa, Dean no lo hizo. No dio un solo paso hacia atrás.

Se quedó allí, observándome como si aún tuviera algo que decir.

Apreté los dientes y me mantuve firme, esperando. Entonces, su mirada bajó hasta mi brazo escayolado.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —preguntó, con una voz mucho más suave ahora.

Lo miré con incomodidad.

En la fiesta no lo había notado, ¿no? De todos modos, no le importaba lo que me pasaba.

—Nada —respondí cortante.

Dean no pareció convencido. Su mirada se intensificó, buscando respuestas en mis ojos, y luego se movió de nuevo, más afilada.

—No me mientas. —Su tono se volvió más serio—. ¿Qué ha pasado, Della?

Por un momento, todo me pareció demasiado. Demasiado bueno.

Me estaba preguntando, y vi la preocupación en sus ojos. Pero de verdad. No esa fingida que conocía tan bien.

¿Por qué tenía que hacer esto ahora? ¿Por qué no me dejaba en paz para poder olvidarme de él?

—Un accidente.

Dean no desistió. Sus ojos volvieron a clavarse en mí. Sabía que había algo más. Algo que no quería contarle.

—Della, dime la verdad. ¿Por qué estás tan pálida? —insistió. Su mirada se suavizó ligeramente, pero la preocupación seguía ahí—. ¿Por qué has adelgazado?

Me sentí atrapada entre la necesidad de salir de allí y la de decirle la verdad por completo. Pero no podía seguir soportando esa mirada insistente de preocupación.

No podía más.

—Porque soy un vampiro y la sangre de animal no me alimenta como debería —solté.

Dean me miró, confundido al principio. Pero luego su expresión cambió. Frunció el ceño, como si intentara descifrar mis palabras.

—Della —gruñó con un tono entre frustrado y preocupado que casi me hizo reír. Casi. Pero me lo aguanté. Sabía que no lo estaba tomando bien.

—No juegues con eso.

No pude evitar soltar una pequeña risa, aunque fue más amarga de lo que pretendía. Sabía que me estaba arriesgando, pero necesitaba salir de esa conversación, alejarme un poco de la tensión que él había creado.

Me encogí de hombros, intentando hacer la situación menos dramática.

—¿Qué quieres que te diga? —respondí, alzando una ceja mientras tomaba distancia, tanto física como emocional, intentando aligerar el ambiente—. No te preocupes, no soy un vampiro real. Solo estoy agotada, eso es todo. Ya sabes, el estrés, el trabajo, la herencia.

Dean me miró con más intensidad, sin parecer convencido en absoluto. Mi intento de humor no lo había tranquilizado, y eso solo me puso más nerviosa.

Sus ojos no se apartaban de mí, como si intentara leerme, buscar alguna grieta en mi fachada. Temía ceder en cualquier momento y confesarle la verdad.

—No me hagas esto, Della —dijo, esta vez con una voz más suave, pero igualmente tensa.

Estaba a punto de preguntar algo más cuando notó cómo mi expresión se cerraba.

—Si no quieres hablar, está bien. Pero, por favor, no sigas mintiéndome.

Un largo silencio se instaló entre nosotros. Dean esperaba una respuesta real, algo más que bromas.

Pero yo no podía dársela.

No quería hacerlo.

—No miento, Dean —dije. Mis palabras salieron frías, firmes—. Mi vida no es tu asunto, no lo fue nunca, y lo sabes bien. No finjas un interés que no existió durante los últimos cinco años. No es verdad.

Giré la silla y encendí mi portátil.

Quería que se fuera.

Finalmente, escuché sus pasos acercándose a la puerta, pero antes de irse, su voz, ahora más apagada, llegó hasta mí.

—Lo que sea que esté pasando contigo, no tienes que cargarlo sola, Della. Si alguna vez decides hablar o pedir ayuda…

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de una tristeza que, por un momento, me hizo dudar.

Pero rápidamente me enderecé, recordando lo que había decidido.

—No. —La palabra salió de mis labios con fuerza, cerrando cualquier posible

conversación entre nosotros—. No necesito nada de ti, Dean.

Escuché la puerta abrirse y cerrarse suavemente, y el eco de sus pasos desvanecerse por el pasillo.

Pero esta vez, no sentí alivio.

Solo un vacío que se instaló en el lugar donde había estado mi corazón.

***

Tenía unos meses más para decidir si me casaba con Dean o perdía la herencia, pero el abogado de mi padre era como un perro con un hueso. Pesado.

No paraba de llamarme cada dos días y enviarme correos electrónicos para preguntarme si había tomado una decisión. Estaba seriamente considerando llamar a Rhett para contarle lo que estaba ocurriendo. Muy profesional no era, si llamaba un sábado a las siete de la mañana. Me había despertado, y, considerando que llevaba semanas sin dormir bien, estaba de mal humor.

Decidí que necesitaba salir, despejar la mente.

Un paseo por el centro comercial parecía lo único capaz de calmar la tormenta que tenía dentro. Las paredes del refugio, los animales, el constante recordatorio de todo lo que había dejado atrás, ya no me daban paz.

Con la cabeza llena de pensamientos turbulentos, cogí el coche y me dirigí al centro comercial. Fui entrando en varias tiendas hasta que terminé en una que vendía artículos para bebés.

Recorrí los estantes, mirando pañales, peluches, pequeños zapatos, cunas.

Mi estómago se retorció y, antes de darme cuenta, estaba saliendo disparada hacia la puerta. No podía seguir pensando en eso. No podía.

Salí a trompicones, sin prestar atención a por dónde iba. El choque fue inevitable.

—¡Ay! —exclamó una voz suave.

Al levantar la vista, me encontré con los ojos de Margot.

Margot.

Y no estaba sola. La acompañaba la mujer de Beau, cuyo nombre aún no había conseguido recordar.

—Della —dijo Margot, con una mezcla de sorpresa.

Nuestra relación nunca había sido sencilla, y ella lo sabía mejor que nadie. Primero, por mi vínculo con Archer; cuando nos conocimos, pensaba que yo tenía algo con él. Luego, cuando mi padre secuestró a Archer y ella terminó luchando por su vida en un quirófano mientras los médicos intentaban salvarla.

—Margot, hola —dije, casi vacilante, intentando apartar mis propios pensamientos. Intenté sonreír, pero solo logré una mueca tensa—. No estaba atenta, perdón.

—Tranquila, Margot tiene la manía de chocar con la gente —dijo la mujer de Beau, sonriendo.

Alargó la mano y se presentó:

—Soy Rose.

Su expresión era divertida, pero igual de intensa que el día de la fiesta. Me pregunté si

intentaba leer mi mente o ver dentro de mi corazón. En serio, eso parecía.

Bueno, también podía ser que, al guardar tantos secretos, estuviera un poco paranoica.

—Encantada, Rose —dije.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

Me sentí un poco incómoda. La última vez que había visto a Rose fue en la fiesta, cuando intervino en mi discusión con Scarlet.

—Sí, todo bien —respondí, desviando rápidamente la mirada hacia Margot.

De repente, me sentí estúpida.

¿Qué estaba tratando de ocultar?

El vacío. Las dudas. La herencia. El embarazo. Todo lo demás.

Mi mundo se había vuelto un lío y no podía explicárselo a nadie, mucho menos a ellas.

Margot me miró fijamente, como si supiera que estaba mintiendo.

—¿Te gustaría acompañarnos a tomar algo? —preguntó Rose.

El silencio se alargó en el aire y sentí cómo la incomodidad se expandía, aunque solo para mí. Ellas parecían muy tranquilas.

Finalmente, Margot rompió el hielo, observándome con cierta simpatía.

—A veces solo hace falta un respiro, un café y algo de compañía, ¿no? —dijo suavemente, dándome una pequeña sonrisa.

No tenía idea de lo que estaba pensando, pero, de alguna manera, sus palabras me hicieron sentir menos aislada, menos atrapada en mi cabeza.

Miré hacia ellas, a esas dos mujeres que tenían tantas conexiones con las personas de mi vida, pero que, al mismo tiempo, seguían siendo tan distantes. No sabía si podía seguir lidiando con todo esto. No sabía si debía confiar en ellas o en nadie.

—Sí, solo eso —susurré.

Por un instante, me debatí entre aceptar o inventar una excusa para marcharme. Pero algo en la mirada de Margot, en la manera en que Rose me observaba con su expresión tranquila pero inquisitiva, hizo que asintiera.

—Claro —dije, sorprendida de mí misma.

Margot intercambió una breve mirada con Rose antes de dar media vuelta.

—Conozco un sitio cerca. Sirven un café decente y unos croissants que valen la pena.

Salimos del centro comercial y las seguimos calle abajo hasta una pequeña cafetería con ventanales amplios y un aroma a pan recién horneado que, por un momento, logró calmarme. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, donde la luz de la tarde teñía todo de un dorado cálido.

—Así que… ¿cómo te va, Della? —preguntó Rose con naturalidad mientras dejaba su bolso sobre la silla contigua.

Era una pregunta simple, pero me dejó en blanco. ¿Qué podía decir? ¿Que mi mundo estaba patas arriba, que me sentía perdida entre lo que debía hacer y lo que realmente quería?

—Bien —respondí con una sonrisa tensa, pero Rose arqueó una ceja, como si no estuviera convencida.

—No suena muy convincente —murmuró Margot, removiendo el azúcar en su café.

Suspiré.

—Supongo que estoy lidiando con muchas cosas.

Rose apoyó un codo sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Te entiendo. A veces la vida es un caos y solo queremos salir corriendo.

La observé con curiosidad. Había algo en su tono, en su forma de hablar, que me hacía

pensar que sabía más de lo que decía.

—¿Y ustedes? —pregunté, cambiando de tema.

Margot dejó su taza en el platillo con un leve tintineo.

—Rose me arrastró de compras. No sé cómo me convenció.

Rose sonrió, divertida.

—Margot tiene buen gusto, pero se niega a admitir que disfruta escoger ropa.

—Solo cuando no hay nadie juzgándome por hacerlo —respondió Margot con un suspiro, pero había un destello de humor en sus ojos.

Por primera vez desde que nos encontramos, me relajé un poco. No completamente, pero lo suficiente como para saborear un poco de mi café sin sentir que llevaba un peso sobre los hombros.

—Tal vez deberíamos arrastrarte a ti también —dijo Rose, mirándome de reojo—. Un poco de terapia de compras nunca viene mal.

Me apoyé en el respaldo de la silla y jugueteé con el asa de mi taza.

—¿Cómo es la vida de casada? —pregunté, observando a Margot con curiosidad.

Ella entrecerró los ojos, como si estuviera evaluando su respuesta, pero luego sonrió con cierta melancolía.

—Extrañamente normal y al mismo tiempo, no. Vivir con Archer ha sido un ajuste —admitió, moviendo distraídamente la cucharilla en su café—. A veces siento que todavía estamos aprendiendo a ser una pareja sin todo el caos de antes.

Era comprensible. Su historia con Archer había estado llena de drama, así que la tranquilidad debía sentirse extraña, como un lujo al que aún no se acostumbraba.

—Pero te ves feliz —comenté.

Margot asintió.

—Lo soy. Más de lo que pensaba posible.

Sentí una punzada en el pecho. Mi relación de cinco años con Dean había terminado hacía apenas unas semanas, y aunque sabía que era lo correcto, todavía dolía.

—Me alegra —dije con sinceridad, aunque mi voz sonó un poco más apagada de lo que pretendía.

Margot me lanzó una mirada comprensiva, pero no insistió.

—¿Y tú, Rose? —pregunté, necesitando desviar la atención de mí misma—. ¿Algo interesante?

Rose soltó un bufido y giró su taza entre las manos.

—Nada que valga la pena mencionar.

—Eso suena como una mentira descarada —comentó Margot, arqueando una ceja—. ¿Beau sigue en tu radar?

Rose frunció el ceño, pero la ligera sombra de color en sus mejillas la delató.

—Beau no está en mi radar.

—Claro, claro —Margot tomó un sorbo de su café con una sonrisa burlona.

Yo también sonreí. Era extraño, pero por primera vez en días sentí que podía respirar sin que el peso de todo lo que había pasado me aplastara.

Tal vez esta tarde no sería tan mala después de todo.

Después del café, me dejé convencer de acompañarlas de compras.

La primera tienda era elegante y espaciosa, con percheros organizados por colores y telas que caían con una perfección casi irreal. Margot se dirigió directamente a los probadores con un vestido en mano, uno del color favorito de Archer.

—Este es bonito —dijo antes de desaparecer tras la cortina.

—Seguro le quedará increíble —murmuré, recorriendo distraídamente las prendas colgadas, pensando en cómo de feliz debía sentirse Archer.

Rose, en cambio, se había aventurado por la sección de vestidos con una mirada calculadora, como si estuviera en una misión secreta. Cuando regresó, tenía dos vestidos en la mano: uno para ella y otro que me extendió con una pequeña sonrisa.

Un vestido premamá.

El aire se volvió espeso, como si la tienda entera se hubiese quedado en silencio. Mi estómago se encogió.

—Esto —mi voz sonó débil, atrapada en mi garganta—. ¿Por qué me traes esto?

Rose ladeó la cabeza, su expresión serena.

—No sé, simplemente sentí que te gustaría.

Mi pulso se aceleró. Nadie sabía. Nadie, excepto yo y el médico. Ni siquiera había tenido tiempo de asimilarlo, de tomar una decisión.

Mi mente gritaba que fingiera, que lo tomara como una simple casualidad. Así que forcé una risa.

—No creo que sea mi estilo.

—Tal vez no ahora —respondió Rose con voz tranquila, dejando el vestido de vuelta en el perchero—. Pero a veces las cosas llegan a nuestra vida antes de que sepamos que son justo lo que necesitamos.

Su tono no era inquisitivo ni curioso, solo gentil. Comprensivo.

Por alguna razón, eso me desarmó más que cualquier otra cosa.

Parpadeé, sintiéndome de repente vulnerable, expuesta.

—Della —dijo Rose, mirándome con calma—. No tienes que decir nada. Solo quiero que sepas que, si alguna vez necesitas hablar, aquí estoy.

Abrí la boca, pero no supe qué responder. Porque en el fondo, aunque no entendía cómo, sabía que ella ya lo sabía.

Y eso me aterraba, pero, al mismo tiempo, me daba un extraño alivio.

Capítulo 12

Dean

El sobre que había recibido el otro día seguía sobre mi escritorio, juzgándome por no hacer nada.

Incluso la letra de Rhett parecía regañarme. Mi primer instinto al recibirlo fue ignorarlo, pero la curiosidad pudo más. Había una nota que decía: Haz con esto lo que creas correcto.

Cuando lo abrí y vi la copia del testamento de su padre, la sangre me hirvió en las venas.

Seis meses para casarse conmigo o perdería la herencia.

No sabía si estaba más furioso con el viejo por manipularla incluso después de muerto, o conmigo mismo por haber sido tan estúpido.

Había dejado ir a Della porque fui un cobarde, y ahora no podía ayudarla cuando más me necesitaba. De hecho, ella no aceptaría mi ayuda ni siquiera si estuviera al borde de un precipicio.

Oh, sí. Conocía muy bien a Della y sabía que había quemado todos mis puentes, que no había vuelta atrás. Necesitaría un milagro para obtener su perdón.

Mi móvil vibró, y fruncí el ceño al leer el mensaje:

Rose: Café Star. 11:00. No tardes.

Dean: Te has equivocado de hermano, Rose.

Rose: Yo nunca me equivoco. Once en punto.

Rose era… No sabía muy bien cómo describirla. ¿Diferente de las otras mujeres con las que salía Beau? ¿Más guapa, más lista? No lo sabía, solo había algo especial sobre ella.

Y sí, a las diez cancelé mis citas y me fui a encontrarme con Rose.

El Café Star no era mi estilo: demasiado acogedor, con luces cálidas y un aroma a vainilla y canela que era una de las pocas cosas que no podía soportar. Vi a Rose sentada junto a la ventana. Levantó la vista antes de que siquiera llegara a su mesa, como si supiera que ya había llegado.

—¿Te sientas o prefieres seguir mirándome como si no supieras qué hacer contigo mismo? —preguntó con una media sonrisa.

Exhalé con resignación y me senté frente a ella.

—¿Estás segura de que no querías ver a Beau? —pregunté, cruzando los brazos sobre la mesa.

—Segurísima —respondió, revolviendo distraídamente su té.

La observé por un momento. Rose siempre tenía esa forma de mirarte, como si supiera algo que tú no, como si estuviera dos pasos adelante en un juego en el que nunca te diste cuenta de que estabas participando.

—¿Qué sabes? —pregunté, sin rodeos.

Rose inclinó la cabeza, evaluándome.

—Depende. ¿Qué crees que deberías saber?

Solté una risa seca.

—No estoy para acertijos.

—Está bien —dijo, apoyando los codos en la mesa—. ¿Crees en el destino, Dean?

Fruncí el ceño.

—No.

—Yo sí. —Su sonrisa fue lenta, como si estuviera saboreando la conversación—. Pero a veces hay cosas que simplemente son, aunque intentemos luchar contra ellas.

Había algo en su voz, algo que me erizó la piel.

—Della —dijo ella.

No dije nada.

—La amas —continuó Rose.

Era una afirmación, no una pregunta.

Aparté la mirada hacia la ventana, donde la ciudad seguía con su incesante movimiento, como si nada estuviera a punto de cambiar.

—No viene al caso.

—Oh, sí que viene —replicó suavemente—. Más de lo que crees.

Mis manos se cerraron en puños sobre la mesa.

—Ella tomó su decisión.

—¿Y tú? —preguntó Rose—. ¿Tomaste la tuya?

Un silencio tenso se instaló entre nosotros. Ella me sostenía la mirada con paciencia, como si esperara que yo llegara a una conclusión por mi cuenta.

Y entonces, sin cambiar su tono tranquilo, dejó caer las palabras que hicieron que mi mundo se tambaleara.

—A veces, la vida nos da segundas oportunidades para hacer lo correcto. No esperes a que sea demasiado tarde.

Hubo algo en su forma de decirlo. Algo en la forma en que sus ojos oscuros brillaron, como si estuviera viendo más allá de mí, más allá de este momento.

Rose sonrió levemente.

—Abre los ojos, Dean. Porque el destino rara vez nos da segundas oportunidades y, cuando lo hace, solo los valientes saben tomarlas.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un papel doblado, dejándolo sobre la mesa frente a mí.

—Por si necesitas un empujón.

Fruncí el ceño, pero cuando lo abrí, el aire se atascó en mis pulmones.

Era una ecografía.

El nombre de Della estaba impreso en la esquina.

El mundo pareció detenerse.

Mi mente intentó negarlo, buscar otra explicación, pero la verdad estaba justo frente a mí, impresa en blanco y negro.

Della estaba embarazada.

Mi pecho se tensó con una mezcla de emociones: asombro, rabia, desesperación, miedo.

—¿Cómo conseguiste esto? —mi voz salió áspera, rota.

Rose solo sonrió, como si la respuesta no tuviera importancia.

—Tal vez lo encontré. Tal vez lo vi venir. ¿Qué más da? —Se levantó con calma—. Lo único que importa ahora es qué harás con esto.

Y con esas palabras, se dio la vuelta y salió de la cafetería, dejándome allí, con la respiración agitada y la certeza de que mi vida acababa de cambiar para siempre.

No sé cuánto tiempo estuve ahí mirando esa imagen en blanco y negro. El suficiente para

que la camarera se cansara de preguntarme si quería otro café. Me marché, y de camino al coche, una bola de pelos sucios salió de la nada y casi me hizo caer de espaldas al saltar sobre mí.

—¡Mierda! —exclamé, tratando de recuperar el equilibrio mientras dos patas enormes se apoyaban contra mi pecho.

El perro era grande, con un pelaje desordenado entre negro y marrón, orejas caídas, pero con las puntas torcidas, como si no pudiera decidir si quería ser un perro alerta o un desastre andante.

Sus ojos, de un castaño profundo, me miraban con una intensidad que no esperaba de un perro callejero. Porque sí, no había duda de que este perro no tenía dueño. Se notaba en su olor, en su apariencia, y después de tanto tiempo trabajando con Della en el refugio, sabía cómo se veía un perro callejero.

—¿Qué? —le solté, sin saber muy bien por qué estaba hablándole.

El perro jadeó, moviendo la cola con entusiasmo, como si acabara de encontrar a su mejor amigo.

—No, no, no —negué con la cabeza, retrocediendo—. No me mires así. No soy tu mejor amigo. Ni siquiera me gustan los perros.

Era mentira, por supuesto.

Miré alrededor, esperando que apareciera alguien corriendo tras él. Nada. Pero ya lo sabía.

Sus patas seguían en mi camisa blanca.

—Baja.

No se movió.

—Te lo digo en serio. Baja.

Movió la cola con más fuerza, como si pensara que esto era un juego.

—¿Sabes qué? Allá tú. Yo me voy.

Me di la vuelta y empecé a caminar.

No había dado tres pasos cuando sentí unas patas gruesas golpeándome por detrás y casi me fui de cara contra la acera.

—¡Maldita sea!

Me giré, y el perro se sentó frente a mí, con la lengua afuera, feliz de la vida.

Nos quedamos mirándonos.

Él ganó, pero solo porque estaba al lado de mi coche, y cuando abrí la puerta, el perro saltó dentro sin que tuviera tiempo de impedírselo.

Intenté llevarlo a un refugio.

Un refugio que no fuera el de Della.

No estaba listo para verla. Aún no había procesado lo de la ecografía, lo nuestro, lo de todo. Así que busqué otra opción.

El único problema era que mi nuevo amigo no cooperaba.

Cuando llegamos al refugio, dejé el motor encendido y abrí la puerta del copiloto.

—Vamos. Baja.

El perro bostezó.

—No, en serio. Baja.

Me miró.

—¿Vas a hacerme esto?

Sus orejas se movieron levemente.

Suspiré y salí del coche para abrirle la puerta desde afuera.

—Vamos, amigo. No podemos hacer esto eterno.
Nada.
Me crucé de brazos.
—Esto es ridículo.
Dio media vuelta en el asiento, se acomodó y apoyó la cabeza en el tablero.
Me pasé una mano por la cara.
—Sabes exactamente lo que estás haciendo, ¿verdad?
Un leve movimiento de cola.
—Mierda.
Cerré la puerta de golpe y golpeé el volante con la cabeza.
Porque sabía lo que esto significaba.
Ahora era el dueño de este perro.

Capítulo 13

Della

Había salido a pasear por el barrio, tal vez porque mi mente estaba demasiado inquieta, demasiado llena de cosas que no quería pensar, o tal vez porque algo en mi interior me empujaba a hacerlo.

La noche era fresca, con ese silencio agradable, tan familiar, que solo se puede encontrar en mi barrio. Caminé sin rumbo, a veces fijándome en las casas, a veces sin prestar atención a nada, hasta que, de repente, algo grande y peludo chocó con mis piernas.

—¡Ah!

Casi pierdo el equilibrio cuando el animal se abalanzó sobre mí, apoyando sus patas en mi jersey y mirándome con un entusiasmo desbordante.

—¿Pero qué…?

Era un perro enorme, con el pelaje despeinado y unas orejas torcidas que le daban un aire de caos encantador. Movía la cola con tanta energía que parecía a punto de despegar.

—¿Y tú quién eres, ¿eh? —murmuré, intentando apartarlo sin éxito.

Él me lamió la mano.

—Bueno, al menos eres amigable y muy insistente.

El perro se dejó caer al suelo de golpe, rodando sobre su espalda con las patas en el aire, como si acabara de decidir que me pertenecía.

Y fue en ese momento cuando escuché una puerta abrirse.

Levanté la vista esperando ver algún niño corriendo tras su perro. Pero no. La persona que salió era Dean. Congelado en el umbral de la casa, con el ceño fruncido y una mirada que pasó de la incredulidad a algo que no supe descifrar.

Mierda.

—Della.

Su voz era grave, como siempre, pero sonaba diferente.

Yo también me quedé inmóvil, con mi mano aún sobre la panza del perro.

—Dean —respondí, casi en automático.

Silencio.

De ese tipo de silencios incómodos donde sabes que hay demasiado por decir, pero nadie quiere ser el primero en hablar.

Por suerte, el perro no tuvo ese problema. Saltó y corrió hacia Dean, chocando con él con la misma energía que había tenido conmigo.

Dean tropezó un poco y gruñó:

—Tank, basta.

—¿Tank? —pregunté, arqueando una ceja.

—No lo mires así, él se puso el nombre solo.

No pude evitar una risa leve.

—¿De dónde salió?

Dean suspiró, pasándose una mano por la nuca.

—Me encontró en la calle. Literalmente. Me derribó y decidió que ahora soy su dueño.

—Así que el gran Dean Cantrell por fin encontró al perro al que no pudo decirle que no.

—Ni a él ni a la maldita gravedad, por lo visto.

Volvió a haber un silencio, pero esta vez no era tan incómodo. Tank movía la cola entre los dos, como si estuviera orgulloso de su obra maestra.

Me mordí el labio, queriendo decir algo más.

Dean también parecía a punto de hablar.

Pero al final, ninguno lo hizo.

Así que me agaché y acaricié la cabeza de Tank.

—Parece que tienes un buen instinto, amigo.

Dean desvió la mirada, exhalando lentamente.

—Sí, parece que sí.

Me levanté lentamente, sacudiéndome las manos después de acariciar a Tank.

—Entonces —crucé los brazos, mirando la casa detrás de él— ¿cómo es que estás aquí?

Dean parpadeó, como si no esperara la pregunta.

—¿Qué?

—Aquí —señalé con la cabeza hacia la casa—. En este barrio.

—Ah. —Se pasó una mano por la nuca, desviando la mirada por un segundo—. Compré la casa hace unos años.

Fruncí el ceño.

—¿Años?

—Sí.

Lo miré con escepticismo.

—¿Y en todo ese tiempo no se te ocurrió mencionarlo?

Dean bufó.

—No sabía que tuviera que enviarte un boletín con mis cambios de dirección.

—No es eso, es solo que —me detuve, sintiendo cómo la sorpresa me golpeaba con más fuerza—. Vives a dos calles de mí, Dean.

Él se quedó en silencio. Luego, encogiéndose de hombros, respondió:

—Supongo que sí.

Lo miré fijamente.

—¿Supongo que sí? ¿Te mudas a mi barrio y lo dices como si fuera la cosa más normal del mundo? Claro, y luego te sorprendes cuando decido que ya no quiero nada contigo. ¡Jesús, Dean!

Dean suspiró, pasándose una mano por la cara antes de soltar:

—No lo planeé, ¿ok? Solo pasé un día por aquí, vi que estaba en venta y es un buen negocio. Nada más.

—¿Un buen negocio?

—Sí. La zona es tranquila, buena ubicación, cerca del centro —hizo una pausa y luego murmuró—. No pensé que importara.

No pensó que importara.

¿Por qué esa frase me hizo sentir un nudo en el estómago?

Joder con Dean.

—Bueno, al menos ahora entiendo por qué Tank decidió atacarme —dije, mirando al perro, que estaba echado en el suelo con la lengua afuera—. Creía que estaba defendiendo su territorio.

Dean bajó la vista hacia él y negó con la cabeza.

—Por favor. Este idiota no defendería nada. Creo que, si alguien entrara a robar, le traería su juguete favorito.

Reí suavemente, aunque aún sentía la incomodidad flotando en el aire entre nosotros y el corazón sangrando allí donde me había clavado el puñal.

Ne pensó que importara.

Dean me miró por un segundo más de lo necesario, como si también quisiera decir algo más. Pero en vez de eso, rascó la cabeza de Tank y murmuró:

—Bueno, fue un encuentro inesperado.

Y una mierda. Apostaba todo el dinero de mi cuenta bancaria a que hubiera preferido que nunca supiera que estaba viviendo tan cerca de mí.

—Sí.

Tank movió la cola.

Y por alguna razón, tuve la extraña sensación de que esto era solo el principio y no exactamente de algo bueno.

Podía guardar secretos de los Cantrell, difícilmente, pero con mucho trabajo lo conseguiría. Pero con Dean viviendo tan cerca, y lo rápido que se movían los cotilleos por este barrio, iba a ser imposible.

No quería marcharme, pero tal vez no me quedaba otra opción. Claramente, si decidía no contarle la verdad a Dean…

No había tomado una decisión todavía.

Me obligué a dar media vuelta y alejarme antes de que mi cuerpo hiciera lo contrario.

No miré atrás. No podía.

El aire nocturno se sentía más pesado mientras caminaba de regreso a casa. Sabía que no había sido casualidad haber terminado en esa calle. Había algo dentro de mí que me había empujado allí.

Dean estaba cerca. Demasiado cerca.

Y tarde o temprano, la verdad que tanto me esforzaba en ocultar iba a alcanzarme.

Cuando llegué a mi puerta, vi una silueta familiar recargada contra la columna del porche, sosteniendo una taza de té humeante entre las manos.

—Hola, Della.

—Buenas noches, Arthur.

Mi vecino me estudió con una sonrisa ladeada.

—Te ves más pensativa de lo normal.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta.

Le di una sonrisa rápida, pero él no se la tragó.

—Debe ser difícil, con todo lo que ha pasado. —Tomó un sorbo de su té—. Tu padre.

No añadió lo que todos sabían, pero nadie decía en voz alta: que la ciudad entera sabía cómo había fallecido Harvey Craig.

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Supongo que sí.

—Y ahora, la vida te pone de nuevo frente a ciertas personas. Curioso, ¿no?

Mi estómago se hundió.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Ya lo sabías?

Arthur soltó una risa grave.

—Della, querida, en este barrio los rumores vuelan más rápido que las palomas en el parque.

Suspiré, masajeándome las sienes.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba.

Todo el barrio sabía sobre mi relación con Dean. Bueno, ex-relación. No mantuve el secreto, pero tampoco hicimos vida social en el barrio. Yo sí, iba a las fiestas, a todo lo que me invitaban mis vecinos, los ayudaba cuando necesitaban, cuidaba a los niños, lo normal entre vecinos. Pero Dean nunca quiso acompañarme a las fiestas.

Llegaba tarde y se iba de madrugada.

Ya.

Dean mantuvo nuestra relación oculta a su familia y amigos, pero también al resto del mundo.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Su tono era amable, pero me atravesó con más fuerza que cualquier acusación.

Porque no tenía respuesta.

Porque todavía no sabía qué hacer.

Porque todo en mí gritaba que corriera en dirección contraria, pero al mismo tiempo, una parte de mí—una parte estúpida, testaruda y nostálgica—quería quedarse.

—No lo sé —admití al final.

Arthur asintió, como si esa fuera la única respuesta que esperaba de mí.

—Bueno, no importa cuánto intentes evitarlo. El destino tiene su propia forma de hacer las cosas.

Solté una risa sin humor.

—¿Y si no quiero lo que el destino tiene para mí?

—Entonces te hará tropezar hasta que te des cuenta de que lo querías desde el principio.

Parpadeé, pero antes de poder responder, él ya se estaba despidiendo con un gesto de la mano y entrando a su casa.

Me quedé allí, bajo la luz tenue del porche, con sus palabras resonando en mi cabeza.

***

Desperté con una sensación horrible en el estómago.

Apenas abrí los ojos, el mareo me golpeó con fuerza, y en menos de un segundo estaba tambaleándome hacia el baño. Me sujeté del lavabo, respirando hondo, pero no sirvió de mucho. La náusea era implacable.

Genial.

Otro comienzo de día espectacular.

Cuando finalmente logré recomponerme, escuché un ruido en la puerta principal.

Gruñidos. Arañazos. Un bufido molesto.

Fruncí el ceño.

¿Qué demonios?

Todavía sintiéndome débil, caminé hasta la entrada y abrí la puerta, solo para encontrar a Tank, sentado en mi porche como si fuera su nueva casa.

El muy descarado me miró con aire de suficiencia, la lengua afuera y la cola moviéndose lentamente.

—¿En serio? —murmuré, cruzándome de brazos.

Tank gimoteó como respuesta, como si quisiera decirme que sí, que hablaba en serio.

Suspiré.

Justo en ese momento, Dean apareció caminando rápidamente por la calle, con el ceño fruncido.

Nuestros ojos se encontraron y, por un segundo, el tiempo pareció detenerse.

Él bajó la mirada hacia Tank. Luego volvió a mirarme.

—¿Por qué demonios mi perro está en tu porche?

Parpadeé, incrédula.

—No sé, ¿por qué ha decidido que mi casa le gusta más que la tuya?

Tank movió la cola con entusiasmo, como si me diera la razón.

Yo seguía sintiendo el estómago revuelto, pero lo que realmente me ponía nerviosa era la forma en que Dean me observaba. Como si notara algo diferente en mí, pero no. ¿O sí?

¡Maldita sea! Lavar la ropa no fue una de mis prioridades en los últimos días y anoche no encontré ningún camisón en mi cajón. Me fui a la cama vestida con una de las camisetas de Dean que él había olvidado en mi casa.

Justo cuando pensé que podía salir de esto sin dar explicaciones, el mareo volvió a golpearme de lleno y me dio arcadas ahí mismo, en el porche.

Dean dio un paso adelante, su expresión pasó del desconcierto a la preocupación en un instante.

—Della, ¿estás bien?

Levanté una mano, indicándole que no se acercara.

—Estoy perfectamente —dije con voz tensa, antes de girarme y correr de vuelta al baño.

Cuando regresé, sintiéndome débil y con ganas de que la tierra me tragara, Dean seguía allí, pero dentro de mi casa, esperando en el pasillo.

Tank estaba echado a sus pies, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Dean me miró con el ceño fruncido, los brazos cruzados, y con esa expresión terca que conocía demasiado bien.

—Della —Su voz sonó más seria esta vez—. ¿Desde cuándo te sientes así?

¿Qué podía decir? No estaba preparada para la verdad, así que mentí.

—No es nada. Algo que comí, supongo —respondí rápidamente.

Tank bufó.

¡Maldición! Mi mentira no era convincente ni siquiera para el perro.

Dean no se movió. No dijo nada. Pero su mirada hizo que mi estómago se revolviera por razones muy distintas a las náuseas.

Y entonces, lo supe.

No podía explicarlo, pero lo supe.

Dean sabía algo.

Y eso me aterraba más que cualquier mareo.

—Lo sabes —dije.

Lo vi en sus ojos, no pudo esconderlo o tal vez no quiso.

—¿Cómo lo has averiguado? —pregunté cuando su silencio comenzaba a enfurecerme.

Dean sostuvo mi mirada sin pestañear.

No intentó negarlo. No intentó suavizarlo.

—Bueno, sobre el testamento, tengo que darle gracias a Rhett, que me envió una copia —dijo al fin, con voz controlada.

Mi estómago se hundió.

Por supuesto. Rhett. Mi hermano y su inagotable necesidad de arreglar mi vida. Claro, pero aún me quedaba un secreto que, tal vez, con un poco de suerte, podría mantener algún tiempo más.

—Eso no es lo que he preguntado —respondí.

Dean apretó la mandíbula, y su mirada se volvió más intensa. Demasiado intensa.

—Rose me lo dijo, y me parece curioso averiguar las cosas importantes de otras personas y no de ti.

—¿Rose?

Asintió, sin apartar los ojos de mí.

No podía ser.

Pero ¿por qué diablos se lo había contado?

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunté, cruzándome de brazos para no temblar.

—Desde ayer.

—¿Por qué no me dijiste algo anoche? —susurré.

Dean exhaló lentamente.

—Porque quería ver si confiabas en mí lo suficiente como para decírmelo tú.

El peso de sus palabras me golpeó con la misma fuerza que un puñetazo.

Tragué saliva, sintiendo la garganta cerrada.

Tank gimoteó en medio del silencio, ajeno a la tormenta que se estaba formando entre nosotros.

—Della —Dean bajó un poco la voz, su postura cambiando levemente—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Tú por qué crees que no lo hice, Dean? ¿Acaso mereces saberlo después de pasar los últimos cinco años de mi vida tratándome como si fuera nada más que un cuerpo caliente en tu cama? Oh, sí, en mi cama, porque la tuya es sagrada —dije, y con cada palabra, mi sangre se calentaba más—. ¡No sabes nada sobre mí! Ni cuándo es mi cumpleaños, ni cuál es mi comida favorita.

—Sé más de lo que crees —se defendió él.

—No, no, saber dónde y cómo tocarme para hacer que me corra no cuenta.

—Sé que Pallet es la empresa que suministra la comida para los gatos y Lettap son los proveedores de acero, sé que tú siempre te equivocas y cada mes tengo que revisar tus pedidos. —Sé que… —Dean hizo una pausa, y su pecho subió y bajó con una respiración pesada—. Sé que cuando estás nerviosa, juegas con la manga de tu suéter hasta que la tela empieza a deshilacharse. Sé que odias la menta en los postres, pero la soportas cuando Mary te los ofrece porque no quieres hacerla sentir mal. Sé que prefieres el café negro, pero solo en la mañana, porque por la tarde te gusta con leche y una pizca de canela, aunque digas que no te gusta.

Mi corazón tamborileó en mi pecho.

—¿Y qué? —murmuré, sin saber por qué mi voz sonó más temblorosa de lo que quería.

Dean dio un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Sé que te mordías las uñas cuando estabas estresada, pero dejaste de hacerlo porque a tu papá no le gustaba, y que lo haces cuando crees que nadie te está viendo. Sé que odias los globos porque te asustan cuando explotan. Sé que, aunque intentas fingir que no te importa, siempre te importa.

—Para ya —susurré, pero no sonó como una orden. Sonó como un ruego.

Porque odiaba esto.

Odiaba que él hubiera estado prestando atención todo este tiempo.

Odiaba que sus palabras me afectaran.

Odiaba que, después de todo, él sí me conocía.

Dean negó con la cabeza.

—No, no voy a parar. Porque quiero que entiendas que, aunque no te lo dije antes, aunque fui un idiota con muchas cosas, nunca fuiste solo un cuerpo caliente en mi cama, Della.

Mis labios se separaron, pero no salió ningún sonido.

Tank gimoteó y empezó a mover la cola, golpeándome la pierna con su entusiasmo desubicado.

—No es suficiente —logré decir al final, la voz apenas un susurro.

Dean asintió, sus ojos oscuros estudiándome.

—Lo sé.

Su aceptación me dejó helada.

—¿Y entonces qué quieres?

—Quiero que me digas la verdad —respondió sin dudar—. ¿Alguna vez pensaste en decirme lo del bebé?

El golpe fue directo al estómago.

Cerré los ojos por un segundo.

—No lo sé.

—¿Y ahora?

Tragué saliva, mi corazón latiendo desbocado.

Porque esa era la verdadera pregunta.

¿Y ahora qué demonios iba a hacer?

No lo sé.

La respuesta me salió en un susurro, pero la duda me devoraba. Dean me observaba fijamente, como si esperara algo más de mí. Algo que no podía darle, no podía seguir dándole.

—No sé, Dean. ¿Qué quieres escuchar? —dije finalmente, mi voz tensa, mientras mi corazón se aceleraba por la mezcla de rabia y miedo que me recorría.

Él dio un paso más cerca, sin dejar de mirarme, pero su mirada no era de reproche; era de… ¿preocupación?

—Quiero que me digas la verdad. Si alguna vez pensaste en decírmelo. Si alguna vez me pensaste en mí como algo más que un simple problema.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—¡Claro que pensé en ti, Dean! Pensé en ti todos los malditos días —gruñí, mis puños apretándose involuntariamente—. Pero también pensé en cómo me trataste. Pensé en cómo me dejaste en las sombras. Pensé en cómo me disté a entender que nunca me ibas a dar un lugar en tu vida. ¿Y ahora me pides que confíe en ti?

Dean no se movió, pero su rostro se tensó, como si las palabras le dolieran más de lo que quería admitir.

—No quiero que confíes en mí —dijo, la voz más baja ahora, más controlada—. Quiero que me dejes demostrarte que puedo ser algo más. Que puedo ser algo bueno para ti.

—¿Algo bueno? —reí, pero no de una forma divertida, más bien amarga—. ¿Sabes lo que es bueno, Dean? Ser escuchada. Ser tenida en cuenta. Ser tomada en serio. Eso es bueno.

Mi pecho se alzó y bajó rápidamente, el enojo y el miedo llenándome de golpe.

—Tú no me diste eso. No me diste un lugar en tu vida, ni cuando estábamos juntos ni ahora. No sé por qué maldita razón tendría que confiar en ti.

Dean apretó los dientes, y su mirada se volvió aún más decidida, más dura.

—¿Sabes por qué? Porque yo nunca dejé de quererte.

La bombilla en mi cabeza se apagó en un instante.

¿Quererme? ¿Ahora me decía que me quería?

—Eso no es suficiente, Dean. A lo mejor, antes sí. Pero ahora no.

Dean me miró, sin moverse, pero había algo en sus ojos que me dolía más que sus palabras. Algo que nunca había querido ver, algo que me aterraba.

—Entonces, ¿qué quieres de mí, Della? —preguntó.

¿Qué quería? ¿Qué podía decirle?

Nada que no tuviera ya claro, nada que no nos hubiera dejado ir a los dos hace tanto tiempo.

—Quiero… quiero seguir adelante —dije, mi voz quebrándose por un segundo antes de que pudiera controlarme—. No necesito que seas parte de mi vida, ni ahora ni nunca.

Tank se levantó, movió la cola y se acercó a Dean, como si también quisiera poner fin a la conversación, pero eso no cambiaba lo que estaba pasando.

—¿Y el bebé? —preguntó Dean, la palabra colisionando en el aire como un golpe directo.

Me quedé en silencio, sintiendo la presión de su mirada y el peso de sus palabras.

No sabía qué responder.

Lo único que sabía era que no lo quería cerca de mí.

Ahora no.

Más tarde… tal vez.

Capítulo 14

Della

La puerta del refugio se abrió con un pequeño crujido, y el sonido de las campanitas sobre ella hizo que levantara la vista. Estaba organizando unas cajas de suministros.

No esperaba ver a Dean esta mañana; de hecho, no esperaba verlo para nada después de nuestra última conversación.

Sostenía un café y no tenía ni idea de que era justo como a mí me gustaba. Y es que sí, se me había olvidado de que Dean solía comprarme café cada vez que venía al refugio. Estuve tan centrada en lo que él no me podía dar que no vi lo que sí hacía.

—Pensé que te vendría bien.

Lo dijo de la forma más casual que pudo, aunque su tono era más suave de lo normal.

No contesté de inmediato. Observé el café, luego mis ojos se alzaron hacia los suyos.

¿Qué era lo que pretendía? ¿Conquistarme, ser mi amigo? No lo sabía y tampoco quería averiguarlo justo en ese momento, así que acepté el café con una pequeña inclinación de cabeza.

—Gracias —dije.

Se quedó en la puerta, mirándome un segundo, antes de dar un paso hacia el interior. Y luego otro hasta llegar a mi escritorio y posar la taza de papel sobre una pila de papeles.

—Te recuerdo que tienes que pagarle al proveedor de los suministros —dijo.

—Lo sé —respondí—. Estoy al tanto, Dean. Ya lo tengo apuntado.

Una sensación incómoda flotaba en el aire.

No era ni de rabia ni de indiferencia. Yo trataba de no mostrar demasiado de lo que ocurría en mi mente y en mi corazón, de no ceder a la vulnerabilidad.

Y él, no sé.

Probablemente quería asegurarse un lugar en la vida del bebé.

—Solo quería recordártelo —respondió con una media sonrisa—. Pero si necesitas ayuda con eso, con cualquier cosa, sabes que puedes contar conmigo.

No respondí de inmediato.

—Gracias por el café, Dean —dije.

El silencio entre nosotros se extendió un poco más, y me encontré observando las cajas de suministros apiladas en el rincón. Tenía mucho trabajo pendiente: organizar las cajas, arreglar un lío que uno de los voluntarios había hecho con el papeleo, tenía que entregar un diseño antes del fin de semana.

Y yo estaba agotada.

—Della, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? —me preguntó.

Levanté la vista, mirándolo. Al principio, no dije nada, pero luego, con un leve asentimiento, mis labios se curvaron en una pequeña, casi imperceptible sonrisa.

—Con el refugio, sí, lo sé, Dean —dije tristemente—. Pero con el resto, todavía no lo sé.

Mis palabras se quedaron colgando en el aire entre nosotros. Quería decir algo más porque lo que veía en sus ojos era algo nuevo, ¿tristeza? Pero no lo hice. Estaba claro que nuestra relación había terminado, pero no completamente.

Algo quedaba, pero no sabía cómo íbamos a seguir de ahora en adelante.

—Entiendo —respondió al fin, más para sí mismo que para mí.

Y, sin más, se dio la vuelta y salió del refugio.

Dejé salir un largo suspiro mientras miraba la puerta por la que había salido. Una parte de mí deseaba correr detrás de él y pedirle ayuda.

¿Podía arriesgarme a dejarlo entrar de nuevo en mi vida?

Pero había otra pregunta aún más importante: ¿lo necesitaba en mi vida? ¿Valía la pena el sufrimiento por el simple hecho de tenerlo en sus términos?

***

El timbre sonó, rompiendo la tranquilidad de la mañana.

Me quedé quieta, envuelta en la suavidad de mis sábanas. No esperaba a nadie. No quería ver a nadie. Quería seguir metida en mi cama con mi libro.

Pero el timbre sonó de nuevo y me levanté. Cogí el cárdigan de lana y me lo puse mientras bajaba las escaleras. Que sí, que estábamos en verano, pero yo tenía el frío metido en los huesos. Llevaba semanas sin poder calentarme totalmente.

Cuando abrí la puerta, entendí que el frío era el menor de mis problemas.

Dean. Con Tank sentado a su lado, moviendo la cola como si esto no fuera un desastre en proceso.

—Buenos días, Della —dijo con una media sonrisa.

Mi estómago se hundió mientras lo miraba, frunciendo el ceño. ¿Le había dado a entender que estaba bien con él apareciendo en mi puerta cada día?

—¿Qué haces aquí, Dean?

—Quiero que vengas conmigo.

Sacudí la cabeza.

—Tenemos que hablar —dijo.

—No creo que tengamos nada más que decirnos —respondí, y era verdad, por lo menos en este momento no.

Más tarde, sí.

—Entonces tú escucharás. Solo ven.

Rodé los ojos y crucé los brazos.

—No.

—¿Qué tal esto? —Se inclinó ligeramente hacia adelante, su voz bajando un tono—. Si vienes conmigo, prometo que te responderé cualquier pregunta que me hagas.

Mis labios se entreabrieron.

No me fiaba de él. Pero maldita sea, lo conocía demasiado bien. Y si estaba dispuesto a responder preguntas, significaba que iba en serio.

—Dame cinco minutos —dije, empujando la puerta, pero a medio camino recordé que tenía que ducharme, así que la abrí—. Mejor veinte. Puedes prepararte un café. Ya sabes dónde está todo.

Subí las escaleras acompañada del ruido que hacía Tank al inspeccionar mi casa. Solo esperaba que no rompiera nada.

Al bajar, los encontré en la cocina, y Tank no arruinó nada, pero no podía decir lo mismo de Dean, que me había ensuciado la cocina.

—Lo recogeré mientras desayunas —dijo.

Miré los platos colocados sobre la mesa y tuve que dar un paso atrás. Y luego otro, porque era mejor no ver la comida. Tortillas de huevos al estilo francés, que era la especialidad de Dean, yogur con frutas y tostadas.

Era mi desayuno favorito, pero ya no.

—¿No vas a sentarte? —preguntó.

—Solo si quiero vomitar, y la verdad es que me basta con hacerlo a primera hora de la mañana —dije.

Dean no dijo nada. Lo vi dudar, mirando entre la comida y el frigorífico, pensando.

—¿Qué puedes tomar? No puedes estar así, sabes cómo te pones si no comes —dijo finalmente.

—¿Te arrepientes de haberme invitado a ir contigo? —pregunté.

—No, para nada —mintió, o eso pensaba yo.

—Café, hay un bote nuevo en el armario.

—Ah, el que lleva la etiqueta "mierda" —dijo divertido, pero caminando hacia la cafetera —. El descafeinado no es café, no sé qué es, pero café no es. La abuela lo tomó durante un tiempo y dijo que prefería beber agua caliente con azúcar que esa cosa horrible. Ahora está tomando té. Tiene como mil cajas en la despensa, deberías preguntarle sobre ello.

Dean habló mientras preparaba el café y lo ponía en una taza para llevar.

Luego, mientras seguía contándome sobre los diferentes tipos de té que había probado, obligado por Eliza, recogió la cocina en tiempo récord.

De repente, me encontré sentada en su coche, de camino a no sabía dónde.

El camino fue silencioso, salvo por el murmullo del motor y el sonido ocasional de Tank moviéndose en el asiento trasero. Me había gustado el Dean hablador, me había sorprendido y me preguntaba qué estaba detrás de todo eso, y lo eché de menos, pero no sabía cómo traerlo de vuelta.

¿Preguntar sobre su trabajo, sobre Eliza?

Al final, no me decidí y mantuve la boca cerrada mientras la ciudad quedaba atrás y las casas eran reemplazadas por árboles y colinas. Cuando finalmente Dean se detuvo, estábamos frente a una cabaña de madera, sencilla pero bien cuidada.

El aire era más frío aquí, como si el tiempo se moviera más lento.

—¿Dónde estamos? —pregunté, bajando del coche.

Dean se quedó un momento en silencio, observando la cabaña como si estuviera viendo algo que yo no podía ver.

—Aquí fue donde entendí lo que significaba perderlo todo.

Mi estómago se retorció. Sabía a lo que se refería, a pesar de que Dean nunca hablaba de sus padres. Era demasiado pequeña cuando ocurrió la tragedia, pero cuando conocí a Archer, me lo contó y también (por mi vergüenza, hay que reconocerlo) lo busqué en los noticieros viejos.

—Ven.

Lo seguí, mis botas crujiendo sobre la hojarasca seca. Entramos a la cabaña, y el interior era bonito, incluso acogedor, y se veía como si alguien estuviera viviendo ahí.

Dean metió las manos en los bolsillos.

—Yo tenía seis años cuando murieron.

Ya lo sabía.

El aire en mis pulmones se volvió pesado.

—Dean…

—Recuerdo ese día como si fuera ayer. No sé qué me pasaba ese día, tal vez, de alguna manera, sentía lo que iba a pasar. No quise comer en todo el día, le respondí mal a mi madre e ignoré a mi padre cuando vino a despedirse antes de salir a cenar. Me negué a darle un beso a mi madre, aunque ella sí me dio uno, en la frente, y me susurró: "Te amo, mi pequeño guerrero".

Cerró los ojos un segundo y yo quise hacer lo mismo, además de tapar mis oídos para no escuchar el dolor de su voz.

—Me fui a la cama enfadado con ellos sin saber la razón, y cuando desperté, mi mundo había desaparecido.

Dean no me miró al decirlo. Se quedó con la vista fija en el suelo, como si estuviera viendo otra cosa, algo que yo no podía alcanzar.

—No recuerdo cómo me lo dijeron —continuó, su voz más ronca, como si hablara sobre otra persona, otro niño—. Sé que fue mi abuela, pero no recuerdo sus palabras. Solo recuerdo la sensación. El vacío. Recuerdo el olor del café que alguien dejó en la mesa, el crujido de la madera cuando se sentó frente a mí. Recuerdo a Archer sentado a mi lado, con la cara pálida y los ojos rojos, pero no sé si lloró. No lo recuerdo.

Apenas respiraba, su dolor parecía vivo y tenía el poder de atraparme a mí también. La cabaña estaba en completo silencio, solo el sonido del viento contra los árboles interrumpía la quietud.

—Pasé años preguntándome si fue culpa mía —continuó él, soltando una risa seca, sin rastro de humor—. Si tal vez fue porque no quise despedirme bien de ellos, si fue porque los alejé con mi actitud. Como si un niño de seis años pudiera invocar el destino solo con enfadarse. Pero eso pensaba. Eso pensaba cada vez que la casa estaba en silencio, cada vez que miraba el coche de mi abuela y me imaginaba a mis padres dentro del suyo, atrapados, sin poder volver.

Sentía un nudo en la garganta y, aunque pudiera hablar, no lo haría. No era mi momento de hablar.

—Nunca se lo conté a nadie. No a mi abuela, no a mis hermanos. Archer era el mayor, parecía llevar el peso del mundo sobre sus hombros, Beau ni siquiera lo recuerda. Nadie necesitaba saber lo jodido que estaba por dentro. Así que lo enterré. Como hice con todo lo demás. Como hice contigo.

Se quedó en silencio un momento, y cuando al fin me miró, sentí que me faltaba el aire. Había algo en sus ojos, una mezcla de cansancio, culpa y algo más profundo, algo que llevaba años intentando ignorar.

—No quería quererte, Della —admitió, con una honestidad brutal—. Porque sabía que, si lo hacía, si lo admitía siquiera por un segundo, significaba que un día podría perderte también. Y no creo que pueda sobrevivir a eso otra vez.

Sentí un latido punzante en el pecho. Sabía que debería decir algo, hacer algo, pero no podía moverme. No podía hacer más que mirar a Dean, a ese hombre que alguna vez pensé que no tenía miedo de nada.

Que ahora me confesaba que el miedo lo había consumido toda su vida.

Él soltó un suspiro, pasó una mano por su rostro y murmuró:

—Y, sin embargo, aquí estoy.

Tank gimió suavemente desde su rincón, como si sintiera la tensión en el aire. Dean bajó la mirada hacia el perro, luego hacia mí, y finalmente, sin esperar respuesta, se dejó caer en el sofá con la cabeza apoyada en sus manos. Como si por primera vez en mucho tiempo, estuviera permitiéndose sentirlo todo.

No lo pensé. Me acerqué a él y me senté a su lado. No dije nada, no intenté encontrar las palabras perfectas porque sabía que no existían. En lugar de eso, deslicé mi mano sobre la suya, entrelazando sus dedos en un gesto silencioso de consuelo.

No para arreglarlo, porque algunas heridas nunca sanan del todo, sino para que no tuviera que sostener todo el peso solo.

Dean no se movió al principio, pero luego giró la mano y la apretó con fuerza, como si necesitara aferrarse a algo tangible. Sentí el temblor leve en su agarre y supe, sin que él lo dijera, cuánto significaba ese contacto.

—No estás solo, Dean —susurré finalmente, mi voz apenas audible sobre el sonido del viento.

Él cerró los ojos un momento, respiró hondo y, sin soltar mi mano, apoyó la cabeza en mi hombro.

No pude contenerme más. Lo acerqué más y me recliné en el respaldo del sofá. Al principio, no hice nada, solo permanecí allí, sintiendo la presencia de Dean a mi lado, observando la forma en que sus hombros subían y bajaban con cada respiración pesada.

Después, con toda la delicadeza del mundo, extendí una mano y la deslicé por su espalda en un roce casi imperceptible. No esperaba una reacción inmediata, pero cuando sentí el más leve temblor bajo su palma, supe que había hecho lo correcto.

—No fue tu culpa, Dean —murmuré al fin.

Él soltó una risa baja, amarga.

—Eso es lo que todos dicen. Pero dime, ¿qué sabe la gente? No estuvieron ahí. No sintieron lo que yo sentí.

Cerré los ojos un momento, tratando de contener la oleada de emociones que se arremolinaban en mi interior.

—Tal vez no —dije con suavidad—. Pero yo sí sé lo que es vivir con la culpa. Con la sensación de que todo lo que haces o dejas de hacer puede cambiar el rumbo de la vida de alguien más. Sé lo que es preguntarte una y otra vez si podrías haber hecho algo diferente.

Dean levantó la cabeza y me miró. Sus ojos estaban enrojecidos, pero no había lágrimas. No, Dean Cantrell no lloraba. Pero yo podía ver todo lo que sentía reflejado en su mirada.

—¿Cómo lo haces? —preguntó él con voz ronca.

—¿El qué?

—Seguir adelante. Con todo. Con la pérdida de tu padre, con lo que te hice yo, con… todo.

Suspiré.

—No lo sé —admití—. Hay días en los que me siento atrapada en el mismo círculo de siempre, en los que dudo de cada decisión que he tomado. Pero luego sigo. No porque tenga todas las respuestas, sino porque detenerme sería peor.

Dean no respondió de inmediato. Pasaron varios segundos antes de que murmurara:

—Siempre has sido más fuerte que yo.

Negué con la cabeza.

—No es cuestión de fuerza, Dean. Es cuestión de decidir qué hacer con el miedo.

Tank gimió de nuevo, y esta vez se levantó, apoyando la cabeza sobre la pierna de Dean. El gesto pareció sacarlo de su ensimismamiento. Con un suspiro profundo, pasó una mano por el pelaje del perro y luego me miró de nuevo.

—¿Y qué pasa si el miedo nunca desaparece?

Me tomé mi tiempo antes de responder.

—Entonces lo cargas contigo —dije finalmente—. Pero no dejas que te controle.

Hubo un largo silencio después de eso. Uno que no se sintió incómodo, sino lleno de entendimiento.

Finalmente, Dean asintió, como si, por primera vez en mucho tiempo, estuviera considerando la posibilidad de que, tal vez, solo tal vez, no tenía que enfrentar todo solo.

Tank movió la cola, y supe que, sin importar qué pasara después, íbamos a estar bien. Ahora.
Tal vez para siempre.

Capítulo 15

Della

Me desperté con una punzada extraña en el abdomen. No era exactamente dolor, pero tampoco era normal. Me quedé quieta, con la mano sobre el vientre, esperando a que pasara.

Las emociones del día anterior fueron intensas. A pesar de que no quería, amaba a Dean con toda mi alma y no podía dejar de pensar en el niño de seis años que había perdido a sus padres, que había cargado durante todos esos años con el peso de la culpa.

Tal vez solo era una molestia pasajera, pero entonces sentí la segunda punzada, más fuerte que la primera.

El miedo se instaló en mi pecho de inmediato.

No. No, no, no.

Me incorporé con dificultad y traté de respirar hondo, pero mi cuerpo no cooperaba. Un sudor frío me cubrió la piel cuando otra punzada me obligó a doblarme sobre mí misma.

Esto no era normal.

Busqué mi teléfono con manos temblorosas y, sin pensar demasiado, marqué el número de Dean. No el de Rhett, que, después de la última vez, sabía lo que iba a hacer: llamar una ambulancia.

No quería estar sola.

No quería tener miedo sola.

Él contestó al segundo timbre.

—Della.

El sonido de su voz me dio un alivio instantáneo, pero el miedo seguía ahí, atrapado en mi garganta.

—No me siento bien —admití, odiando lo temblorosa que sonaba mi voz.

Hubo un segundo de silencio. Luego, su tono cambió por completo.

—¿Qué pasa? ¿Son las náuseas?

—No, Dean. Duele —susurré.

—¿Dónde estás?

—En casa. No sé qué está pasando, pero algo no está bien.

—Voy para allá.

Colgó sin preguntar más.

Dejé caer el teléfono sobre la cama y cerré los ojos. Conté mis respiraciones, intentando calmarme. Pensé que conseguiría levantarme y vestirme. Pero no.

Escuché el sonido de un coche frenando en seco frente a la casa. Luego, los pasos apresurados de Dean subiendo las escaleras. Dean no tenía una llave de mi casa, pero sabía dónde guardaba una. Debajo del tercer tiesto de flores del porche.

—Della.

Apenas pude moverme y me encontró sentada en la cama, con una mano sobre el vientre y el miedo escrito en cada rasgo de mi rostro.

No hizo preguntas. Cogió el cárdigan de mi cama y me ayudó a ponérmelo. Luego me tomó con cuidado, como si fuera de cristal, y me ayudó a ponerme de pie. Pero el dolor hizo que

me doblara de nuevo.

—Vamos al hospital —gruñó Dean.

No discutí.

Me dejé llevar en brazos hasta el coche de Dean, donde me quedé en silencio mientras él conducía como si intentara escapar de las garras del infierno o corría directamente hacia allá. No estaba segura.

Fue mi día de suerte, y era un día flojo en el hospital. Medio minuto después de que Dean me llevara en brazos, ya nos estaban guiando hacia una sala de consulta.

El médico fue claro: nada grave, pero mi cuerpo estaba enviando señales de alarma que no podía seguir ignorando. Me explicó que había sufrido una amenaza de aborto debido al estrés y el esfuerzo excesivo. Aunque el bebé estaba bien por ahora, el dolor abdominal y las contracciones leves indicaban que mi cuerpo estaba al límite. Si no me cuidaba, si no descansaba como debía, el riesgo de complicaciones aumentaría.

Por complicaciones quería decir que podía perder a mi bebé.

El embarazo fue una sorpresa, pero quería ser madre. ¿Qué importaba que mi vida estuviera patas arriba? Mi bebé iba a tener la infancia perfecta que yo no tuve.

—Reposo absoluto durante al menos dos o tres semanas —insistió el médico—. Nada de esfuerzo, nada de estar demasiado tiempo de pie. Cualquier dolor intenso o sangrado, vienes de inmediato.

Yo estaba decidida a cuidar a mi bebé y a mí misma. Dean... pues no sabía qué era lo que él pensaba porque se limitó a estar ahí conmigo, a salir de la consulta cuando se lo pidieron las enfermeras y volver cuando le dijeron que podía entrar, a escuchar en silencio las recomendaciones del médico, a ayudarme a sentarme en la silla de ruedas.

El bebé estaba bien. Eso era lo importante.

Dean no habló en todo el camino, condujo mucho más despacio que antes y justo cuando me preparaba para decirle que me apetecía un rollito de canela, dijo:

—Vendrás a vivir conmigo.

Parpadeé, sin estar segura de haber escuchado bien.

—¿Qué?

Apretó la mandíbula, pero su voz se mantuvo firme.

—Lo que escuchaste. No puedes quedarte sola en casa, no en estas condiciones. Vendrás a vivir conmigo.

Abrí la boca para protestar, pero él me cortó antes.

—O... —hizo una pausa y desvió la mirada hacia mí por un segundo— puedes decirme que prefieres que yo me mude contigo.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Me estaba dando una opción. Pero ninguna de las dos incluía que él se alejara.

—Me lo pensaré mientras vas a comprarme un rollito de canela de esa tienda de la esquina —dije.

Me miró y había algo en su mirada, nuevo e increíblemente intenso, que hizo que mi corazón latiera con más fuerza.

Detuvo el coche frente a la tienda y bajó.

—Mejor compra dos —dije antes de que cerrara la puerta. Dean entró en la tienda sonriendo y sacudiendo la cabeza.

Creo que compró más, porque regresó con una bolsa grande que guardó en el asiento de atrás. Olía tan rico que no pude aguantar y la cogí antes de que Dean pudiera arrancar.

Sí, más de un rollito de canela. Donuts y pequeños bizcochos.

—Hay un té ahí que dicen que es muy sano y seguro para el bebé —dijo Dean.

Mientras le daba un mordisco a mi rollito, pensé que no, lo sentí, lo supe con total seguridad: mi vida estaba de camino a ser lo que siempre había deseado.

***

Nunca había odiado tanto.

Nunca en mi vida había odiado tanto estar quieta.

Llevaba exactamente tres días de reposo, y ya sentía que me iba a volver loca. Mi cuerpo pedía moverse, hacer algo útil, lo que fuera. Pero cada vez que intentaba levantarme más de la cuenta, aparecía Dean, mirándome con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Ni lo pienses —dijo cuando me descubrió tratando de alcanzar un libro en la mesita de noche.

—Solo quiero leer.

—Dímelo y yo te lo alcanzo.

—Puedo hacerlo yo sola.

—¿Puedes? —Alzó una ceja y cruzó los brazos—. Porque la última vez que intentaste hacer algo por ti misma, nos diste un susto a los dos.

Bufé, frustrada.

Pero tenía razón. La primera noche quise caminar al cuarto de baño sola (porque sí, me daba vergüenza pedírselo a Dean) y tuve que sentarme en el suelo porque sentí un poco de dolor. No mucho, solo un poco, pero ahora que sabía que podía pasar, el miedo me paralizaba.

Terminé en el suelo. Esperando. Rezando. Dean llegó para comprobarme y eran dos de la madrugada. Obviamente se asustó y luego me regañó.

Aunque eso no cambió mucho mi situación. Estaba más o menos como una prisionera, atada (bueno, no) a mi cama, con Dean a mi entera disposición (bueno, no).

Verás, la primera noche durmió en la habitación de invitados, pero después del susto decidió (él, no me preguntó a mí) que era mejor dormir en el sillón de mi dormitorio. Lo intentó, pero él era grande y el sillón pequeño e incómodo.

Yo tampoco pude descansar, así que le dije que dejara de hacer el tonto y que se metiera en la cama.

—¡Por Dios, Dean! No has dormido muchas noches conmigo, pero hicimos muchas cosas juntos en esta cama, incluso lo que nos llevó a estar en esta situación. Ven a dormir y deja de hacernos perder el sueño a los dos.

No fue lo mismo y tampoco pude dormir, porque estaba pendiente de cualquier dolor y de los movimientos de Dean. No quería tocarlo, no quería que pensara que quería algo más.

Y así es como llegamos a este momento, Dean sonriendo de lado, divertido con mi mal humor, y acercándose a la mesita.

—¿Cuál quieres?

Señalé un libro con un gesto brusco y me recosté contra las almohadas.

—Gracias, niñera.

—De nada, princesa.

Rodé los ojos, pero no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

Dean había tomado su papel de cuidador con una dedicación absurda.

Cada mañana, antes de que yo despertara, ya tenía el desayuno listo. Y no cualquier

desayuno: avena con frutas, tostadas con aguacate, jugo natural. Todo lo que, según él, era bueno para el bebé, pero que a la madre le sentaba fatal y casi no tocaba.

Pero lo intentaba y estaba agradecida por ello.

Cada tarde, se aseguraba de que tuviera todo lo que necesitaba: libros, series, incluso me compró un cuaderno nuevo para escribir cuando se dio cuenta de que leer y ver televisión no eran suficientes para mí.

Cada noche, me ayudaba a ducharme.

Eso había sido un tema complicado. La primera vez que me recordó que no podía ducharme de pie, casi lo echo de la habitación.

—No necesito ayuda para bañarme —protesté, sintiéndome completamente avergonzada.

Dean, sin inmutarse, solo se encogió de hombros.

—Genial. Porque no planeo meterte en la bañera.

Me llevó una silla pequeña al baño y ajustó la temperatura del agua antes de señalarla con la cabeza.

—Siéntate y tómate tu tiempo. Yo me quedo afuera, pero si necesitas algo, me llamas.

No quise admitir lo mucho que me había aliviado eso.

—Te estás acostumbrando demasiado a esto —le dije un día, cuando me trajo la cena a la cama.

Dean sonrió y se sentó a mi lado.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que me gusta hacerlo.

Mi corazón se saltó un latido.

Pero antes de que pudiera decir algo, él se acomodó contra la cabecera de la cama, tomó mi libro de la mesita y, con total naturalidad, comenzó a leer en voz alta.

Me quedé mirándolo, sin saber qué hacer con esa sensación cálida que se instaló en mi pecho.

Tal vez, solo tal vez, esto de que me cuidara no era tan terrible después de todo.

***

El cuarto día de mi encierro, la visita de Eliza me tomó completamente por sorpresa.

Estaba acostada en el sofá (sí, le había puesto ojitos tristes a Dean y aceptó bajarme al salón por un rato) con las piernas cubiertas por una manta y Tank acurrucado a mis pies, cuando sonó el timbre. Dean fue a abrir, y apenas lo hizo, la voz cálida y firme de su abuela llenó la casa.

—Espero que no hayas convertido este lugar en un desastre, Dean Cantrell.

—¿Yo? —respondió él con falsa indignación—. ¿Acaso no confías en mí?

Eliza bufó.

—Confío en que eres un hombre con prioridades cuestionables.

No pude evitar reír, lo que hizo que la mujer dirigiera su mirada hacia mí.

—Della, querida —dijo, acercándose con los brazos abiertos—. No sabes lo feliz que estoy de verte.

El abrazo de Eliza fue como estar en refugio cálido y seguro. Me sostuvo con firmeza, y cuando me aparté, sus ojos me recorrieron con atención.

—¿Cómo has estado? Archer solo dijo que Dean necesita unos días para ayudarte a recuperarte.

No supe qué decir.

—Bien —dije.

Eliza no se dejó engañar, debió leer la expresión de mi rostro.

Sus ojos sabios, los mismos que habían visto más pérdidas de las que cualquier persona debería soportar, se posaron en mí por un largo momento.

Y entonces, vi la sorpresa en sus ojos, luego los vi humedecerse y brillar con emoción.

¡Dios! Primero Rose y ahora Eliza, ¿acaso esta gente tenía superpoderes o qué?

No preguntó nada. No exigió explicaciones. Solo tomó mis manos entre las suyas y apretó con suavidad.

—Oh, cariño…

Me mordí el interior de la mejilla, sin saber qué decir.

Pero no necesitaba decir nada.

Eliza me abrazó de nuevo, más fuerte esta vez, y cuando se apartó, vi algo en sus ojos que me hizo apretar los dientes, algo que vi el día de la boda de Archer con Margot.

Felicidad.

Pura y genuina felicidad.

Era como si algo en su vida volviera a encajar. Como si este bebé, sin siquiera haber nacido, ya estuviera sanando partes de su corazón que llevaban años rotas.

Me tragué el nudo en la garganta y miré a Dean, que observaba la escena en silencio, con las manos en los bolsillos y una expresión que no supe descifrar.

Eliza se aclaró la garganta y me acarició la mejilla.

—No voy a hacer preguntas —dijo suavemente—. Pero cualquier cosa que necesites, aquí estoy.

Y lo decía en serio.

Asentí, sin poder hablar.

Eliza sonrió y miró a Dean de reojo.

—¿Y tú? ¿Estás haciéndolo bien?

Dean soltó un suspiro dramático.

—Mejor de lo que esperaba.

—Eso es lo que me preocupa.

Nos reímos los tres, y por un momento, con Eliza sentada en el sillón y Dean a mi lado, todo pareció estar en paz.

Como debía ser.

Después de que Eliza se marchara, la casa quedó en silencio. Un silencio bueno, cargado de algo que no podía nombrar, pero que me gustaba.

***

Al día siguiente, Dean estaba en la cocina, limpiando y recogiendo por segunda vez. Vamos, que limpiaba sobre limpio, y no hacía falta ser adivino para saber que algo le pasaba. Yo lo observaba desde el sofá, con una sensación incómoda en el pecho.

Había algo en su forma de moverse, en la manera en que sus hombros se tensaban, que me decía que estaba pensando en algo. Algo que no sabía cómo decirme.

No hacía falta. Ya lo sabía.

Estaba cansado de jugar a la casita, de cuidarme como si fuera un bebé. Claro, cualquiera se cansaría. Dean no estuvo a mi lado cuando estaba bien; esperar que lo estuviera ahora era como pedirle peras al olmo.

—¿Dean? —pregunté, rompiendo el silencio que amenazaba con ahogarme.

Se giró hacia mí, sus ojos claros atrapándome en el acto.

—¿Hmm?

Tragué saliva, sintiendo que de repente mi valentía se había evaporado.

—Nada —murmuré, bajando la mirada.

Pero él se movió.

Sentí su presencia antes de verlo. No se sentó, no dijo nada. Solo se quedó allí, a un paso de mí, como si estuviera esperando algo.

Cuando alcé la vista de nuevo, su expresión me desarmó. No había arrogancia ni fastidio, solo una intensidad cruda, una emoción atrapada en sus pupilas que hizo que mi respiración se volviera más pesada.

—Della —gruñó.

Me estremecí.

—¿Qué?

Él negó con la cabeza y suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—Nada.

—No, dime —insistí, con el corazón latiéndome en las costillas.

Se quedó callado un segundo más, como si estuviera debatiéndose, y luego sus ojos recorrieron mi rostro con una suavidad que me dejó sin aliento.

—No sé cómo lo hacía antes —admitió—. No sé cómo pasaba tiempo contigo sin quererte tocar cada maldito segundo.

Mi piel se encendió con el peso de sus palabras.

—Dean.

Se agachó frente a mí, apoyando un brazo en el respaldo del sofá, acercándose apenas unos centímetros. Podía sentir su respiración rozándome la mejilla, cálida y tentadora.

—Dímelo y me alejo —murmuró, su voz más baja, más profunda—. Solo dime que no quieres esto.

No respondí.

No podía.

Porque lo quería.

Quería hundirme en su pecho y olvidar todo lo que había pasado antes. Quería dejarme llevar por la forma en que me miraba, como si fuera algo precioso, como si lo estuviera destruyendo y salvando al mismo tiempo.

Sus dedos rozaron mi mejilla, trazando un camino de fuego hasta mi mandíbula.

Y justo cuando creí que iba a ceder, que no me importaría nada más que la sensación de sus labios rozando los míos y el sonido del timbre rompió la burbuja.

Salté en mi sitio, mi pulso desbocado. Dean cerró los ojos un segundo, maldiciendo por lo bajo, antes de apartarse lentamente.

—Tienes que estar bromeando —gruñó, frotándose la cara con ambas manos.

Solté el aire en un suspiro tembloroso, aún atrapada en la intensidad del momento.

Otro timbrazo.

Dean se puso de pie, mirándome con algo que parecía frustración y resignación.

—Voy a matar a quien sea que esté en la puerta.

Me reí, todavía sintiendo el calor en mis mejillas, y le lancé una mirada de advertencia.

—No puedes hacer eso.

—Puedo considerarlo.

Pero cuando abrió la puerta, miró por un segundo antes de mirarme a mí y decir:

—Estoy considerando llevar a cabo el plan de tu padre.

No supe a qué se refería hasta que vi la sonrisa radiante de Margot y la expresión burlona de Archer.

No, Dean no iba a matar a su hermano ni a su cuñada. Ni por todo el dinero del mundo.

Archer se acercó y se inclinó para darme un beso en la mejilla y un abrazo corto. Incluso me susurró al oído:

—Enhorabuena.

Había esperado algo de incomodidad porque nuestra última conversación no terminó en buenas condiciones, pero por lo visto, llevar en mi vientre a otro miembro de la familia Cantrell borraba cualquier disgusto.

Margot imitó a su marido y me entregó una bolsa de papel de una marca de ropa infantil.

—No quería, ¿vale? Pero Rose insistió y es imposible decirle que no —explicó Margot.

Algún día tenía que sentarme y conocer mejor a Rose, pensé, mientras abría la bolsa. Dentro había un vestido blanco y rosa. De niña, obviamente.

Mis ojos se encontraron con los de Dean por encima del vestido. Ninguno dijo nada, pero tampoco hacía falta.

Una niña.

—¿No ibas a preparar la comida? —le dijo Margot a su marido.

Archer asintió y se llevó a Dean a la cocina, y por preparar quiero decir que iban a poner en platos el contenido de las bolsas que habían traído. Lo bueno es que era de mi restaurante favorito. Lo malo es que lo quería ya.

Margot se dejó caer en el sofá junto a mí con un suspiro exagerado.

—Por fin un poco de paz —dijo con una sonrisa pícara—. ¿Cómo va la vida de reina en reposo absoluto?

Rodé los ojos.

—Me estoy volviendo loca.

Margot soltó una carcajada y me ofreció una bolsa de papel.

—Esto es de mi parte, soborno para perdonarme por el regalo de Rose.

—Tranquila, no estoy enfadada. No sé si debería estar preocupada por cómo sabéis algo que nunca le dije a nadie o por saber algo que nadie sabe todavía.

Sí, le pregunté al médico, pero dijo que el bebé no se dejaba ver. Entonces, ¿cómo sabía Rose que era una niña?

—Bueno, Rose es Rose. A veces cree que es bruja y otras veces… no sé, un zombi. Nunca se sabe con ella.

Sonriendo, abrí la bolsa y me encontré con una selección de revistas, una caja pequeña de bombones y otra mucho más grande con frascos de esmalte de uñas.

—No puedes hacer mucho, pero al menos puedo hacerte las uñas —dijo con un guiño.

No pude evitar sonreír.

—Gracias.

Mientras Margot sacaba los esmaltes y discutíamos sobre qué color me quedaría mejor, en la cocina se escuchaba el sonido de platos y el murmullo de voces masculinas.

—¿Crees que Archer realmente está ayudando o solo está dándole órdenes a Dean? —pregunté con diversión.

Margot se encogió de hombros.

—Probablemente ambas cosas. ¿Cómo se está portando el enfermero Cantrell?

Bajé la mirada a mis uñas mientras ella comenzaba a pintarlas.

—Sorprendentemente bien.

Margot arqueó una ceja.

—¿Sorprendentemente bien?

—No sé, pensé que se desesperaría o se hartaría rápido. Pero ha sido paciente. Cuida cada detalle.

Margot sonrió, satisfecha.

—Eso significa que le importas.

No respondí, pero la idea se quedó flotando en mi cabeza.

Antes de que pudiera decir algo más, Archer apareció en la puerta con una expresión divertida.

—Della, ¿cómo has sobrevivido todos estos años con la forma en que Dean se convierte en un ogro en la cocina?

Margot y yo nos reímos.

—Yo te lo diría, pero estoy segura de que no quieres saberlo.

—Entendido —dijo Archer y regresó a la cocina.

Margot terminó de pintarme las uñas justo cuando Dean apareció en la puerta con una bandeja de comida.

—Della no puede sentarse a la mesa, así que va a cenar en el sofá —declaró como si fuera una orden absoluta.

Margot me miró con una ceja levantada.

—Mira tú qué mandón se ha vuelto.

Dean le lanzó una mirada, pero ella solo sonrió.

—Está bien, está bien. ¿Y mi bandeja?

—Aquí, amor —dijo Archer, que llevaba otra bandeja.

Unos minutos después estábamos todos comiendo. Dean sentado en el sofá a mi lado, Archer en el sillón y Margot había preferido sentarse en el suelo y apoyar la bandeja en la mesita de café.

A pesar del hambre y del olor rico que desprendía la comida, no pude comer mucho. El nudo que sentía en la garganta era demasiado molesto.

Era esto lo que había deseado durante tanto tiempo. Yo y Dean. Cenas con amigos, con familia. La conversación fue entretenida a pesar de mi silencio y de la poca colaboración de Archer (él era así siempre). Margot era divertida y Dean, de una extraña manera, también.

Los estaba mirando a los dos y me veía a mí misma con Rhett, como si fueran hermanos y más o menos lo eran. Pero la velada terminó pronto.

Margot me dio un beso en la mejilla y me sonrió.

—Nos vemos pronto, ¿vale? Y no te estreses.

—Lo intentaré.

Archer y Margot se despidieron, dejándonos a solas.

Dean se sentó junto a mí y cogió la bandeja de mis manos. No dijo nada sobre el hecho, más que obvio, de que no había comido casi nada.

—Sé que estás cansada de estar encerrada, pero vas a tener que aguantar un poco más —dijo en voz baja.

—Lo sé —suspiré.

No me gustaba, pero haría cualquier cosa por mi bebé.

Capítulo 16

Della

El teléfono sonó y lo agradecí porque estaba aburrida. Cuando vi el nombre en la pantalla, suspiré.

Respiré hondo antes de contestar.

—¿Señorita Craig?

El abogado de mi padre tenía una voz impersonal, profesional, y de alguna manera me recordaba a mi padre. La misma frialdad.

—Sí —dije.

—Solo llamaba para recordarle que el plazo para tomar una decisión sobre la herencia sigue en marcha. Le quedan aproximadamente dos meses.

Ya. Lo sabía.

También sabía que Rhett le había dejado claro al abogado que no debía molestarme más con llamadas.

No había tomado una decisión definitiva, y que me lo recordara no ayudaba.

—Lo sé —respondí.

—Si necesita discutir detalles o tiene dudas sobre los términos, estaré encantado de ayudarla.

—Gracias.

Colgué antes de que pudiera decir algo más. No quería hablar de esto. No quería pensar en esto.

Pero cuando levanté la mirada, vi a Dean en la puerta del salón. No sé cuánto tiempo llevaba allí, pero por su expresión, suficiente para haber escuchado más de lo que me gustaría.

—¿Quién era? —preguntó.

—El abogado. Quería recordarme que el tiempo corre y yo no he tomado una decisión.

Dean entró en la habitación, su mirada fija en mí.

—¿Y qué piensas hacer?

Aparté la mirada.

—No lo sé.

Era la verdad más pura que podía darle.

—¿No lo sabes o no quieres pensarlo? —Su voz era tranquila, pero había un filo en sus palabras, como si estuviera tratando de contenerse.

—Es complicado, Dean.

—No, no lo es. —Dio un paso más hacia mí—. Sé que el dinero no es un problema para ti. Ni para mí. Pero cumplir con las condiciones del testamento no es una mala idea.

Me tensé.

—¿No?

—No, Della. Piensa en ello. Si estamos juntos, no tenemos que pelear por nada en el futuro —soltó, directo—. No quiero lidiar con papeleos innecesarios en cuanto a nuestra hija.

Abrí la boca, pero él siguió antes de que pudiera interrumpirlo.

—Casarnos es lo mejor que podemos hacer.

El mundo pareció tambalearse por un instante.

—¿Qué?

—Sería lo más práctico. —Su voz se mantuvo firme, aunque algo en su mirada me decía que esto no era tan simple para él—. Tendríamos los mismos derechos sobre el bebé. No habría disputas legales, ni problemas con el apellido, ni incertidumbres en el futuro.

Mi respiración se volvió superficial.

—Dean…

—Della, quiero hacer esto bien.

Me quedé en silencio.

No porque no entendiera lo que decía. Lo entendía demasiado bien.

Y justo por eso me aterraba.

Mi silencio se alargó demasiado.

Dean apretó la mandíbula, su postura se volvió rígida.

—Ya veo.

—No es lo que crees.

—¿No? Porque lo que parece es que ni siquiera puedes considerar la idea.

No quería que lo entendiera así.

Pero ya era tarde.

Dean se pasó una mano por el cabello y dejó escapar un suspiro.

—Creí que… —Sacudió la cabeza—. No importa.

Dio un paso atrás, y fue entonces cuando lo supe.

Lo supe antes de que siquiera abriera la boca para decirlo.

—Mejor me voy.

—Dean, espera…

—No. —Su mirada se clavó en mí, intensa y herida—. No voy a quedarme aquí esperando tu perdón, que veo que nunca va a llegar.

Y entonces, sin más, se dio la vuelta y salió por la puerta.

Y yo me quedé allí, con la garganta cerrada y el pecho ardiendo con todo lo que no había sido capaz de decir.

El silencio en la casa se sentía más pesado tras la partida de Dean. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que la puerta se cerró detrás de él, pero parecía una eternidad. Mi cabeza era un caos de pensamientos, ninguno lo suficientemente claro como para darles sentido.

Entonces, el timbre sonó.

Fruncí el ceño. No esperaba a nadie. Tal vez Dean había cambiado de opinión, pero él tenía una llave, ¿no?

Despacio, sin hacer movimientos bruscos, me levanté del sofá y fui a abrir.

Era Rose, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la diversión y la paciencia infinita.

—Rose, qué sorpresa —dije.

—Sí, seguro. —Rose alzó una ceja y se coló dentro sin esperar invitación—. ¿Cómo estás, cariño?

Me encogí de hombros y me dirigí de nuevo al sofá, con el mismo cuidado de antes. Rose me siguió, observándome con atención.

—Ajá. No necesitas decir nada, ya lo veo todo en tu cara. —Se sentó a mi lado y chasqueó la lengua—. Déjame adivinar… Dean dijo algo razonable, tú entraste en pánico, él se lo tomó como un rechazo y ahora estás aquí, sola y miserable.

Bufé.

—No estoy miserable.

—No, claro que no. —Rose sonrió con ese brillo en los ojos que siempre significaba que sabía mucho más de lo que decía—. Solo pareces una viuda en pleno luto. Y él seguro que anda por ahí con cara de perro apaleado.

Apreté la mandíbula.

—Esto no es tan simple como crees.

—No, nada que involucre sentimientos lo es —concedió ella, encogiéndose de hombros —. Pero eso no significa que tengas que complicarlo más de lo necesario.

Suspiré, frotándome las sienes.

—Me pidió que me casara con él.

Rose asintió, sin sorpresa.

—Bueno, eso era predecible.

—¿Predecible? —La miré, incrédula—. No, Rose. No es predecible. No cuando toda nuestra relación fue un desastre desde el principio. ¿Cómo se supone que me case con alguien que nunca me dio lo que realmente quería? Que siempre tuvo miedo de admitir lo que sentía hasta que ya no tenía otra opción.

Ella me estudió en silencio un momento y luego sonrió con dulzura.

—Della, cariño ¿y si en realidad no es que no lo quisiera, sino que no sabía cómo?

Abrí la boca, pero no supe qué responder.

Rose aprovechó mi silencio para continuar.

—Hay personas que aman con facilidad, sin miedo. Y luego están las que aman como si les quemara la piel. Como si cualquier paso en falso pudiera destruirlas. Y tú y Dean son de esos. Pero aquí estás, embarazada de su hijo y todavía aferrándote a la idea de que él no merece saber lo que siente por ti, solo porque se tardó en admitirlo.

Mi pecho dolía, y no tenía nada que ver con el embarazo.

—Tengo miedo, Rose —murmuré, más para mí misma que para ella.

Ella sonrió, pero esta vez con ternura.

—Lo sé. Pero la pregunta es, ¿tienes más miedo de perderlo o de quedarte con él?

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo el peso de sus palabras. Porque ya conocía la respuesta. Y Rose, con su infinita sabiduría, también.

Me hizo compañía durante algunas horas. Pedimos algo de comer y vimos una película. Se fue, pero antes insistió en ayudarme a prepararme para dormir.

Estaba en la cama, intentando leer cuando escuché pasos en el pasillo. No podía ser otra persona que Dean.

Lo vi en el umbral de la puerta, su expresión era dura, impenetrable, con esa determinación fría que solo había visto en él cuando decidía cerrar una puerta y nunca volver a abrirla.

Tank entró primero, moviendo la cola y corriendo hacia mí como si no hubiera pasado un solo día lejos. Me cubrió de lametones, hundiendo su hocico en mi regazo mientras yo le acariciaba la cabeza, agradeciendo que al menos él pareciera feliz de verme.

—No voy a volver a hablarte de matrimonio. No voy a pedirte nada que no quieras darme —dijo Dean, con la voz baja, serena, pero sin rastro de calidez.

Mis dedos se congelaron en el pelaje de Tank.

—Dean

—Solo vamos a ser los padres de nuestra hija. Eso es todo.

Sentí el peso de sus palabras como un golpe en el pecho.

—Eso no es todo lo que hay entre nosotros —susurré, pero él ni siquiera reaccionó.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que no te falte nada, para que el bebé tenga la mejor vida posible. Pero no esperes más de mí, Della. No más peleas, no más discusiones. No más de lo que ya hay.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Y qué es lo que ya hay?

Dean tardó un segundo en responder. Cuando lo hizo, su voz fue aún más baja.

—Tú eres la madre de mi hija, y yo soy su padre. Nada más.

Y eso fue todo.

Me quedé mirándolo, tratando de encontrar algún indicio de que no hablaba en serio, pero lo único que vi fue a un hombre que ya había tomado su decisión.

El mismo hombre que en los últimos días solía mirarme como si fuera lo más importante de su vida, ahora me veía como si fuera un mero trámite. Y entonces supe que Dean Cantrell se había alejado de mí por completo. Para siempre.

Tank gimió suavemente y apoyó la cabeza en mi pierna.

Dean se pasó una mano por la nuca, como si aquello le pesara más de lo que quería admitir. Luego, sin más, recogió su bolsa que, por alguna razón, seguía en el suelo de mi dormitorio y entró en la habitación de invitados.

A la mañana siguiente, Dean llamó a mi puerta para preguntarme si necesitaba ayuda. Me di cuenta de que el hombre que me había cuidado hasta ahora ya no existía, tenía delante a un desconocido.

Ya no era el hombre que había estado durmiendo a mi lado, el que me traía tazas de té caliente o me sujetaba la mano sin decir una palabra cuando las noches se volvían demasiado largas. Ese Dean había desaparecido. En su lugar, quedaba alguien frío, distante.

Hacía todo lo correcto. Se aseguraba de que comiera, de que descansara. Me ayudaba a moverme cuando lo necesitaba, pero nunca se quedaba más tiempo del necesario. No me miraba demasiado, y cuando lo hacía, sus ojos eran impenetrables.

La primera noche que durmió en la habitación de invitados, sentí que se me partía el corazón. Era estúpido, había pasado años sin compartir cama con él, pero ahora la ausencia pesaba como una lápida.

Intenté no pensarlo demasiado. Intenté decirme que estaba bien así, que era lo mejor. Pero cada vez que lo escuchaba moverse por la casa sin acercarse, cada vez que lo veía con Tank, agachado junto al perro mientras le rascaba las orejas en silencio, cada vez que lo sorprendía frotándose la sien como si estuviera agotado de algo más que del día, quería gritar.

—Dean —dije una mañana, cuando lo vi de pie en la cocina, apoyado contra la encimera con una taza de café en la mano. Pero él ni siquiera levantó la cabeza.

—Tienes que tomarte las vitaminas —dijo simplemente, antes de girarse y salir de la habitación.

Me abracé a mí misma, a punto de echarme a llorar. Esto no podía seguir así, no podía vivir. Fui detrás de él y lo encontré en el salón, de espaldas, mirando por la ventana. Me senté, no porque lo necesitara, sino porque, a pesar de que no había vuelto a sentir molestias, tenía miedo.

Y entonces, antes de que tuviera tiempo de decir algo, llamaron a la puerta.

Me tomó un segundo darme cuenta de que Dean no se movía. No hizo ni el más mínimo ademán de ir a abrirla, así que me levanté lentamente del sofá.

—No te levantes —dijo, con voz neutra, casi distante.

Me tensé, pero me quedé donde estaba mientras él se dirigía a la puerta. No necesitaba preguntar quién era. Solo Rose tocaba el timbre con tanta insistencia.

Y efectivamente, al abrirse la puerta, la voz de Rose llenó el aire.

—¡Por fin! Pensé que nos harías esperar toda el maldita día.

Beau soltó una carcajada detrás de ella.

—Dijiste que querías darles unos minutos para que se prepararan.

—Dije que les daría tres minutos. No media hora.

Rose entró como una tormenta, quitándose la chaqueta. Su mirada pasó rápidamente de Dean a mí, y su expresión se suavizó apenas.

—Cariño, ¿cómo te sientes?

Me forcé a sonreír.

—Bien, solo aburrida.

—Sí, me imagino. Debes estar a punto de escalar las paredes o de cometer un asesinato.

Beau se acercó y dejó una bolsa sobre la mesa.

—Margot mandó esto. No sé qué es, pero pesa demasiado para ser algo insignificante.

Cogí la bolsa y, medio minuto después, descubrí que Margot me había enviado un móvil para cuna. Rosa, con hadas.

Era precioso.

—¿Ya has decidido cómo vas a decorar la habitación del bebé? —preguntó Beau.

No, no habíamos hablado de eso. Y ahora Rose me miraba con más intensidad, como si pudiera ver dentro de mi cabeza.

Sentí la mirada de Dean sobre mí. Fría. Distante.

—No hemos hablado de eso —dije al final, mi voz apenas un murmullo.

Rose no dijo nada, pero vi cómo apretaba los labios. Vi su mirada pasar de mí a Dean, a la distancia que nos separaba, a la rigidez de sus hombros.

Me conocía, a pesar de llevar tan poco tiempo en mi vida.

Entonces sonó el timbre.

Otra vez.

Capítulo 17

Della

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Si es alguien más, juro que me tiro por la ventana.

—No puedes —dijo Rose sin levantar la vista de sus uñas—. Reposo absoluto, ¿recuerdas? Además, ¿no decías que estabas aburrida?

La miré de reojo, pero ella sonrió con inocencia fingida. Beau se encogió de hombros desde su lugar en el sofá, como si toda la situación fuera perfectamente normal y no estuviera sentado en medio de una tormenta emocional a punto de estallar.

Dean estaba apoyado contra la pared, los brazos cruzados, con expresión pétrea. Llevaba poco tiempo siendo frío, distante, meticulosamente educado, y yo quería de vuelta al hombre que solía dormirse con su mano sobre mi vientre.

El timbre sonó de nuevo, con más insistencia.

—Yo abro —gruñó Dean antes de que alguien más pudiera moverse.

Rose me lanzó una mirada de advertencia antes de recostarse cómodamente en el sofá, como si estuviera a punto de disfrutar de un espectáculo.

Y vaya si lo tuvo.

Porque en cuanto la puerta se abrió, la voz de Rhett resonó en la entrada.

—Ya puedes irte, Cantrell. Yo me encargo de mi hermana.

Mi estómago se hundió.

No le había dicho toda la verdad a mi hermano, solo que tuve un pequeño accidente y que necesitaba guardar reposo, que Dean me ofreció su ayuda. Me llamó ayer, cuando estaba de mal humor y enfadada con Dean, con toda la situación, y le dije que ya no quería nada de los Cantrell.

Y por lo visto, eso fue lo que necesitaba mi hermano para subir a un avión y venir a patear a Dean fuera de mi casa y de mi vida.

Desde mi posición en el sofá, solo vi la espalda tensa de Dean. No se movió ni un centímetro.

—¿Disculpa? —su voz fue baja, peligrosa.

—Has hecho lo que debías, gracias. Puedes largarte —repitió Rhett, cruzando el umbral como si fuera el dueño del lugar.

Su tono era desenfadado, pero su mirada afilada se posó en Dean con intención.

Hombres… es que…

—No recuerdo haberte pedido ayuda —dije, cruzándome de brazos.

Rhett me sonrió.

—Pues qué suerte que vine de todas formas. Voy a quedarme en la ciudad. He decidido aceptar la herencia de papá.

Silencio.

Asombro.

Rhett no necesitaba el dinero, además, no quería nada de nuestro padre. ¿Qué había pasado?

Rose y Beau compartieron una mirada. Obviamente, ellos no sabían nada sobre el testamento y las condiciones. Beau no, pero con Rose no se sabía.

Dean se quedó inmóvil.

Yo no podía procesar lo que acababa de escuchar. O sea, nada me haría más feliz que tener a mi hermano en la misma ciudad, pero… ¿quedarse?

—¿Vas a quedarte en la ciudad? —preguntó Rose, con una ceja arqueada.

Rhett suspiró como si todo el asunto fuera una molestia.

—Sí, y también me voy a casar —respondió mi hermano.

Miré a Rose y luego a Rhett. ¿Cómo es que estos dos se conocían?

—Enhorabuena, ¿quién es la afortunada? —su voz era pura diversión, pero sus ojos tenían un brillo afilado.

Rhett sonrió con suficiencia.

—No lo sé todavía. Pero supongo que no será difícil encontrar a alguien dispuesta a casarse conmigo por la cantidad de dinero adecuada.

Rose chasqueó la lengua.

—¿Vas a comprarte una esposa?

—Es por el testamento —le expliqué a Rose.

Ella me miró con el ceño fruncido antes de preguntar a Rhett:

—¿Y Scarlet?

Se hizo un silencio espeso. La mandíbula de Rhett se tensó.

—Ella no es una candidata. Antes me casaría con un puercoespín.

Rose sonrió como si acabara de ganar un premio.

Dean aclaró su garganta y, finalmente, se movió.

—Buena suerte con eso, Craig —dijo con una frialdad glacial antes de salir de la sala, con Tank siguiéndolo de cerca.

Lo vi desaparecer por el pasillo, sintiendo el peso de lo que acababa de ocurrir. Porque tenía la sensación de que Dean se iba de verdad.

Y eso me aterraba.

Y eso pasó.

Ni dos minutos después, Dean apareció en la entrada de mi casa con la maleta y se marchó. No me miró. No me preguntó si necesitaba algo. No quiso saber si estaba bien.

Nada.

Pronto después, la puerta también se cerró tras Rose y Beau, y el salón quedó en un silencio extraño. Rhett se giró hacia mí, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, como si estuviera evaluando cuánto y qué le había ocultado.

—Della, ¿qué demonios está pasando?

Suspiré, sintiéndome de repente agotada. Me pasé una mano por la cara y aparté la manta antes de intentar incorporarme. Lo hice lentamente, igual de lento caminé hasta la estantería de libros y cogí mi novela favorita.

Regresé al sofá bajo la atenta mirada de mi hermano.

—Dímelo —insistió.

No quería decirlo, pero cogí el papel que había guardado entre las hojas del libro y se lo entregué a Rhett.

—Estoy embarazada.

Vi cómo la expresión de Rhett cambiaba. Su mandíbula se tensó primero, sus ojos bajaron instintivamente a mi vientre, luego volvieron a mi cara, buscando alguna señal de que

estaba bromeando.

Entonces, por fin, miró el papel.

—Della —su voz apenas fue un susurro.

—No me lo esperaba y definitivamente no lo había planeado —continué, sin darle tiempo a reaccionar—. No se lo dije a nadie hasta que fue inevitable, hasta que pensé que lo perdía.

—¿Cómo?

—Joder, Della. ¿Por qué no me has llamado?

Sentí cómo la culpa se me instalaba en el pecho.

—No quería preocuparte —murmuré.

Él soltó una risa incrédula, un sonido tenso, vacío.

—¿En serio crees que no voy a preocuparme? ¿Que no me importa? —Negó con la cabeza—. Te he cuidado desde que eras un bebé. Eres mi maldita hermana pequeña. Y ahora estás aquí, sola, embarazada, y ni siquiera sabías si decírmelo.

El nudo en mi garganta se hizo más grande.

—No estoy sola.

Rhett alzó una ceja.

—Ah, ¿no? ¿Dónde está él ahora mismo?

El golpe fue certero, directo. No supe qué decir porque Rhett tenía razón. Dean estaba aquí solo cuando le venía bien. Cuando las cosas se ponían difíciles, desaparecía.

Rhett suspiró y luego, sin previo aviso, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia él. Me quedé quieta solo un segundo antes de hundirme en su abrazo.

—Voy a ser tío —dijo.

Y entonces me quebré.

Porque, en medio de todo lo que estaba pasando, en medio del caos de mi vida, de las decisiones difíciles y los miedos, este era el primer momento en el que me sentía a salvo.

Porque, sin importar lo que pasara, siempre tendría a mi hermano.

Después de mi drama, fui a lavarme la cara y regresé a mi sitio en el sofá. Rhett había vuelto a mirar por la ventana, lo cual era algo habitual en él. Eso quería decir que estaba preocupado. Supe en qué estaba pensando cuando se dio la vuelta y preguntó:

—Así que ¿Cantrell?

Me mordí el labio.

—Sí.

Se dejó caer en el sofá junto a mí y pasó una mano por su rostro.

—Así que ¿Scarlet? —pregunté de repente. Su mandíbula se tensó de inmediato, pero no me contestó.

—La vi en la fiesta de Eliza y reconocí el anillo. Lo siento, Rhett, pero le dije algunas cosas. Cosas no muy bonitas, y bueno, ella no se quedó callada. Si no te hubiera roto el corazón, me habría gustado.

Rhett no reaccionó. Durante unos segundos, pensé que iba a ignorarme por completo. Pero luego habló, su voz baja y sin emoción.

—Gracias, ¿creo? Pero prefiero no hablar de ella. Ni ahora ni nunca.

No me sorprendió, pero me dolió por él.

Solté un suspiro y él cambió de tema como si la conversación nunca hubiera ocurrido.

—Voy a necesitar un lugar donde quedarme mientras busco una casa —dijo, mirándome con una sonrisa ladeada—. No pienso vivir en la casa de nuestro padre. Si me caso, será mía, pero ni muerto duermo allí.

Me reí suavemente.

—Así que me estás pidiendo asilo.

—Lo estoy exigiendo. —Bromeó, pero su mirada se suavizó—. ¿Me dejas quedarme aquí un tiempo, pequeñaja?

Mi corazón se apretó. Pequeñaja. Hacía mucho que no me llamaba así.

Asentí.

—Claro que sí, Rhett.

***

La mañana siguiente, el aroma del café llenaba la casa cuando bajé a la cocina. Rhett estaba apoyado en la encimera, con una taza en la mano y una expresión relajada que no le había visto en mucho tiempo.

—Buenos días —dije, mientras me dejaba caer en una silla.

—¿Te he dicho cuánto me gusta tu casa? —preguntó con naturalidad—. Es tan diferente de la casa de nuestro padre.

Alcé una ceja.

—Pero de todos modos vas a casarte para obtenerla —dije.

—Sí, y no es porque quiera cumplir con su último deseo. Es porque quiero coger lo que tanto le importó en la vida y usarlo para lo que más despreció —declaró Rhett.

—¿Y qué pasará con la futura señora Craig?

—Nada. El amor está sobrevalorado, Della, así que trataré el matrimonio como si fuera un negocio.

Negué con la cabeza, sonriendo levemente.

—¿Sobrevalorado?

Él se acercó, dejando su taza sobre la mesa antes de sentarse frente a mí. Me observó por un momento y luego dijo:

—Podrías considerar la propuesta de Dean.

Mis manos se tensaron en mi regazo.

—¿De qué hablas?

Rhett exhaló, inclinándose hacia adelante.

—Solo digo que… como hombre, no me gustaría perderme ningún momento en la vida de mi hijo. Y dudo mucho que Dean quiera perderse la vida de su hija. Porque va a ser un buen padre, Della. Y ese bebé se merece una familia estable, algo que nosotros nunca tuvimos.

Mi garganta se cerró. No supe qué responder.

Rhett me sostuvo la mirada, serio.

—No tienes que amarlo para casarte con él. De todos modos, el amor solo arruina las cosas. Pero podría hacer la vida más fácil para los tres.

Me quedé en silencio, sintiendo el peso de sus palabras.

Porque, aunque no quería admitirlo, sabía que tenía razón.

¿Qué había obtenido durante los últimos años con Dean? El amor que yo sentía por él no significó nada. Solo me trajo dolor y sufrimiento.

Un acuerdo, un negocio como dijo Rhett, podría significar que mi hija tendría una familia de verdad. A su padre, a sus tíos, a todos los Cantrell.

Mientras yo pensaba en la posibilidad de hacerle una oferta a Dean, Rhett no dudó en preparar el desayuno. Me colocó una taza de café en la mesa que ni siquiera toqué.

—¿Quieres ver algunas casas conmigo? —preguntó Rhett mientras se servía más café—. Me gusta la tuya, pero pronto será demasiado pequeña para todos.

Pronto, pronto no, pero sí debía pensar en la habitación del bebé.

—Tengo cita con el médico —murmuré.

Me miró por un segundo antes de preguntar:

—¿Puedo acompañarte?

Asentí y terminamos de desayunar en relativo silencio.

Gracias a Dios me sentía mejor y no tuve que pedirle ayuda a Rhett para ducharme o vestirme, pero sí para ponerme los zapatos.

El viaje al consultorio no fue rápido, ya que dos minutos después de subir al coche recibí un mensaje avisándome de que el médico iba con retraso, y Rhett decidió echar un vistazo a un par de casas a las que le había echado el ojo.

Una estaba en mi barrio, pero estaba en tan mal estado que ni en un año entero conseguiría hacerla habitable. La segunda era demasiado moderna para él, tanto que ni siquiera detuvo el coche para echarle un mejor vistazo, y la tercera estaba en el barrio de nuestro padre, y la descartó al instante.

Cuando llegamos a la consulta, nos hicieron pasar casi de inmediato. El médico miró un poco extraño a Rhett, pero no dijo nada. Se limitó a revisar mis signos vitales, hizo algunas preguntas y luego me pasó a la sala para la ecografía.

—Todo está bien, Della. El bebé está perfectamente. Pero quiero que sigas tomándotelo con calma. Nada de levantar peso, evita el estrés innecesario y, por ahora, sigue descansando lo más posible. Sé que puede ser frustrante, pero es importante.

Asentí, sintiendo un alivio palpable, aunque la advertencia de evitar el estrés me hizo querer reír. Porque, sinceramente, ¿cómo se suponía que iba a hacer eso con la montaña rusa en la que se había convertido mi vida?

Cuando salimos de la consulta, Rhett esperó hasta que estuvimos en el coche para hablar.

—Deberías pensarlo —dijo de repente, sin mirarme.

—¿Pensar qué?

—Casarte con Dean.

Lo miré fijamente.

—Te escuché la primera vez, Rhett. No necesitas repetirlo —dije, algo molesta.

No era una decisión fácil y necesitaba tiempo para tomarla.

—Sí, tengo que hacerlo —dijo, y por una vez su tono fue más serio que nunca—. Mira, no sé lo que pasó exactamente entre ustedes, y no necesito saberlo. Pero sí sé lo que es crecer sin un padre. No se lo deseo a nadie. Y aunque no quieras escucharlo, Dean es un buen hombre. Un buen hombre que quiere a su hija. Además, ¿has visto a esa pequeña criatura que está creciendo en tu vientre, su pequeño corazón latiendo? Ella se lo merece todo: una familia, unos padres que darían la vida por ella.

Apreté los labios porque sabía que tenía razón.

—No digo que lo hagas por él —continuó—. Hazlo por ella.

Sentí un nudo en la garganta, pero no respondí. No porque no tuviera nada que decir, sino porque, por primera vez, no estaba segura de qué quería realmente.

Capítulo 18

Della

El amanecer trajo consigo un aire fresco y una calma engañosa. Después de semanas confinada dentro de la casa, finalmente tenía permiso para salir al porche. Con una manta sobre mis piernas y una taza de té caliente entre mis manos, disfruté del sol matutino filtrándose entre las ramas de los árboles.

Por primera vez en mucho tiempo, el mundo parecía en orden. Había tomado una decisión acerca de mi futuro y el de mi hija… más o menos. Tenía la esperanza de arreglar las cosas con Dean, como dijo Rhett, no por nosotros, sino por nuestra hija.

Entonces vi a Tank.

Apareció trotando por el sendero de grava, pero algo en él estaba mal. Su pelaje, normalmente limpio y bien cuidado, estaba sucio, como si hubiera estado corriendo por el bosque durante toda la noche.

Pero no había un bosque cerca de aquí.

Dejé la taza sobre la mesa con un golpe sordo y me incliné hacia adelante, el corazón latiéndome con fuerza. Tank se detuvo frente a mí y alzó la cabeza, jadeando.

El mundo dejó de girar.

Sentí cómo el miedo se enroscaba en mi pecho, mi respiración se volvió errática. Busqué con la mirada algún rastro de Dean, pero Tank estaba solo.

Tenía que encontrar a Dean porque algo le había pasado. No sé cómo es que lo sabía, pero estaba segura de que Dean estaba en peligro. Me puse de pie y entonces escuché a Rhett.

Me giré y lo vi en la puerta, su expresión soñolienta.

—Buenos días —dije.

—Algo le ha pasado a Dean —dije rápidamente—. Tengo que ir a buscarlo.

Antes de que pudiera moverme, Rhett me detuvo.

—Tú no puedes ir —continuó—. Quédate aquí.

No tuve fuerzas para discutir. Solo asentí y le di la dirección. Lo vi marcharse con largas zancadas al principio, pero al llegar a la esquina ya estaba corriendo.

El tiempo se estiró mientras esperaba, cada minuto sintiéndose eterno. Cuando Rhett regresó, su rostro estaba en blanco, pero lo conocía.

Algo había pasado.

—La casa está patas arriba —dijo con voz grave—. Como si hubiera habido una lucha. Vamos a llamar a la policía.

Los llamó él y luego fue a la casa de Dean a esperarlos. A mí me prohibió marcharme de casa. Para no estresarme más, dijo, pero me encargó avisar a los Cantrell.

De alguna manera, mi casa comenzó a llenarse. Margot y Archer fueron los primeros en llegar, seguidos de Eliza. Beau y Rose no tardaron en aparecer también, la preocupación evidente en sus rostros.

Nadie tenía noticias.

Todos estaban esperando.

Y entonces llegó Scarlet.

El aire pareció cargarse de tensión en el momento en que sus ojos se encontraron con los de Rhett. Ella cruzó los brazos, su postura rígida, como si intentara blindarse contra algo inevitable.

—No tendrías que estar aquí —murmuró Rhett, con una dureza en su voz que nunca había escuchado.

—No podía quedarme al margen —respondió Scarlet, mirándolo fijamente, pero sin acercarse.

Estaba demasiado atrapada en mi propio torbellino de preocupación por Dean como para procesar lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Cuando los agentes de policía llegaron a mi casa, comenzaron a hacer preguntas. La casa de Dean estaba acordonada como escena del crimen e incluso trajeron perros para buscar pistas entre el caos.

Scarlet, que hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano, se acercó a uno de los oficiales y le mostró algo. Fue entonces cuando vi la placa en su cinturón.

—¿Eres FBI? —pregunté, incrédula.

Scarlet suspiró y asintió.

—Lo soy.

Me sentí aliviada de que alguien con experiencia estuviera en el caso. Además, ahora sabía que Scarlet era la hermana de Rose, y bueno, Rose era mi amiga. De alguna manera, nuestras diferencias no importaban ahora, no cuando la vida de Dean corría peligro.

Porque sí, Dean estaba en peligro. Solo desaparecido.

—¿Qué es lo que sabemos? —preguntó Scarlet al detective con una confianza impresionante.

El detective se aclaró la garganta antes de decir:

—Si hubo una pelea, no hay sangre visible, lo que es extraño. También encontramos huellas de neumáticos fuera de la casa, parece que se llevaron a Dean en un vehículo. Y lo más alarmante —Se interrumpió, sacando un papel plastificado con una fotografía. —Esto estaba en su sala.

Tomé la imagen con manos temblorosas. Mi estómago se revolvió cuando vi el rostro de mi padre, Harley.

—Eso no tiene sentido —susurré. —Mi padre está muerto.

—Exacto —dijo Scarlet con seriedad. —Y si él está muerto, entonces alguien más sigue su legado. Alguien que no está contento con haber fallado con Archer y ahora quiere hacerle daño a Dean.

El silencio en la habitación era sofocante. Sentí que el peso de la verdad caía sobre mí como una losa de concreto. Papá era el principal sospechoso, pero no podía ser él.

—Si no es él —dijo Beau finalmente—, entonces necesitamos averiguar quién tomó su lugar.

No, de ninguna manera.

Me negaba a pensar que mi padre, aun desde su tumba, podría seguir con su locura de destruir a los Cantrell.

Las investigaciones descartaron rápido a mi padre. No había ninguna evidencia que lo vinculara con lo sucedido. Claro, estaba el secuestro de Archer, pero eso no fue planeado, según el testimonio de los hombres de mi padre, que ahora mismo estaban en la cárcel a la espera del juicio.

Además, no tuvo tiempo de planear con tanta antelación y tampoco había dinero. Toda la

fortuna estaba en el banco, bloqueada hasta que cumpliéramos con las condiciones del testamento.

No podía haber sido él quien secuestrara a Dean. A pesar de las ganas que tenía de aferrarme a la idea de que mi padre estaba detrás de todo, la lógica y las pruebas decían lo contrario.

Los días comenzaron a pasar con desesperante lentitud. La policía seguía investigando, pero las pistas no parecían llevar a ninguna parte. Tres cosas eran todo lo que tenían, y ninguna de ellas parecía ser una respuesta clara.

La primera pista era una huella de neumático en la grava cerca de la entrada trasera. No era una huella común, sino de un modelo específico, pero no lograban rastrear a qué vehículo pertenecía. Los investigadores habían intentado seguir el rastro, pero parecía que el automóvil se desvió en alguna parte del camino, como si alguien quisiera confundirlos.

La segunda pista llegó una tarde lluviosa, cuando uno de los oficiales encontró un teléfono móvil parcialmente enterrado en el jardín delantero. Cuando lo revisaron, vieron que estaba apagado y no contenía ninguna información útil, solo algunos números guardados. Entre ellos, un nombre que parecía vagamente familiar: Terry R.

Los oficiales no sabían qué pensar al respecto, ya que no había registros previos de esa persona en las investigaciones. Pero el hecho de que el teléfono estuviera allí, cerca de la escena del crimen, parecía importante.

La tercera pista era la más extraña de todas. Los peritos habían encontrado una pequeña marca en la madera de la mesa de la cocina. Era algo minúsculo, como si alguien hubiera dejado caer algo afilado y hubiera hecho una hendidura en la superficie. A simple vista, no parecía nada relevante, pero después de un análisis más detenido, descubrieron que era el tipo de marca que podía haber dejado una daga, o algo similar, al ser presionado con fuerza.

Con cada día que pasaba, mi desesperación crecía. Las horas se alargaban, las noches eran interminables, y Dean seguía sin aparecer. Nadie sabía nada, nadie tenía ninguna respuesta. ¿Dónde estaba? ¿Quién lo había llevado? ¿Y por qué? La idea de que Dean pudiera estar herido, sufriendo, me carcomía por dentro.

No podía dejar de imaginar lo peor.

Me pasaba los días sentada en mi escritorio, mirando las paredes llenas de notas, mapas y fotos. Todo el caso estaba regado por la habitación, como un rompecabezas del que faltaban piezas. A veces me encontraba mirando la imagen de mi padre, preguntándome si había alguna conexión que no habíamos visto. Pero todo me parecía un callejón sin salida.

Cada vez que veía a Scarlet o a Archer, sus rostros mostraban la misma preocupación que yo sentía, pero no decían nada. Nadie me decía nada. Porque, al final, ninguno de nosotros sabía lo que estábamos buscando. Y esa incertidumbre me estaba destruyendo.

Rhett había puesto en pausa su búsqueda de una vivienda y estaba trabajando en encontrar a Dean. Cuando salía, no me decía nada, pero siempre se aseguraba de no quedarme sola.

Estaba pasando más tiempo con Eliza ahora que en todos los años de relación con Dean.

Aun así, los días pasaban en silencio, y con cada día que Dean seguía sin aparecer, la angustia se me iba apoderando. ¿Serían capaces de encontrarlo a tiempo? O, peor aún, ¿era ya demasiado tarde?

La policía seguía trabajando, pero las pistas no parecían avanzar. Cada día era lo mismo: más reuniones, más teorías, más conjeturas. Y cada vez me sentía más impotente. Dean seguía desaparecido, y las huellas de neumáticos, el teléfono encontrado, la marca en la mesa, todo

parecía llevar a un callejón sin salida.

***

El aire en la habitación era denso y pesado. Las palabras de Rhett flotaban en el aire, llenas de una gravedad que no podía ignorar. "No puedo seguir adelante con esto, hay demasiados riesgos. Necesito terminar con todo." Esa frase, sacada de los correos de Dean, resonó en mi cabeza una y otra vez, martillando mi mente.

—¿Qué significa eso, Rhett? ¿Qué está pasando? —pregunté, sintiendo cómo el pánico comenzaba a apoderarse de mí.

Rhett se pasó una mano por el cabello, frustrado. Sabía que tenía que darme una respuesta, pero las palabras no parecían suficientes para describir el caos que se desbordaba.

—Lo que sé es que Dean estaba involucrado en algo mucho más grande de lo que imaginábamos, Della. Algo peligroso. Estas personas no son cualquier grupo. Tienen conexiones, recursos, y no dudan en hacer daño. —Hizo una pausa, como si cada palabra le costara más de lo que estaba dispuesto a admitir. —Y parece que Dean se dio cuenta de lo que estaba pasando demasiado tarde.

El nudo en mi estómago se apretó más fuerte. Todo lo que pensaba que sabía sobre Dean, sobre nuestra relación, estaba empezando a desmoronarse. Mi mente se llenó de preguntas sin respuesta. ¿Qué había estado haciendo mi hermano? ¿Por qué no me había contado? ¿Cómo había llegado tan lejos?

—¿Tú crees que Dean estaba tratando de salirse? —pregunté, mi voz casi un susurro.

Rhett asintió lentamente, pero no era una respuesta que me tranquilizara.

—Lo que no entiendo es por qué no te lo dijo a ti, Della. Tú eres su hermana. ¿Por qué no confió en ti?

La respuesta se quedó en el aire, no porque no tuviera una respuesta, sino porque la idea de que Dean me hubiera ocultado algo tan importante me desbordaba. Los recuerdos de nuestra relación, de nuestras conversaciones, de cómo él siempre había sido tan protector conmigo… Todo eso se estaba desmoronando a medida que las piezas del rompecabezas de su vida secreta comenzaban a encajar.

—Porque sabía que no podía contármelo, Rhett. Porque, tal vez, sabía que no habría forma de que yo lo entendiera —dije, más para mí misma que para él. Las palabras salían de mi boca como una herida que se abría más y más.

Pero la verdad era otra: yo nunca le importé. Su vida era suya, y no había lugar para mí en ella.

Rhett no respondió de inmediato. Se quedó mirando las notas y las fotos desordenadas sobre la mesa, como si estuviera buscando alguna respuesta en ellas. Finalmente, habló con tono grave:

—Esto está mucho más allá de lo que imaginábamos, Della. Dean no solo estaba en medio de algo oscuro, sino que parece que no había manera de salir. Tal vez fue por eso por lo que intentó cortar con todo antes de que fuera demasiado tarde, pero ya era tarde.

¿Tarde para qué, exactamente? ¿Para qué? La pregunta rondaba mi mente, pero no me atrevía a formularla en voz alta. El temor de lo que podría implicar me paralizaba.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, desesperada por un plan, por algo que me diera alguna esperanza.

Rhett me miró, y por un momento no dijo nada. Simplemente, me sostuvo la mirada, como si estuviera buscando la forma correcta de decir lo que venía. Finalmente, suspiró.

—Ahora tenemos que seguir buscando, Della. Lo que sea que Dean haya hecho, lo que

sea que haya estado intentando hacer, tenemos que encontrarlo antes de que sea demasiado tarde.

Me sentí agotada, más que nunca, pero también con una claridad inesperada. Aunque mi cuerpo no me respondía, aunque la ansiedad me aplastaba el pecho, sabía que no podía quedarme quieta. Si Dean estaba en algún tipo de peligro, tenía que hacer todo lo posible para salvarlo.

—Lo encontraremos, Rhett. No importa lo que cueste. Lo encontraremos. —dije, con una determinación renovada, aunque mi corazón seguía acelerado.

Ahora no solo era cuestión de salvar a Dean, era también tratar de entender la verdadera magnitud de todo lo que había estado oculto. ¿Qué había estado pasando en su vida? ¿Qué tipo de personas se habían involucrado con él?

No era dinero. Quizá algo mucho más importante, o peligroso.

El nudo en mi estómago se apretó hasta doler, y un frío gélido recorrió mi espalda cuando Rhett dijo que había encontrado algo más. Dean le debía algo alguien.

—¿Qué significa eso, Rhett? —pregunté con la voz entrecortada, intentando mantener la calma. —¿Qué le debía Dean? ¿Dinero? ¿Qué tan grande es esta deuda?

Rhett guardó silencio por un momento, como si estuviera tomando tiempo para procesar lo que había encontrado. Escuché cómo exhalaba pesadamente al otro lado de la línea antes de responder.

—No lo sé, Della. Todavía no he podido rastrear exactamente qué es. Pero lo que te puedo decir es que ese pago pendiente está vinculado a algo más profundo. Algo que Dean no podía resolver solo, y por eso se metió en esto. Quizás pensó que podía salir antes de que fuera demasiado tarde, pero si estaba tan cerca de El Ruso, las consecuencias de no pagar esa deuda podrían ser mortales.

Mis manos comenzaron a temblar mientras sostenía el teléfono, la ansiedad me ahogaba. Dean había estado en contacto con alguien tan peligroso, alguien tan impredecible como El Ruso. ¿Por qué? ¿Por qué se había involucrado en algo así? ¿Y qué era tan importante como para que estuviera dispuesto a poner su vida en peligro?

—¿Sabes algo más sobre esa deuda, Rhett? —pregunté, con la esperanza de que él tuviera una respuesta más clara, aunque en el fondo sabía que no era tan fácil.

—No, no aún. Pero he hablado con algunas personas que están familiarizadas con El Ruso. Lo que te puedo decir es que el tipo no juega limpio. Si Dean debía algo eso puede ser la razón por la que lo secuestraron. Tal vez intentó salir, y alguien lo alcanzó antes de que pudiera hacerlo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al escuchar eso.

Lo alcanzaron antes de que pudiera salir.

No podía dejar de pensar en lo que había implicado: alguien había detenido a Dean. Había alguien que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mantener el control, para proteger su negocio oscuro y su red de crimen.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunté, mi voz más firme ahora, aunque la preocupación seguía ardiendo en mi pecho. —¿Cómo encontramos a Dean? ¿Cómo llegamos a El Ruso?

Rhett tardó en responder, y cuando lo hizo, su voz sonaba más grave que nunca.

—Lo que necesitamos ahora es a alguien dentro, Della. Necesitamos infiltrarnos en esa red, en esa organización. Pero es peligroso. Demasiado peligroso. No puedo dejarte ir a ti. Y yo no puedo hacerlo solo.

El peso de sus palabras me aplastó. La idea de que Dean estuviera metido en algo tan grande, tan peligroso, me aterraba. Pero al mismo tiempo, sabía que tenía que hacer algo. No

podía quedarme sentada sin hacer nada, mientras la vida de Dean pendía de un hilo.

—Entonces, ¿qué propones? —dije, respirando profundamente. No iba a quedarme cruzada de brazos.

—Necesitamos un plan, Della. Algo más grande. Algo que nos permita acercarnos sin que El Ruso se dé cuenta. Pero necesito tiempo, y necesito que tú confíes en mí. No quiero que tomes riesgos innecesarios, ¿me entiendes?

Asentí, aunque sabía que mi cabeza estaba llena de planes improvisados, de estrategias que me quemaban en las manos, pero que aún no podía poner en marcha. Si había una posibilidad de salvar a Dean, de liberarlo de esa trampa mortal en la que estaba atrapado, tenía que hacerlo.

—Lo que sea que tengamos que hacer, lo haremos —respondí, más para mí misma que para él, con una determinación que ya comenzaba a calar en mis venas.

En ese momento, supe que no iba a descansar hasta encontrar a Dean. No iba a quedarme esperando. Y, aunque no sabía cómo íbamos a hacerlo, tenía claro que El Ruso no iba a ser quien tuviera la última palabra.

Un pago pendiente. Mi mente se llenó de imágenes oscuras. ¿Qué le debía Dean a esa gente? ¿Qué había hecho para meterse en algo tan terrible? Quería saber la verdad, pero, al mismo tiempo, temía lo que podría descubrir.

—Esto no tiene sentido —susurré —Si estuviera en peligro, ¿por qué no se lo contó a Archer? No entiendo nada de lo que está pasando. Ya no sé quién es Dean. Ya no sé nada.

Rhett suspiró al otro lado de la línea, entendiendo el dolor que sentía.

—Estoy buscando más respuestas, Della. Pero hay algo claro: El Ruso tiene el poder para silenciar a cualquiera que se le cruce. Y Dean estaba metido de lleno en eso.

Mi mente no podía dejar de imaginar lo peor. Dean había estado atrapado en una organización criminal.

¿Por qué?

¿Y si no podía salir?

¿Y si nunca volvía?

Capítulo 19

Della

Scarlet se cruzó de brazos, observando a Rhett con una mirada analítica antes de asentir con la cabeza.

—Está bien. Puedes acompañarme —dijo, ajustando el cinturón de su chaqueta.

Rhett frunció el ceño, visiblemente incómodo con la idea de trabajar con ella, pero no dijo nada. En su lugar, miró hacia mí, como si esperara alguna objeción de mi parte. Pero yo solo quería respuestas.

Y es que Scarlet había venido a decir que sabían dónde iba a tener lugar la siguiente pelea de perros y que El Ruso (qué nombre más tonto) iba a estar ahí. Ella quería ir, pero Rhett también, y ninguno quiso ceder hasta que les dije que, si no iban juntos, entonces iría yo.

—Avísenme si encuentran algo —dije, intentando mantener mi voz firme, aunque mi estómago era un nudo de ansiedad.

Scarlet soltó una leve sonrisa de lado, pero no era de burla, sino de determinación.

—Lo haremos. Pero tú, Della, trata de descansar. No sacarás nada bueno de desgastarte aún más.

Asentí, aunque ambos sabíamos que no lo haría hasta que tuvieran noticias.

Los vi marcharse, con Rhett aun visiblemente molesto y Scarlet con esa calma inquebrantable que tanto me exasperaba. Sabía que, si alguien podía descubrir algo, eran ellos.

El silencio en la casa se volvió sofocante. Me apoyé en la barandilla del porche, mirando la carretera como si en cualquier momento fueran a aparecer con Dean sano y salvo. Pero sabía que no sería tan fácil.

Mi mente no dejaba de repetirme las palabras de Rhett: Dean estaba metido en algo grande. Y ahora, lo habían hecho desaparecer.

Fuera quien fuera el responsable, iba a pagar por ello.

Fallaron.

Scarlet y Rhett no encontraron nada. Bueno, algo ilegal sí, lo suficiente como para tener a toda la policía y el FBI trabajando juntos. Arrestaron a los de la organización y a los clientes, pero nadie sabía nada de Dean.

¡Nadie!

El Ruso tenía en nómina a uno de los mejores abogados de la ciudad y no pasó en la cárcel más de cinco horas. Pagó una fianza millonaria y estaba de vuelta en la calle, donde podía seguir con sus negocios ilegales.

***

El salón estaba en completo silencio.

Lo intentamos, pero poco a poco cualquier intento de conversación murió.

Todos estaban aquí. Habían llegado después de que Scarlet hubiera enviado un mensaje diciendo que tenía noticias.

Primero llegó Eliza, que ahora estaba sentada con la espalda recta, su mano sobre la mía y los ojos llenos del miedo que sentía. El mismo miedo que me había envuelto a mí desde que leí

el mensaje y que amenazaba con quitarme la respiración.

Beau y Rose estaban sentados juntos, con los dedos entrelazados, como si necesitaran sostenerse el uno al otro.

Margot se abrazaba a sí misma, y Archer tenía los puños apretados sobre sus rodillas. Rhett, de pie junto a la ventana, no dejaba de mirar hacia fuera como siempre. Nunca le pregunté si alguna vez encontró detrás de esa ventana las respuestas que buscaba.

O la paz.

Estábamos esperando buenas noticias, pero en el fondo todos sabíamos que no iban a ser buenas. Ni siquiera Rose, que me había dejado la impresión de que sabía más que los demás, parecía esperanzadora.

La puerta estaba entreabierta y Scarlet no tuvo que llamar. Simplemente entró con pasos decididos, el rostro endurecido, la mandíbula tensa. Por la forma en que se paró en la entrada del salón, nos confirmó lo que todos temíamos.

—Tenemos una confesión —dijo, sin rodeos.

Mi garganta se cerró.

Eso debía ser bueno, ¿no?

—¿Qué significa eso? —pregunté con un hilo de voz, aunque en el fondo ya lo sabía. Ya lo sentía.

Scarlet tomó aire, como si tuviera que prepararse para decir las siguientes palabras.

—Uno de los detenidos en la redada aceptó un trato con la fiscalía. A cambio de protección, nos dio información sobre Dean. Dijo que… —Su voz se quebró por una fracción de segundo antes de recomponerse—. Dijo que lo mataron.

El silencio que siguió fue demoledor. No un silencio vacío, sino uno cargado de incredulidad, de terror contenido. Sentí cómo mi cuerpo se volvía de piedra, incapaz de moverse, incapaz de respirar.

—No… —La voz de Eliza tembló—. No, eso no es posible.

—Tiene que estar mintiendo —gruñó Archer, poniéndose de pie, los ojos encendidos de furia.

—Scarlet… —susurró Margot, con los ojos llenos de lágrimas—. Dime que no es cierto, dime que hay alguna posibilidad…

Pero Scarlet no dijo nada. Solo bajó la cabeza.

No podía dejar de mirar a Scarlet, esperando que dijera algo más, que dijera que había un error, que todo era una maldita mentira.

Pero no lo hizo.

Mi pecho se contrajo con una fuerza imposible, como si algo dentro de mí se rompiera en mil pedazos. La habitación se volvió borrosa. Alguien sollozó. Rose se cubrió la boca con las manos. Beau cerró los ojos con fuerza.

Pero yo solo podía escuchar el eco de esas palabras en mi cabeza:

Lo mataron.

No. No podía ser verdad.

Porque si lo era, entonces ya no quedaba nada.

Nada del hombre que se había infiltrado en una organización criminal para rescatar a los animales usados en peleas ilegales.

Por mí.

Lo hizo por mí. Y ahora estaba muerto.

Por mí.

Por mi culpa.

Me odié por todas esas horas en las que hablé sin parar sobre el bienestar animal, sin saber que eso sería la perdición de Dean.

***

La lluvia caía en una fina llovizna, cubriendo el cementerio con un velo gris. La tierra, húmeda y oscura, se abría ante nosotros como una herida recién hecha, y la losa con el nombre de Dean aún no estaba colocada.

Solo un simple ataúd, bajando lentamente, que marcaba el final de todo.

No sentía mis piernas. No sentía nada. Solo un vacío abismal que me devoraba desde adentro, un peso en el pecho que hacía que cada respiración doliera. El mundo alrededor se había reducido a un solo pensamiento:

Él está ahí dentro. Dean está muerto.

Las palabras del sacerdote eran un murmullo lejano, insignificante ante el rugido ensordecedor de mi propia pena. Vi a Eliza aferrarse al brazo de Archer, su rostro pálido, su mirada perdida. Beau y Rose estaban juntos, pero incluso ellos, siempre tan sólidos, parecían al borde de la ruptura. Margot tenía los ojos rojos, las manos crispadas en su chaqueta.

Rhett se mantenía de pie junto a mí, con la mandíbula apretada, los ojos fijos en la tumba como si pudiera desafiar la realidad con solo su voluntad. Pero ni siquiera él podía cambiar esto. Nadie podía.

Scarlet estaba al fondo, apartada de todos, con los brazos cruzados y la mirada oculta bajo la visera de su sombrero. Sabía que se culpaba a sí misma. Sabía que, en su mente, no haber encontrado a Dean a tiempo era su fracaso. Pero eso ya no importaba.

Nada importaba.

Las flores cayeron una por una. Un golpe sordo sobre la madera. Primero Eliza, luego Margot, luego Archer. Y cuando fue mi turno, mis dedos temblaron al soltar la rosa blanca sobre la tumba. Mi cuerpo entero tembló. Un sollozo ahogado escapó de mi pecho, y entonces ya no pude contenerlo más.

El dolor me desgarró.

Las piernas me fallaron, y caí de rodillas sobre la tierra mojada. No me importó. No me importó nada. Quería gritar, quería arrancarme este vacío de adentro, quería que el mundo se detuviera porque ¿cómo podía seguir girando cuando Dean ya no estaba?

Rhett se agachó a mi lado, sus manos en mis hombros, pero no tenía fuerzas para mirarlo. Solo podía mirar la tumba. Solo podía pensar en todo lo que no dije, en todo lo que quedó inconcluso. En todas las veces que me alejé cuando lo único que quería era quedarme.

Eliza sollozaba en silencio. Archer tenía los ojos fijos en el suelo. Nadie decía nada, porque no había nada que decir.

Dean Cantrell estaba muerto.

Y con él, se había ido una parte de mí que jamás iba a recuperar.

Tenía a su hija y era mi único consuelo, pero no sabía si eso era suficiente.

***

La oficina del abogado era fría, impersonal, como el hombre que estaba sentado al otro

lado del escritorio. Richard Holloway, el hombre que había manejado los asuntos de mi padre en vida y que ahora se encargaba de ejecutar su testamento, me observaba con la misma expresión pétrea de siempre.

—Señorita Craig —dijo con su tono meticulosamente neutral—, lamento su pérdida, pero debemos atender el asunto pendiente. El plazo estipulado en el testamento ha expirado. No ha cumplido con la cláusula de matrimonio y, como resultado, la herencia pasará a los beneficiarios secundarios designados por su padre. No hay más que discutir.

Apreté los dientes, sintiendo cómo mi estómago se hundía. No había esperado otra cosa, pero la frialdad con la que lo decía me revolvía el estómago.

No recordaba mucho de las últimas semanas. Recordaba el rostro de Scarlet al darnos la noticia, el funeral y luego poco más. Me despertaba, comía algo y volvía a la cama. No me apetecía hacer nada ni ver a nadie.

Pero luego recibí nueve llamadas, cinco correos electrónicos y siete mensajes del abogado pidiéndome reunirme con él. Pero ya.

Era solo dinero, ¿a quién le importaba? Pero aquí estaba porque Rhett insistió, ese hermano mío que no encontró dónde aparcar y me dejó frente al edificio para no tener que caminar dos cuadras.

Hubiera preferido ir hasta el infierno y de vuelta a enfrentarme a este señor que tanto me recordaba a mi padre.

—¿Quiénes son esos beneficiarios? —pregunté, curiosa por saber quién quería tanto la herencia.

El hombre esbozó una leve sonrisa, un gesto casi mecánico.

—Esa información es confidencial. Usted ya no tiene ningún derecho sobre la herencia y, por lo tanto, no es pertinente que la conozca.

Mi rabia creció como un incendio incontrolable.

Todo esto era una estupidez. ¿A quién le importaba tanto el dinero? Había cosas mucho más preciosas en la vida que el dinero, y eso era algo que mi padre no había aprendido.

—Así que me quiere decir que mi padre jugó conmigo —dije, cruzando los brazos—. No se trata de quién merecía qué. Esto era solo una manera de asegurarse de que yo hiciera lo que él quería.

—Su padre estableció condiciones muy claras —replicó Holloway, sin inmutarse—. Usted tenía libre albedrío para decidir. Y decidió no cumplirlas.

—No tuve opción —susurré entre dientes.

Pero antes de que pudiera continuar, la puerta se abrió de golpe y Rhett irrumpió en la oficina.

—Buenos días, disculpe la tardanza —dijo Rhett, cerrando la puerta tras de sí.

Holloway suspiró, visiblemente molesto.

—Señor Craig, este no es su asunto.

—Es mi asunto ahora —interrumpió Rhett, arrojando una carpeta de documentos sobre el escritorio—. Vamos a vernos en los tribunales.

Me giré para mirarlo, sin comprender del todo lo que estaba haciendo, pero Holloway solo elevó una ceja.

—¿Y en qué fundamenta esa demanda, exactamente? —preguntó con un dejo de aburrimiento en su voz.

Rhett sonrió, esa sonrisa afilada que había aprendido a reconocer cuando estaba a punto de destruir a alguien con su verborrea legal.

—Fraude testamentario, coacción y violación de la buena fe contractual. El testamento de mi padre establecía una condición imposible de cumplir después de la muerte de Dean, lo que hace que la disposición testamentaria sea jurídicamente cuestionable. Además, exijo acceso inmediato a la lista de beneficiarios secundarios, ya que ocultar esa información puede interpretarse como una maniobra de mala fe. Y, si nos ponemos exquisitos, podríamos considerar incluso un incumplimiento fiduciario de su parte, Holloway.

El abogado parpadeó lentamente, midiendo sus palabras antes de responder. Por primera vez, su máscara de indiferencia pareció resquebrajarse.

—Eso es una interpretación bastante agresiva de la ley, señor Craig —dijo con calma—. Pero le advierto que no será fácil ganar esto.

Rhett inclinó la cabeza con una expresión de satisfacción.

—No necesito que sea fácil. Solo necesito que sea posible. Nos vemos en los tribunales, Holloway. Esto no ha terminado.

Me giré hacia Rhett, sintiendo un pequeño destello de esperanza entre toda la oscuridad.

Tal vez, después de todo, mi padre no iba a ganar esta partida. Una pequeña victoria, amarga, pero era mejor que nada.

***

El viento helado cortaba mi piel mientras me arrodillaba frente a la tumba de Dean. No importaba cuántos días o semanas hubieran pasado, seguía sintiendo el mismo peso insoportable en el pecho, como si algo dentro de mí se hubiera roto para siempre.

Pasé los dedos por la lápida, trazando su nombre con lentitud. Mi garganta ardía con todo lo que nunca pude decirle, con todo lo que quedó en mi mente y en mi corazón. Cerré los ojos, tratando de respirar, de encontrar algo de paz en el silencio del cementerio.

Y entonces lo escuché.

Un jadeo agitado, unas patas golpeando la tierra. Abrí los ojos de golpe y giré la cabeza justo cuando una masa de pelo oscuro se lanzó sobre mí.

—¡Tank! —mi voz se quebró al pronunciar su nombre.

El perro estaba sucio, con barro seco en las patas y el pelaje revuelto. Su lengua colgaba de un lado mientras jadeaba con fuerza y algo en su mirada me hizo estremecerme. Estaba alterado, inquieto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un susurro, pero Tank no me dejó pensar demasiado. Empujó mi brazo con la cabeza y mordisqueó la manga de mi abrigo, tirando de ella con desesperación.

Fruncí el ceño, confundida.

Tank nunca se comportaba así. No se había despegado de mí desde esa mañana en la que desapareció Dean. Ya no era el perro alegre y juguetón, se pasaba todo el día tumbado en la cama o en el sofá conmigo.

Cuando me fui de casa, estaba tumbado en el suelo de la entrada echándose la siesta. Cómo había salido era un misterio.

—¿Qué pasa, chico? —murmuré, pero él insistió, tirando con más fuerza, esta vez con un pequeño gruñido de frustración.

Miré a mi alrededor. El cementerio estaba desierto. Nada parecía fuera de lugar, pero el aire se sentía pesado, opresivo.

Tank ladró, un sonido corto y urgente. Dio unos pasos hacia atrás, todavía sujetando mi manga con los dientes. Me estaba pidiendo que me fuera. No, más que eso. Me estaba exigiendo que lo siguiera.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Tank nunca había actuado de esta manera. Pero ahora parecía como si supiera algo que yo no.

Me puse de pie con el estómago hecho un nudo, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda. No tenía sentido resistirme. Si Tank quería que nos fuéramos, debía haber una razón.

Di un último vistazo a la tumba de Dean antes de apartarme. Tank dejó escapar un bufido de alivio y comenzó a caminar a mi lado, pegado a mí, empujándome suavemente con el hocico como si temiera que me detuviera.

No miré atrás.

No quería saber qué era lo que había asustado a mi perro.

***

Mientras yo regresaba a casa acompañada de Tank, Rhett se reunía en el centro de la ciudad con el abogado.

Rhett se acomodó en la silla de cuero del despacho, cruzando una pierna sobre la otra con una calma que no reflejaba en absoluto el ardor de su sangre. Sabía jugar bien este tipo de juegos.

Como abogado, había tratado con toda clase de hombres como Halloway: fríos, calculadores, convencidos de su superioridad. Pero esta vez, Rhett no era solo un abogado. Era un hermano protegiendo lo que era de Della.

Halloway levantó la vista de los documentos que tenía delante y le dedicó una mirada condescendiente.

—Señor Cantrell, no veo la necesidad de alargar esto. La cláusula es clara. Su hermana debía contraer matrimonio con Dean Cantrell antes de que venciera el plazo de seis meses. Como eso no ocurrió, la herencia se distribuirá de acuerdo con las disposiciones secundarias.

Rhett apoyó un codo sobre el reposabrazos y entrelazó los dedos frente a él, esbozando una media sonrisa.

—Y, sin embargo, aquí estoy. Porque hay cosas que no cuadran, Halloway.

El abogado mantuvo su expresión neutral, pero Rhett no se perdió el leve endurecimiento en su mandíbula.

—La ley es clara, Cantrell. Su hermana perdió el derecho a la herencia. No hay nada más que discutir.

Rhett inclinó la cabeza levemente, como si estuviera considerando sus palabras. Luego, deslizó un documento sobre el escritorio. Era una copia del testamento original de Harley, el padre de Della.

—Curioso —dijo Rhett con tono ligero—. Porque este documento, registrado hace un año, no contenía la famosa cláusula del matrimonio. En él, la herencia iba directamente a Della sin condiciones. Pero, de repente, poco antes de la muerte de Harley, aparece una enmienda. ¿No le parece sospechoso?

Halloway apenas pestañeó.

—Los cambios en testamentos no son inusuales. Su padre tenía derecho a modificar sus deseos.

Rhett sonrió, sin humor.

—Por supuesto. Pero hay algo aún más extraño. El notario que firmó la validación de esta enmienda... ¿qué me dijo que pasó con él? Ah, sí, renunció y desapareció del mapa pocas semanas después. No dejó rastro.

Halloway mantuvo la compostura, pero hubo un leve destello de impaciencia en sus ojos.

—Señor Craig, está insinuando algo muy grave.

—Oh, yo no insinúo nada, Halloway. Solo señalo inconsistencias. Y créame, voy a encontrar respuestas. Ya solicité una orden para revisar todos los movimientos bancarios relacionados con la herencia. Quiero saber exactamente a dónde irá ese dinero y quién se beneficia de la caída de Della.

Por primera vez, Halloway no respondió de inmediato. Su mirada se oscureció, y aunque su rostro no mostró expresión alguna, Rhett supo que había tocado un nervio.

—Nos veremos en los tribunales —concluyó Rhett, poniéndose de pie y alisando su chaqueta.

Halloway exhaló lentamente, como si ya estuviera calculando su próximo movimiento.

—Haga lo que crea necesario, Craig. Pero le aseguro que perderá su tiempo.

Rhett se inclinó ligeramente sobre el escritorio, clavando los ojos en los de Halloway.

—Eso lo veremos.

***

Me desperté con la misma sensación de vacío con la que me había acostado. El mundo seguía girando, la gente seguía viviendo, pero para mí, todo se había detenido el día en que supe que Dean no volvería. Sentía su ausencia en cada rincón de la casa, en cada latido de mi corazón, en cada patada de nuestro bebé dentro de mí.

El juicio por la herencia se acercaba y aunque una parte de mí quería dejarlo todo atrás, la otra sabía que no podía permitir que el deseo retorcido de mi padre se cumpliera. No después de todo lo que había perdido.

Además, Rhett estaba empeñado en ganar y tan decidido que no pude decirle que no importaba tanto la herencia. Yo ganaba suficiente y luego estaba la herencia de Dean. Sí, legalmente no tenía ningún derecho, pero Archer y Beau, sus herederos, decidieron que el bebé iba a heredar.

Porque era justo.

Yo no lo veía así, pero era imposible convencer a Archer cuando se le metía algo en la cabeza.

Rhett me acompañó al juzgado el día del juicio. Solo habían pasado unas semanas desde el funeral, pero por lo visto los tribunales no tenían la agenda llena.

Nos sentamos en la gran sala, con su techo alto y sus luces frías que parecían absorber todo el calor. Halloway estaba allí, con su expresión imperturbable, con ese aire de superioridad que me hervía la sangre.

Cuando comenzó la sesión, escuché cada palabra como si llegara desde muy lejos. El juez, un hombre de edad avanzada con mirada severa, repasó el testamento de mi padre y las condiciones que me había impuesto.

Halloway argumentó con su tono frío que yo había perdido cualquier derecho al no cumplir con el plazo estipulado. Pero entonces, Rhett se levantó. Su voz resonó con la firmeza de alguien que no solo conocía la ley, sino que estaba dispuesto a pelear hasta el final.

—Su señoría, mi cliente no solo ha sufrido una pérdida personal irreparable, sino que el testamento mismo impone condiciones que podrían considerarse coercitivas. Además, la cláusula no contemplaba la posibilidad de que el beneficiario muriera antes de que se cumpliera el plazo.

Dean Cantrell era parte de esa ecuación y su muerte cambia el contexto en su totalidad.

El juez observó a Halloway con una expresión que no prometía nada bueno para él.

—¿Y bien? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Las condiciones eran claras —respondió Halloway, su voz sin un ápice de emoción—. La señorita Craig no cumplió con lo estipulado. La herencia debe ser distribuida a los beneficiarios alternativos.

—¿Y quiénes son esos beneficiarios alternativos? —intervino el juez, con tono mordaz.

—Eso es información confidencial, su señoría —respondió Halloway, su mandíbula tensándose.

El juez soltó un suspiro de impaciencia y golpeó la mesa con el mazo.

—No en mi tribunal. Le doy una última oportunidad para responder. ¿Quiénes son los beneficiarios?

El abogado se mantuvo en silencio, lo que solo enfureció más al juez.

—Si la señorita Craig pierde su derecho por no cumplir la cláusula, entonces la herencia debería haber pasado a Dean Cantrell. Pero dado que está muerto, sus bienes deberían haber sido entregados a su heredero más cercano. Lo cual plantea una pregunta: ¿por qué el señor Craig decidió pasar por alto a su propio hijo, el señor Rhett Craig, y a la única familia restante de Dean? Algo no encaja aquí.

Halloway apretó los labios, negándose a hablar.

—Como no hay una justificación clara y el testamento no contempla la situación actual de manera adecuada, dictamino que la herencia debe otorgarse a los herederos legales del señor Craig: la señorita Della Craig y el señor Rhett Craig. Caso cerrado.

El golpe del mazo marcó el final de la sesión, y por primera vez en semanas, sentí que podía respirar de nuevo.

Halloway no mostró emoción alguna, pero algo en la forma en que tensó la mandíbula me hizo saber que esto no se quedaría así. Aun así, había ganado.

Pero en lugar de sentir alivio, todo lo que sentí fue un profundo agotamiento.

Porque nada de esto traería a Dean de vuelta.

El aire fuera del juzgado era pesado, cargado de una tensión que parecía electrificar cada partícula a nuestro alrededor. La luz del sol se sentía demasiado fuerte, casi como si el destino quisiera iluminar la cara de Halloway mientras tragaba su derrota.

—Esto ha sido una farsa —espetó el abogado, su mandíbula tensa mientras ajustaba su corbata con un tirón brusco—. No hay juez en este país que resuelva un caso de herencia en una sola sesión.

Rhett soltó una risa seca, cruzándose de brazos.

—¿Eso es lo mejor que tienes, Halloway? ¿Qué soborné al juez? —Negó con la cabeza, con la satisfacción apenas contenida en su rostro—. No necesito sobornar a nadie cuando la ley está de mi lado. Algo con lo que claramente no estás acostumbrado a lidiar.

Halloway dejó escapar un resoplido, girando la mirada hacia mí como si esperara que fuera más fácil de intimidar.

—No creas que esto ha terminado, señorita Craig —dijo, su voz gélida—. Su padre tenía razones para establecer esas condiciones. Usted no cumplió, y, sin embargo, aquí estamos, viendo cómo se le entrega en bandeja lo que nunca debería haber sido suyo.

No iba a dejar que ese hombre me hiciera sentir culpable. No después de todo lo que había pasado. Así que levanté el mentón y lo miré directamente a los ojos.

—¿De verdad me estás diciendo que mi propio padre hubiera preferido dejar su fortuna

en manos de beneficiarios misteriosos en lugar de sus propios hijos? Porque si es así, entonces tal vez no lo conocías tan bien como creías.

Halloway apretó la mandíbula, su expresión endurecida. Por un segundo, juraría que una sombra cruzó su rostro.

Halloway se alisó el saco con movimientos tensos y nos miró con desprecio.

—Disfruten su victoria mientras dure. Pero recuerden esto: algunas personas no pueden reclamar lo que no está destinado a ellas. Y otras… simplemente dejan de ser un problema.

Rhett frunció el ceño, pero antes de que pudiera responder, Halloway ya se había girado sobre sus talones, alejándose con pasos firmes.

Me estremecí, sin saber exactamente por qué, pero una sensación de inquietud se instaló en mi pecho.

—Esto aún no ha terminado, ¿verdad? —murmuré, la voz casi ahogada por la preocupación.

Rhett dejó escapar un suspiro pesado, con la mirada aún fija en la dirección en la que Halloway había desaparecido.

—No. Y algo me dice que lo peor está por venir.

Capítulo 20

Dean

Estaba atrapado en la oscuridad, sin saber cuántos días habían pasado. Al principio intenté contar el tiempo por las comidas que me dejaban, pero pronto descubrí que no había ningún patrón. A veces llegaban dos veces al día, otras solo una, o ninguna.

El hambre era soportable, pero la sed, la sed era otra cosa. Me daban lo mínimo para mantenerme con vida, pero no lo suficiente para evitar la debilidad que me carcomía poco a poco. El sótano donde me tenían olía a humedad, a metal oxidado y a algo más, algo rancio que prefería no identificar.

Intenté buscar una salida, tanteando las paredes con las manos, pero fue inútil. Solo había una puerta de metal, gruesa, con una cerradura que no podía forzar sin herramientas. Y no tenía nada, salvo mi ropa y mi desesperación.

No sabía cuánto tiempo más podría aguantar. Al principio, la rabia me había dado fuerzas, me había mantenido alerta. Pero ahora, ahora era diferente. La fatiga pesaba sobre mí, nublando mis pensamientos. ¿Me esperaban afuera para matarme? ¿O simplemente pensaban dejarme pudrir aquí hasta que mi cuerpo colapsara?

Cerré los ojos y exhalé lentamente. No. No podían matarme aún. Si quisieran que estuviera muerto, ya lo estaría. Había algo más en juego, algo que aún no comprendía. Y si tenía la más mínima oportunidad de salir de allí, la encontraría.

El tiempo se deslizaba lento, casi burlándose de mí. La oscuridad del sótano era absoluta, y el aire estaba impregnado con el hedor de la humedad y el metal oxidado. Mi cuerpo estaba entumecido, la piel helada, y cada músculo dolía con una persistencia insoportable. Pero mi mente no se rendía. No podía rendirme.

Me había pasado horas, días tal vez, tanteando las paredes con los dedos temblorosos, explorando cada rincón de mi celda improvisada en busca de algo, cualquier cosa, que me diera una ventaja. Y entonces, por fin, la encontré.

La bisagra de la puerta estaba vieja, apenas sostenida por tornillos corroídos por el tiempo y la humedad. La primera vez que pasé los dedos sobre ella, pensé que era una ilusión, un deseo desesperado de ver una posibilidad donde no existía. Pero después de varias horas de insistencia, usando una piedra suelta para aflojar los tornillos uno por uno, sentí la puerta ceder. El crujido fue un susurro de esperanza en la oscuridad.

Contuve la respiración, escuchando. No había pasos, no había voces. O estaban confiados o no esperaban que intentara algo. Tal vez pensaban que ya estaba demasiado débil para moverme. Se equivocaban.

Me deslicé fuera del sótano con movimientos calculados, el corazón golpeando mi pecho como un martillo. Las escaleras eran viejas, la madera crujía bajo mi peso, pero seguí adelante, aferrándome a la baranda con una fuerza casi dolorosa. La puerta al final del pasillo estaba apenas entornada, dejando filtrar un rayo de luz débil que parecía iluminar mi camino a la libertad.

Cada paso era una batalla entre la urgencia y el miedo de ser descubierto. La adrenalina empujaba mi cuerpo agotado a seguir moviéndome, cada fibra de mi ser concentrada en alcanzar

la salida.

Cuando, por fin, empujé la puerta, el aire fresco golpeó mi rostro como un torrente de vida. Afuera. Lo había logrado.

Corrí, o lo intenté. Mis piernas apenas me sostenían, pero no me detuve. Solo un poco más, solo unos pasos más.

No escuché al hombre acercarse. Solo sentí el golpe brutal en la parte trasera de mi cabeza, el estallido de dolor blanco que explotó en mi cráneo antes de que todo se volviera negro.

Lo último que pensé fue en Della. En su rostro. En su voz llamándome.

Y luego, la nada.

El sonido de pasos arrastrados en el suelo de concreto me sacó del letargo en el que me encontraba. Levanté la cabeza con esfuerzo, sintiendo la sangre seca en mi rostro y el dolor punzante en mi cráneo. La puerta del sótano se abrió con un rechinar prolongado, y dos siluetas se recortaron contra la tenue luz del exterior.

Halloway.

El muy bastardo estaba ahí, observándome con su expresión fría e imperturbable. A su lado, un hombre que no reconocí de inmediato, pero cuyo rostro estaba tenso, la mandíbula apretada. No era como los otros que me habían golpeado o vigilado. Este parecía nervioso.

—Se acabó —dijo Halloway con su voz áspera, sacando un arma de su abrigo. La sostuvo unos segundos antes de ofrecérsela al otro hombre—. Hazlo.

El tipo parpadeó varias veces, tragando saliva. Miró el arma, luego me miró a mí. Un peso invisible cayó sobre mis hombros cuando entendí lo que estaba pasando.

—No —dijo el hombre, sacudiendo la cabeza. Su voz tembló—. Yo, yo no puedo hacer eso. No vine aquí para esto.

—¿Disculpa? —Halloway ladeó la cabeza, como si hubiera escuchado mal.

—No voy a matarlo —insistió el hombre, dando un paso atrás. Su mano temblaba—. Una cosa es manejar asuntos turbios, pero esto…

Halloway suspiró pesadamente, como si estuviera decepcionado.

—Patético —musitó antes de alzar el arma y girarse hacia mí en un solo movimiento fluido.

El disparo resonó en la habitación como un trueno.

El impacto me lanzó hacia atrás, y lo último que vi antes de que todo se volviera negro fue el destello del cañón y la expresión de horror en el rostro del otro hombre.

Después, la nada.

***

Scarlet

Conduje por la carretera desierta, el parabrisas reflejando la luna tenue. Tank estaba inquieto en el asiento trasero, sus patas arañando la tapicería como si intentara decirme algo. No era normal en él, o sí, ¿qué sabía yo de perros?

Pasé por la casa de Della para ver cómo estaba y, al final, me convenció a sacar a Tank a dar una vuelta. Lo que ella no sabía era que, a mitad del camino, iba a recibir un mensaje y tendría que llevármelo a comprobar una dirección.

No era exactamente trabajo, porque oficialmente estaba de vacaciones, pero algo me tenía muy intranquila, para no decir que llevaba sin dormir desde la muerte de Dean.

Aparqué en la cuneta para que Tank hiciera sus necesidades. Bajé con él y respiré hondo. El aire estaba cargado de humedad, con un dejo de tierra mojada. Miré alrededor: árboles altos,

sombras alargadas, un silencio tan denso que me erizaba la piel.

No era lo mío. Yo prefería la ciudad, con sus edificios y sus sombras en las que sabía que existía la posibilidad de encontrarme a alguien dispuesto a hacer daño a cualquiera. Pero ahí sabía defenderme.

Aquí no.

Tank no perdió el tiempo. Olfateó el suelo con intensidad, como si hubiera encontrado un rastro. Sus movimientos eran precisos, urgentes. Lo seguí, sintiendo la presión creciente en mi pecho.

Algo no estaba bien, o yo me estaba volviendo loca.

Avancé con cautela, la mano sobre mi arma por instinto. No podía quitarme la sensación de encima, esa punzada de advertencia que me gritaba que prestara atención. Tank se detuvo de golpe y dejó escapar un gruñido bajo. Me incliné y noté el suelo removido. Algo había estado ahí.

Algo o alguien.

Que fuera alguien, por favor.

El silencio se volvió insoportable. Entonces, un sonido. Apenas un gemido sofocado, casi imperceptible. Mi pulso se aceleró. Me arrodillé y comencé a apartar la tierra con las manos temblorosas. Cada palada que retiraba revelaba más de lo que mi mente se rehusaba a aceptar.

—¡Dios! —susurré, sintiendo mi garganta cerrarse.

Una mano. Pálida, ensangrentada. Luego, un rostro. La sangre se mezclaba con la suciedad, pero lo reconocí al instante.

Dean.

Estaba vivo.

¿Cómo?

—¡Dean! —La adrenalina me invadió mientras seguía desenterrándolo con furia desesperada.

Unos ojos turbios y entrecerrados intentaron enfocarme. Apenas susurró un nombre.

Della.

Mi corazón martilleó contra mis costillas. Sabía que tenía que sacarlo de ahí, y rápido.

—Resiste, ¿me oyes? Vas a salir de esta.

Saqué el teléfono con manos temblorosas y marqué con urgencia. No había tiempo que perder.

Capítulo 21

Della

El aroma del café recién hecho flotaba en el aire cuando crucé las puertas de Cantrell Manor. No había vuelto a pisar aquella casa desde el funeral de Dean. Todo se sentía demasiado pesado, como si los recuerdos se aferraran a las paredes y me observaran con cada paso que daba.

Pero le había prometido a Eliza que vendría hoy.

La casa estaba llena. Archer y Margot conversaban en la sala con sus tazas de café en las manos, mientras Rose y Beau discutían sobre algo en la cocina, intentando preparar el desayuno o, mejor dicho, molestando a la cocinera de Eliza.

Rhett, que había insistido en acompañarme, estaba junto a la ventana, con los brazos cruzados, observando el jardín con el ceño fruncido. Todo parecía tan normal y, a la vez, tan extraño.

Era más que extraño: los Craig y los Cantrell, todos juntos en Cantrell Manor. Diría felices, pero no era el caso. No estaba muy segura de sí mi padre estuviera feliz en este momento o, tal vez, furioso.

Eliza me regaló una sonrisa cansada, pero sincera.

—Me alegra que estés aquí, querida.

Le devolví la sonrisa con esfuerzo y me senté junto a ella. Quise convencerme de que era solo un día más, que no había un hueco enorme en la mesa donde Dean debería estar.

Entonces, el timbre de la puerta principal sonó. Eliza frunció el ceño.

—¿Quién podría ser?

—Alguien que no sabe que el domingo por la mañana no es hora de visita, por lo menos no sin avisar.

Ese alguien era Scarlet que entró como un torbellino.

—Obvio —gruñó Rhett, a lo que Rose se echó a reír, pero Scarlet no.

Su rostro, sin embargo, era un cuadro de algo que nadie pudo descifrar de inmediato. Su chaqueta estaba cubierta de polvo y sus botas traían rastros de barro seco.

—Buenos días —dijo, intentando sonar casual, pero su voz se quebró en la última sílaba.

Todos en la habitación la miraban.

Margot alzó una ceja.

—Scarlet, pareces como si hubieras luchado con un oso y hubieras perdido.

Scarlet solo se rio de manera nerviosa. Luego miró a Eliza, después a mí. Su expresión se endureció, como si no supiera cómo decir lo que tenía que decir.

—Tengo algo que contarles —dijo, mordiéndose el labio. Se frotó la frente con ambas manos y soltó un resoplido—. Y la verdad es que no tengo ni idea de cómo hacerlo sin que alguien se desmaye.

Beau soltó un bufido.

—Si es algo sobre trabajo, no nos interesa, Scarlet. Es domingo.

—Tampoco queremos saber sobre tu cita de anoche —añadió Rose, sonriendo.

Scarlet giró la cabeza tan rápido que casi me asustó. No se rio ni se enfadó. Ni siquiera

miró hacia Rhett, lo cual era algo que ella hacía, creo, sin darse cuenta: siempre lo miraba como buscando su aprobación.

Pero hoy no.

Hoy simplemente me miró y soltó:

—Dean está vivo.

Silencio.

Un silencio que no era normal, sino uno que se alargó demasiado. Como si la información no lograra procesarse en nuestros cerebros. Como si el aire mismo se hubiera congelado en la habitación.

Parpadeé.

Abrí la boca, pero ninguna palabra salió de ella. A mi lado, Eliza dejó caer la cuchara con la que removía su té. Archer escupió su café. Rhett se giró tan rápido que golpeó la mesa con la cadera, haciendo que la vajilla temblara. Margot simplemente se llevó la mano al pecho, como si necesitara sostener su propio corazón.

Fue Beau quien rompió el silencio.

—Joder, Scarlet. No puedes soltar algo así sin advertencia.

Rose le dio un codazo.

—Cállate, Beau.

El mundo comenzó a girar demasiado rápido a mi alrededor. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos, una mezcla de incredulidad y esperanza salvaje empujándose dentro de mi pecho.

—¿Qué dijiste? —pregunté, con la voz temblorosa.

Scarlet tomó aire profundamente.

—Dean está vivo. Lo encontramos. Está en el hospital. Está herido, pero vivo.

Eliza se llevó las manos al rostro y dejó escapar un sollozo ahogado. Margot tapó su boca con ambas manos y Archer solo sacudió la cabeza, como si intentara convencerse de que lo había escuchado bien.

Sentí que mi corazón se detenía un segundo y luego latía con una fuerza dolorosa. Me puse de pie de golpe, tambaleándome.

—Llévame con él. Ahora.

Scarlet sonrió, aliviada.

—Eso pensé que dirías.

El aire en mis pulmones se sentía espeso, como si me estuviera ahogando en algo invisible. No podía moverme, no podía respirar. Scarlet había dicho algo, algo imposible, algo que mi cerebro se negaba a procesar.

Dean está vivo.

Las palabras rebotaban en mi cabeza sin sentido. No podían ser reales. No después de todo lo que habíamos pasado. No después del funeral, después de las lágrimas, después de sentirme vacía por dentro, rota sin posibilidad de reparación.

Pero Scarlet me miraba con esos ojos intensos, nerviosa, esperando mi reacción, y entonces supe que no estaba mintiendo.

No lo habría hecho. No con esto.

Mis piernas se movieron antes de que pudiera pensar. Todo se volvió un torbellino: las voces a mi alrededor, las exclamaciones ahogadas de Eliza, la maldición de Beau, el tintineo de una taza al chocar con la mesa. Pero nada importaba.

—Vamos —exigí, mi voz apenas un susurro tembloroso.

Scarlet asintió de inmediato.

—Vamos.

No recuerdo haber salido de Cantrell Manor. No recuerdo el camino al hospital. Solo recuerdo el frío en mis manos, la forma en que mi corazón golpeaba contra mis costillas con una mezcla de miedo y esperanza que me estaba destrozando por dentro.

Dean está vivo.

Si era verdad, ¿por qué no me lo habían dicho antes? ¿Por qué no me había buscado? ¿Estaba bien? ¿Estaba herido?

Cada paso hacia su habitación era una tortura.

Cada segundo, una agonía.

Scarlet abrió la puerta y me dejó pasar primero.

Y entonces lo vi.

Dean estaba ahí. Acostado en la cama, con la cabeza vendada, con un moretón en la mandíbula y el cabello más largo de lo que recordaba. Su piel estaba más pálida, su expresión agotada.

Pero sus ojos. Dios. Sus ojos eran los mismos.

Él me vio.

Y el mundo entero dejó de girar.

Mis rodillas cedieron antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, pero en un segundo, Dean ya se estaba incorporando en la cama, con un gesto de puro pánico.

—¡Della!

Su voz.

Rota, áspera, pero suya.

Me cubrí la boca con las manos, intentando contener el sollozo que amenazaba con desgarrarme el pecho.

Él estaba aquí.

Él estaba vivo.

Y yo no sabía cómo seguir respirando.

El nudo en mi garganta era insoportable. No podía hablar, no podía pensar en nada más que en él, en su rostro, en su voz. Me incliné hacia adelante, temblando, y tomé su mano entre las mías.

Estaba caliente, real. Real.

—Lo siento —susurré, y mi voz se quebró al instante—. Dios, Dean, lo siento tanto.

Sus cejas se fruncieron en confusión, pero no apartó la mano. De hecho, la sostuvo con más fuerza.

—¿Por qué? —preguntó, con el tono más suave que jamás había escuchado en su voz.

Solté un sollozo, incapaz de detenerlo.

—Porque no hice las cosas bien. Porque tenía que haber luchado más, porque quería casarme contigo, Dean. Era lo único que quería. Y no lo hice. No hice lo suficiente, no te encontré, no…

Mis palabras se ahogaron en otro sollozo. Quería decir tantas cosas, pero al mismo tiempo, ninguna era suficiente.

Dean cerró los ojos un segundo y luego, con una lentitud que me hizo contener el aliento, llevó una mano a mi mejilla.

—No —dijo, firme—. No hagas eso, Della. No te culpes por algo que no fue tu culpa.

Negué con la cabeza, mordiéndome el labio para contener las lágrimas, pero era inútil.

—Yo debí…

—Tú no debiste nada —me interrumpió, con más fuerza esta vez—. Me quitaron de ti, Della. No fue tu culpa. Y si alguien debió hacer más, fui yo.

Abrí los ojos de golpe, confundida.

Dean soltó una risa suave, cansada, y sacudió la cabeza.

—Debí encontrarte antes. Debí regresar antes.

—¿Cómo ibas a hacerlo si estabas…?

Me detuve. No podía decir la palabra.

Secuestrado. Torturado. Casi asesinado.

Sí, Scarlet me contó en el camino lo que consiguió averiguar. El cabrón de Halloway lo había secuestrado. No sabían por qué todavía, pero tampoco era difícil adivinarlo: la herencia. Lo buscaban la policía, el FBI y todas las fuerzas del orden del país por secuestro, intento de homicidio y no sé cuántas cosas más.

Deberían encontrarlo antes, porque si lo encontraba, yo iba a matarlo con mis propias manos por lo que le hizo a Dean, por lo que nos hizo a nosotros. Por dinero.

¡Dios! La cantidad de estupideces que la gente puede hacer por dinero no paraba de sorprenderme.

Dean deslizó su pulgar sobre mi mejilla para secar una lágrima.

—No importa lo que pasó —dijo—. Solo importa que estoy aquí. Contigo.

Un sollozo ahogado escapó de mi garganta y me incliné hasta apoyarme en su pecho. Sentí su calor, su respiración. Escuché su corazón latiendo fuerte bajo mi oído.

Dean deslizó una mano en mi cabello y la otra la mantuvo sobre mi espalda, como si no quisiera soltarme nunca.

—Te amo, Della —susurró contra mi cabello.

Cerré los ojos con fuerza, aferrándome a su camisa como si temiera que desapareciera.

—Yo también te amo —susurré de vuelta—. Siempre te he amado. Siempre lo haré.

Dean exhaló contra mi piel y me abrazó con más fuerza.

***

Le dieron el alta porque, después de todas las pruebas, los médicos decidieron que su vida no corría peligro. La bala le había rozado sin causar daños graves. Estaba deshidratado, pero nada preocupante.

Yo hubiera preferido que se quedara en el hospital porque no lo veía bien. Estaba mucho más delgado y pálido, como un vampiro, pero no hubo manera de convencer ni a los médicos ni a Dean.

Así que nos fuimos a casa.

A mi casa.

Cuando entramos, Tank se pegó a Dean como su sombra, como si temiera que desapareciera otra vez.

—Parece que alguien te ha echado de menos —dije, sonriendo mientras el perro le empujaba la mano con el hocico, exigiendo más caricias.

Dean río y le rascó detrás de las orejas.

—No me quejo.

Pero a pesar de su risa, noté cómo sus ojos recorrían la casa con cautela. Como si intentara reconocerla de nuevo, como si temiera no encajar en ella.

Mi pecho se apretó.

Le tomé la mano sin decir nada y lo guie por el pasillo.

—Tengo que mostrarte algo.

Dean no preguntó, solo me siguió.

Cuando abrí la puerta de la habitación del bebé, la luz del atardecer bañó el espacio en tonos dorados.

—¡Dios! —murmuró, dando un paso dentro.

El cuarto estaba lleno de pequeños detalles que mostraban cuánto lo habíamos pensado. Las muestras de pintura seguían en la pared, con tonos suaves de verde y beige. La cuna estaba a medio montar, con un móvil de madera colgado sobre ella. Un estante con libros infantiles que Margot había insistido en comprar, una mecedora en la esquina para las noches de insomnio.

Dean se quedó quieto en medio de la habitación, absorbiéndolo todo.

—Rose, Margot y Eliza han estado planeando todo —dije, observándolo con cuidado—. Yo quería esperar a que estuviera todo listo para mostrártelo, pero —Me mordí el labio—. Quiero que seas parte de esto, Dean.

Él giró lentamente la cabeza hacia mí.

—¿Parte de esto? —Su voz era baja, áspera.

Mi corazón martilleó contra mis costillas.

—De todo —susurré—. No solo del bebé. De esto, de nosotros.

Los ojos de Dean brillaron con algo que no pude identificar. Se pasó una mano por el cabello y soltó un suspiro tembloroso.

—Della, yo…

Se interrumpió, mirando la cuna como si fuera lo más aterrador que había visto en su vida.

Di un paso hacia él.

—¿Dean?

Él cerró los ojos un momento, como si intentara encontrar las palabras.

Cuando los abrió, su mandíbula estaba tensa.

—No quiero hacerte daño.

Mi estómago se hundió.

—No lo harás.

Me acerqué y deslicé la mano sobre su mejilla.

—No me harás daño, Dean, ni ahora ni nunca. Lo sé.

Estaba tan seguro de eso que me incliné y lo besé. Puse en ese beso toda la confianza que tenía en él y no sé si lo conseguí. No sé si me creía o no, pero sé que su beso era el mismo, tal vez más suave. Definitivamente más cuidadoso. Dudó cuando lo empujé hacia el dormitorio:

—Della, el bebé.

—Está bien. Yo estoy bien —le aseguré.

Y eso fue lo que necesitaba para besarme de verdad, aunque luego me tocó con mucho cuidado, tanto que estuve a punto de perder la mente. Pero era Dean. Era el hombre que amaba, que pensaba que nunca más iba a ver.

Si quería ir despacio y suave, pues iba a aguantarme y tomarlo despacio y suave.

***

Estaba en mi cama, en los brazos de Dean a punto de quedarme dormida cuando lo sentí moverse.

—¿A dónde vas? —pregunté viendo que se estaba poniendo los vaqueros.

—A casa.

Si me hubiera clavado un cuchillo en el pecho no sentiría tanto dolor y de alguna manera conseguí preguntar: —¿A casa?

—Sí, Della. —Pasó una mano por su nuca—. No sé cómo explicártelo. Ya no soy el mismo. Me siento, no sé, diferente. Y cuando duermo vuelvo a ese sitio. Me despierto y no sé dónde estoy.

Mi pecho dolía al escucharlo.

—Dean.

Él negó con la cabeza.

—Anoche, en el hospital, casi golpeo a la enfermera cuando intentó despertarme. No me di cuenta de lo que hacía hasta que fue demasiado tarde.

Mi garganta se cerró.

Dean dejó escapar un suspiro pesado y miró la habitación una última vez antes de volverse hacia mí.

—No quiero que la primera vez contigo termine siendo un maldito desastre. No quiero arriesgarme a hacerte daño, a ti o al bebé.

El pánico me envolvió.

—Entonces, ¿qué? ¿Te vas?

Dean apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Solo por un tiempo. Hasta que pueda asegurarme de que estaré bien.

—Dean.

Él me tomó de las mejillas con ambas manos y apoyó su frente en la mía.

—Esto no significa que me aleje de ti. Ni del bebé. Solo necesito tiempo para volver a ser yo.

Las lágrimas ardieron en mis ojos, pero asentí.

Porque lo amaba demasiado para no entenderlo.

***

Me desperté con el primer rayo de sol filtrándose por la ventana. La cama se sentía inmensa sin él. Fría. Vacía.

No lo pensé demasiado. Me puse un abrigo sobre el camisón, me calcé unas zapatillas y salí de casa, cruzando la calle y caminando hasta la puerta de Dean.

La llave seguía donde siempre, escondida en la grieta del marco. La tomé y entré en silencio.

La casa olía a él. A café viejo y madera. A hogar.

No había señales de que estuviera despierto, así que me dirigí a la cocina y empecé a sacar cosas. Huevos, pan, tocino. Era algo tan simple, pero significaba tanto. Siempre había querido hacer esto por él.

La sartén chisporroteaba cuando lo escuché moverse en el piso de arriba. Unos minutos después, la puerta se abrió y apareció en el umbral, descalzo, con el cabello alborotado y la mirada confusa.

—¿Della?

Me giré y le sonreí, sosteniendo la espátula como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Buenos días.

Parpadeó un par de veces, como si aún estuviera dormido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—El desayuno. —Di media vuelta y volví a la estufa—. Siempre quise hacerlo.

Él avanzó lentamente, apoyándose en el marco de la puerta mientras me observaba.

—Della.

—Shh, no arruines esto —le advertí, señalándolo con la espátula—. No todos los días se tiene la oportunidad de empezar de nuevo.

Vi cómo la tensión en sus hombros se relajaba un poco. Su expresión pasó de la sorpresa a algo más suave, más vulnerable.

—¿Y así es como quieres empezar? ¿Preparándome el desayuno?

—Así es.

Se quedó en silencio un momento, luego se acercó y deslizó los brazos alrededor de mi cintura, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Huele bien.

—Ya sé.

Su risa fue baja y cálida contra mi piel.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo podía estar bien.

***

La cena en Cantrell Manor tenía un ambiente cálido y relajado, algo que no había sentido en mucho tiempo. Todos estaban allí, riendo, conversando, como si poco a poco volviéramos a la normalidad.

Rose y Beau discutían sobre si el nombre del bebé debía ser clásico o moderno, Margot se dedicaba a corregirles con su propio criterio, Archer solo se reía en su esquina, y Rhett fingía no estar interesado en la conversación, pero de vez en cuando lanzaba algún comentario mordaz.

Dean estaba a mi lado, su mano descansaba sobre mi muslo bajo la mesa, su pulgar trazando círculos lentos contra la tela de mi vestido. Me sentía en paz.

Hasta que Eliza, con su manera directa y sin filtros, habló:

—Bueno, Dean —dijo, colocando su copa sobre la mesa y mirándolo con una ceja alzada —. Supongo que ahora que el bebé nacerá pronto, ya tienes fecha para casarte con Della.

La conversación se detuvo por completo, todos esperando una reacción.

Dean no dijo nada.

El silencio se extendió un poco más de lo necesario, lo suficiente como para que mi pecho se apretara con una punzada incómoda. Lo miré de reojo, esperando que dijera algo, cualquier cosa.

Nada.

Su mandíbula se tensó, como si estuviera eligiendo sus palabras con extremo cuidado.

Y mi mente, como siempre, decidió adelantarse a los hechos.

Tal vez no quería casarse conmigo. Tal vez lo que habíamos pasado lo había cambiado. Tal vez pensaba que ya no era necesario. Que ahora éramos diferentes.

Intenté disimular la inquietud revolviendo la comida en mi plato, pero mis dedos se aferraron con más fuerza al tenedor.

—Oh, vamos, Dean —intervino Margot, rompiendo la tensión—. Ni siquiera tienes que hacer la propuesta oficial, Della claramente va a decir que sí.

Beau rio.

—Seguro que ya tienen planeado todo en secreto.

Dean soltó aire por la nariz, como si la conversación lo divirtiera y frustrara al mismo tiempo.

—No lo sé —dijo al fin, encogiéndose de hombros.

Mi estómago cayó al suelo.

Eliza frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes?

Dean apoyó los codos en la mesa, girándose un poco hacia mí.

—Porque no quiero que Della sienta que tiene que hacerlo —dijo, con voz firme pero tranquila—. No quiero que se case conmigo solo porque es lo que se espera. O porque el bebé está por nacer.

Abrí la boca, pero no supe qué decir.

—Della ya ha pasado por suficiente, ha tenido que tomar demasiadas decisiones bajo presión —continuó—. No quiero ser otra decisión más que tenga que tomar porque siente que no tiene opción.

Me miró entonces, con esos ojos que siempre parecían ver demasiado dentro de mí.

—Quiero que se case conmigo porque quiere, no porque debe.

Mi pecho se llenó de alivio y cariño al mismo tiempo.

—Dean.

Él sonrió un poco, casi como si supiera lo que iba a decir antes de que lo hiciera.

—No voy a ninguna parte, nena. Cuando estés lista, aquí estaré.

Eliza suspiró, como si de verdad no entendiera por qué hacíamos las cosas tan complicadas.

—Pues yo solo digo que, si esperan demasiado, terminaré organizando esa boda por mi cuenta.

Todos rieron, la tensión se disipó, pero la sensación de calidez permaneció en mi pecho.

Porque Dean estaba aquí.

Y lo estaría cuando yo estuviera lista.

Epílogo

Della

El reflejo en el espejo me devolvía la imagen de una mujer que apenas reconocía. Mi vestido de novia era sencillo, de tela ligera y suave que caía en ondas delicadas. Rose y Margot se habían encargado de mi cabello, recogido en un moño suelto con mechones suaves enmarcando mi rostro. No era la gran boda que alguna vez imaginé en mi adolescencia, llena de invitados, una iglesia imponente y una fiesta deslumbrante. Pero era perfecta. Porque al final, lo único que importaba era él.

Eliza fue la primera en entrar en la habitación. Sus ojos brillaban con emoción contenida mientras se acercaba a mí y me tomaba las manos.

—Estás hermosa, querida —susurró, y por primera vez en mucho tiempo, creí en sus palabras.

Rhett llegó poco después. Se detuvo en el umbral de la puerta, me miró de arriba abajo y luego soltó un suspiro dramático.

—No sé si estoy preparado para esto —dijo, cruzándose de brazos.

—No es que tengas opción —bromeé, sonriendo.

Mi hermano se acercó y, con una ternura inusual en él, acomodó un mechón de mi cabello.

—Papá estaría orgulloso —susurró.

Me mordí el labio para evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas y asentí. Porque sí, Harley Craig estaría orgulloso y feliz por esta boda. Por fin su hija le hizo caso en algo. Por fin los apellidos Craig y Cantrell estaban unidos.

Para siempre.

El patio trasero de Cantrell Manor estaba adornado con luces tenues que colgaban de los árboles y flores blancas decoraban el arco bajo el cual Dean me esperaría. La brisa de la tarde me acarició la piel cuando Rhett y yo cruzamos el umbral de la casa para salir al jardín. De inmediato, Tank corrió hacia mí y dejó caer su cabeza contra mi mano, como si supiera que este era un momento especial. Me agaché para acariciarlo y susurrarle al oído:

—No llores, grandote.

Tank solo soltó un leve gemido antes de trotar hacia donde estaba Dean, como si quisiera asegurarse de que él también estaba en su sitio.

Apenas di unos pasos más y entonces lo vi.

Dean estaba ahí, de pie bajo el arco, con un traje negro que le sentaba a la perfección. Su cabello, más largo de lo que solía llevarlo, se despeinaba un poco con la brisa y sus ojos azules se clavaron en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento.

Rhett me apretó el brazo con suavidad.

—¿Lista?

Asentí. A cada paso, sentí que mi pecho se llenaba de algo cálido, algo que solo Dean había sabido encender en mí.

Cuando llegamos hasta él, mi hermano se giró hacia Dean y lo miró con seriedad.

—Si le haces daño, lo lamentarás.

Dean sonrió, pero en sus ojos había una promesa.

—Nunca.

Rhett me besó la frente y colocó mi mano en la de Dean antes de retirarse. Sentir la calidez de su piel contra la mía me hizo soltar un suspiro tembloroso.

Eliza tenía lágrimas en los ojos, Margot sonreía de manera cómplice, Rose se limpiaba discretamente con un pañuelo y Beau fingía indiferencia mientras pasaba un brazo sobre los hombros de Rose. Archer solo sonreía de lado y Scarlet bueno, Scarlet estaba ahí, con los brazos cruzados, observando todo con una expresión que no lograba descifrar. Y el señor Arthur se mantenía firme junto a ella, asintiendo como si estuviera completamente de acuerdo con esta unión.

Las palabras del oficiante pasaron como un murmullo, porque yo solo podía mirar a Dean. Mi Dean. El hombre que volvió a mí cuando pensé que lo había perdido para siempre. El hombre con el que construiría una familia.

—Sí, acepto —susurré sin dudar.

Dean sonrió y, cuando llegó su turno, apretó mi mano con fuerza antes de responder con la misma convicción:

—Sí, acepto.

Cuando finalmente nos besamos, supe que ya estaba en casa.

***

El caos comenzó a las tres de la mañana cuando me desperté con una punzada en el vientre. No fue nada dramático, ni gritos ni agua rompiéndose como en las películas. Solo una sensación incómoda y la certeza de que había llegado el momento. Miré a Dean, dormido a mi lado con la boca entreabierta, y lo sacudí con suavidad.

—Dean —susurré.

Nada.

—Dean —repetí, dándole un pequeño empujón.

Su única respuesta fue un leve ronquido.

Suspiré y me incliné sobre él. —Dean, si no te despiertas ahora mismo, voy a parir sobre ti.

Saltó de la cama como si le hubieran disparado.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Ya? —balbuceó, los ojos desorbitados.

—Sí, ya. —Me encogí de hombros—. Pero con calma, aún no es urgente.

Dean asintió frenéticamente y, en lugar de vestirse o agarrar las llaves, corrió por la casa como un loco, murmurando cosas sin sentido sobre pañales, hospitales y ¿dónde demonios dejé los zapatos?

—Dean. —Nada. —Dean. —Nada. —¡DEAN!

Se congeló en seco.

—Respira —le dije, tomando sus manos—. Vamos a hacerlo con calma.

En ese momento, Tank decidió que también quería participar en el pánico general y empezó a ladrar, corriendo en círculos. Y como si eso no fuera suficiente, alguien llamó a la puerta con golpes frenéticos.

—¡Abre ya, Dean! ¡Nos vamos al hospital! —Era Rhett.

—¿Cómo demonios te enteraste tan rápido? —pregunté, mientras Dean abría la puerta.

—Tengo fuentes —respondió Rhett, misterioso.

Detrás de él estaban Archer y Margot, que parecían más listos para una expedición militar que para un parto. Rose y Beau llegaron segundos después, y Eliza, por supuesto, ya

estaba dentro con una taza de té en la mano, como si esto fuera una tarde normal en Cantrell Manor. Y, cómo no, Scarlet apareció detrás de todos, con un café en la mano y absolutamente nada de prisa.

—¿Lista para parir? —me preguntó con una sonrisa.

—Lo estaré cuando alguien me saque de aquí y me lleve al hospital antes de que Dean se desmaye.

Al escuchar eso, Dean palideció aún más.

—¡Nos vamos ya! —gritó Rhett, llevándome hacia la puerta.

Y en medio de toda esa locura, solo pude reír. Porque esta era mi familia, el desastre que amaba, y no podía imaginar un mejor comienzo para la llegada de nuestro bebé.

Pero en medio del caos y las bromas, los médicos llegaron y me llevaron a la sala de partos. Dean se mantuvo a mi lado, dándome la mano, aunque yo sospechaba que era más para calmarse a sí mismo que a mí.

Tres horas después, con mis gritos resonando en todo el hospital y Dean aprendiendo que decir respira en el momento equivocado podía costarle la movilidad de su mano, el llanto más hermoso del mundo llenó la sala.

Nuestra hija estaba aquí.

Dean miró al pequeño bulto rosado que la enfermera le entregó y, por primera vez en toda su vida, se quedó sin palabras. Yo, exhausta pero emocionada, miré al bebé con lágrimas en los ojos.

—Hola, amor —susurré—. Bienvenida al mundo, Charlotte Cantrell.

Dean sonrió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es perfecta.

Y cuando lo vi sostener a nuestra hija con tanto amor y devoción, supo que, sin importar todo lo que habíamos pasado, estábamos exactamente donde debían estar.

***

El sol dorado del atardecer bañaba los terrenos de Cantrell Manor con su luz cálida y suave. La primavera había llegado, trayendo consigo el aroma fresco de las flores en el jardín y la risa de Charlotte, nuestra hija, que, aunque apenas había aprendido a caminar, ya dominaba el arte de escapar de su padre.

—Charlotte, ven aquí ahora mismo —la voz de Dean sonaba seria, pero la sonrisa en su rostro lo delataba.

Charlotte, con apenas un año y medio de vida, ignoró por completo a Dean y siguió tambaleándose sobre el césped, sosteniendo en su pequeña mano un objeto brillante y prohibido: las llaves del auto de Dean.

Yo observaba la escena desde el porche, con una taza de té entre las manos y una sonrisa divertida en los labios. Rhett estaba junto a mí, leyendo unos documentos legales porque, al parecer, no podía pasar un solo día sin pelear con alguien en un tribunal.

—Es idéntica a ti, hermanita —comentó Rhett sin apartar la vista de sus papeles—. Terca, determinada y con una inclinación preocupante por ignorar las reglas.

Le di un codazo suave. —Y también a Dean. ¿O acaso no ves que está desafiando toda autoridad posible?

Scarlet, que estaba recostada en una de las sillas con una copa de vino en la mano, soltó

una carcajada. —Bueno, si sigue así, la contrataré en unos años. Me vendría bien alguien con su descaro en mis investigaciones.

Eliza apareció en la puerta con una bandeja de galletas, moviendo la cabeza con fingida exasperación. —¿Cómo es posible que haya tantas personas adultas en esta casa y ni una sola sea capaz de controlar a una niña de un año?

—¿Controlarla? —bufó Margot desde la mesa, donde estaba sentada con Archer y Beau —. Vamos, Eliza, ¿quién ha logrado controlar a un Cantrell alguna vez?

—Gracias, Margot, qué alentador —gruñó Dean mientras intentaba rodear a Charlotte sin éxito.

Pero Charlotte, que había heredado la rapidez de mi sangre y la astucia de su padre, vio una nueva oportunidad y corrió directo hacia Tank, que estaba echado tranquilamente en la sombra, observando el caos con total indiferencia canina. Charlotte se abrazó a su enorme pelaje y se giró hacia Dean con una sonrisita victoriosa.

—Oh, vamos, eso no es justo —protestó Dean.

Dejé la taza de té a un lado y me levanté con una sonrisa. Caminé hacia mi hija, me agaché y le tendí la mano. —Charlotte, ¿sabes qué hora es?

La niña ladeó la cabeza.

—Hora de despertar a Theo —canturreé.

Charlotte dudó un segundo, mirando a Dean, luego a Tank, luego a las llaves en su mano. Finalmente, con un suspiro digno de alguien que acaba de aceptar su destino, me entregó las llaves.

A mi pequeña le gustaban las llaves, pero más le gustaba su primo Theo. Lo adoraba y sabía que iba a amar igualmente a su prima Thea. Solo que tenía que esperar un poco más a conocerla.

Dean puso las manos en su cadera y sacudió la cabeza con una sonrisa. —Te tiene más miedo a ti que a mí.

Le guiñé un ojo. —Porque soy la jefa aquí.

Dean se acercó y me pasó un brazo por la cintura, besándome en la sien. —Eso nunca lo dudé.

Mientras nos dirigíamos juntos hacia la casa, con Charlotte balbuceando sobre quién sabe qué y Tank siguiéndonos con una expresión de perro que había visto demasiado en la vida, sentí algo cálido y profundo asentándose en mi pecho.

Habíamos pasado por tanto. Por momentos en los que todo parecía perdido, por decisiones difíciles, por miedos que a veces seguían susurrándome al oído en la noche. Pero estábamos aquí. Juntos. Felices.

Y eso, pensé, era más que suficiente.

Fin